

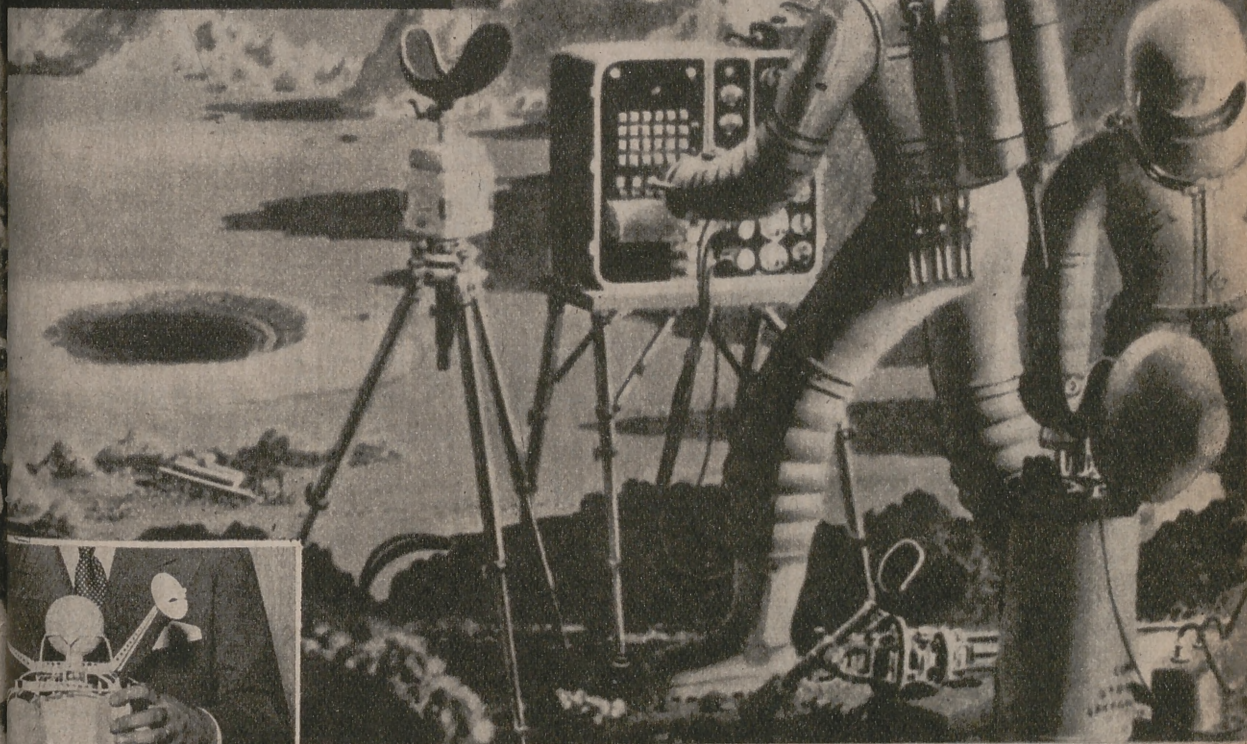
EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 7 - 13 agosto 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 349

SE FABRICAN ASTROS



UNA REVELACION SENSACIONAL EN LA CASA BLANCA

GUERRA ABIERTA EN EL MARRUECOS FRANCES

Un completo reportaje sobre la grave situación de aquella Zona, por Enrique Ruiz García (pág. 19)

Carta del director a don Felipe Madrigal (pág. 8) ● Entrevista con José María de Areilza, por Jiménez Sutil (pág. 11) ● Europa, año "0" de la Liberación, por M. Blanco Tobío, enviado especial (pág. 15) ● Chipre, entre la Gran Bretaña y Grecia (pág. 25) El primer cerebro electrónico hecho en Europa es español, por José de Mairena (pág. 32) Más de 200 pueblos catalanes celebran su fiesta el 15 de agosto, por J. Pol Girbal (página 42) ● Entrevista con Rafael Azcona, por José Luis Castillo (página 47) La Línea mira a España, por Diego Jalón, enviado especial (pág. 52) ● Sixto Vázquez, picador de toros, por José María Deleyto (pág. 58)

LA MUERTE DEL ARTISTA, novela por Eugenia Serrano



Regación interplanetaria está
Viajes a la Luna y a
planetas pueden ser hechos
forma que ilustra el graba-
quiera: Prototipo del saté-
lital de la Tierra que van
anzar los Estados Unidos

VUELTA A LA TIERRA EN NOVENTA MINUTOS

DARO



Refrésquese bebiendo ENO...

Y RENOVARA SUS ENERGÍAS!



El calor se combate mejor por dentro que por fuera. Es cuestión de adaptabilidad. El ventilador y la ducha sólo refrescan momentáneamente la piel. En cambio, un vaso de agua fría, con la efervescente "Sal de Fruta" ENO, y, si se quiere, unas gotas de limón, mitiga la sed por mucho tiempo, entona el cuerpo y renueva las energías.



C.S. 14. 100

La "Sal de Fruta" ENO es una bebida natural, efervescente y refrescante consagrada en el mundo entero desde hace 85 años. Estimula las funciones orgánicas, elimina los deshechos y depura la sangre. Iguala las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura.

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

ADAPTA EL ORGANISMO AL CALOR

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

SE FABRICAN ASTROS

UNA REVELACION
SENSACIONAL EN
LA CASA BLANCA

LA VUELTA
A LA TIERRA
EN
NOVENTA
MINUTOS

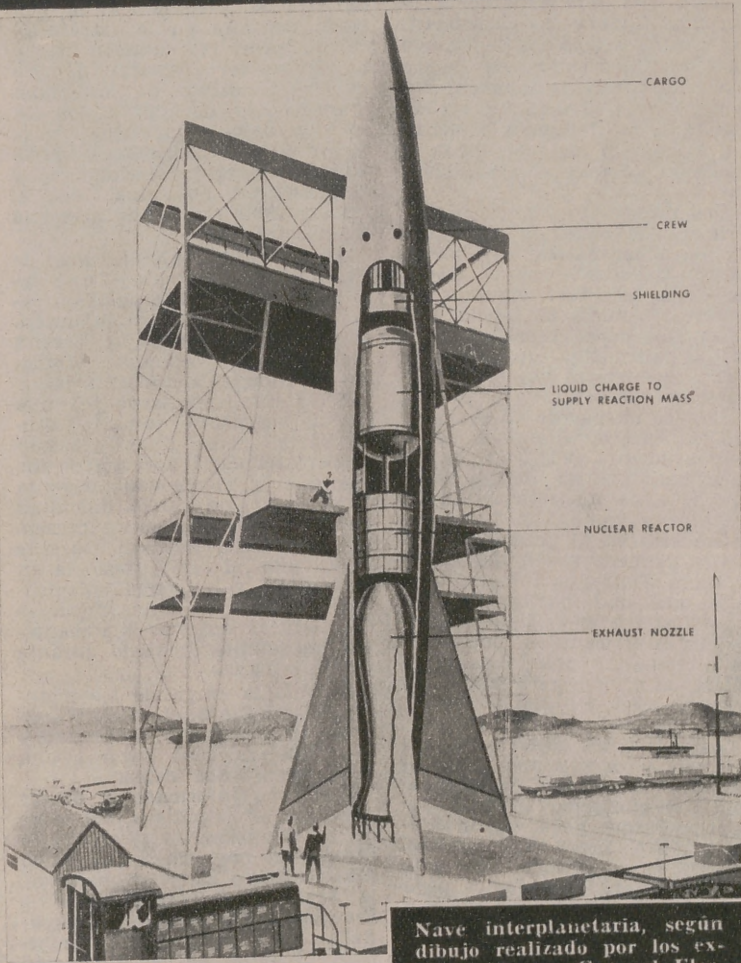
A las seis de la tarde del día 29 de julio de este año, el salón de Conferencias de Prensa de la Casa Blanca de Washington estaba lleno de periodistas.

—¿Para qué nos habrán llamado?
Las respuestas eran diferentes:
—¿Formosa?
—¿La China comunista?
—¿La libertad de los aviadores prisioneros?

—¿Viaje de Bulganin a Estados Unidos?

Un grupo de senadores preside. Un portavoz dará la noticia verdadera.

El Presidente Eisenhower se había marchado aquel día a su finca de Gettysburg; nada parecía, por los acontecimientos, intuir ningún suceso de tipo político ante el anuncio de la conferencia de Prensa; mas los rumores circularon: algunos dijeron que era Bulganin el que llegaba a los Estados Unidos; otros, que si había dimitido el secreta-



Nave interplanetaria, según dibujo realizado por los expertos de la «General Electric» norteamericana. Propulsada por energía atómica, llevaría viajeros a las regiones siderales

rio del Aire, Mr. Talbott; otros inventaron las noticias más fantásticas; pero nadie tuvo la suficiente visión para descubrir el anuncio.

En la tarde del viernes, el portavoz oficial del Gobierno norteamericano, reunido con los periodistas de todo el mundo que cotidianamente hacen la información internacional, anunció sencillamente:

—Señores, el primer satélite artificial de la tierra va a ser

construido por los Estados Unidos.

Sin dar tiempo a más explicaciones, las cabinas de teléfonos esparcieron por sus hilos conductores la noticia. Y, sin querer tampoco más explicaciones, los grandes financieros de Wall Street lanzaron a la ofensiva todo su aparato de guerra.

Al principio los «cerebros» del mundo de las finanzas creyeron que un satélite artificial tendría, por fuerza, que emparentarse con la energía atómica. Las órdenes de compra se dirigieron hacia las acciones de la General Dynamics, la Empresa constructora del submarino atómico.

Las voces eran las mismas:

—¡Compre Dynamics!

En diez minutos las acciones de la Dynamics subieron cinco enteros y medio.

Pero existía también otra Empresa que jugaría su papel: la Reaction Motors, que fué la entidad que envió el famoso cohete a reacción a más de 250 kilómetros de altura, equipado con cámaras cinematográficas, que luego esparcieron por el mundo



He aquí la famosa conferencia de la Casa Blanca, en la que el secretario de Prensa del Presidente Eisenhower, en su nombre, hizo la sensacional declaración del próximo lanzamiento al espacio interplanetario del primer satélite artificial de la Tierra

la redonda visión de nuestra tierra. Las acciones de la Reaction Motors al principio estaban olvidadas.

El portavoz del Gobierno de los Estados Unidos siguió explicando las características del nuevo artefacto que será lanzado a los espacios. Cuando las características generales técnicas de la aeronave fueron siendo más conocidas, y las opiniones de hombres de ciencias más divulgadas, las acciones de la Dynamics comenzaron a bajar, y las acciones de la Reaction Motors comenzaron a subir.

Dos razones fueron el motivo: Primera, el consumo de uranio no va a ser aumentado—y, por tanto, su venta—por el empleo de estos satélites; segunda, los motores atómicos no son los más adecuados para el extraño artefacto, parecido a un balón de fútbol, que volará por encima de nuestras cabezas.

Si hace un par de años se desató la fiebre en el mundo por el descubrimiento visual de los «platos volantes», dentro de un par de años, o de la mitad tal vez, las personas de todos los países estarán al acecho de captar la primera visión del satélite de la Tierra.

La ansiedad por conocer al nuevo satélite es tal que una casa norteamericana de publicidad ha ofrecido un premio de 10.000 dólares al primer ser humano que presente una fotografía del satélite artificial.

Los ojos y los objetivos de las personas y de las máquinas están dispuestos para la prueba. Sólo hay que tener suerte y paciencia. Porque para ver al satélite, como luego explicaremos, hay que tener la constancia y la fe que tenían los antiguos para ver un día torear con valor a Rafael «el Gallo» por ejemplo.

A 24.000 KILOMETROS POR HORA EN LA ESTRATOSFERA

El satélite artificial ha sido bautizado con el nombre de

«Bird», que significa pájaro. Un pájaro esférico, de aceros especiales, del tamaño de un balón, volando por el aire a razón de 24.000 kilómetros por hora. Esta es la síntesis del satélite.

La finalidad científica del mismo será la de comprobar la densidad del aire en la estratosfera, de medir la radiación cósmica de los rayos solares, de descubrir el secreto de las ondas transmisoras, de apuntar los elementos desconocidos que pueda haber en las predicciones meteorológicas para perfeccionarlas, y de descifrar, en suma, todo el impenetrable mundo de más allá de nuestra tierra.

Aunque minúsculo—no más de 50 kilogramos de peso—, este satélite, volando sobre nuestras cabezas como si fuera una auténtica Luna en pequeño, servirá para descubrir secretos astrofísicos de indudable importancia.

El satélite, impulsado por una fuerza suficiente, tomaría altura hasta quedar libre, y entonces evolucionaría a razón de una vuelta a la Tierra cada noventa minutos, con lo que la dificultad para la fotografía ya se presenta de tamaño natural. Durante varios días, el satélite estaría en el espacio, y los técnicos calculan que después de las primeras experiencias sería posible mantener un satélite en vuelo durante varias semanas.

Cuando la carga de los motores se terminara, el satélite artificial comenzaría a descender y se desintegraría al llegar a una capa atmosférica densa.

Según ha informado el doctor Athelstan F. Spilhaus, miembro de la Comisión ejecutiva de la Delegación norteamericana en el Año Geofísico Internacional y de la Academia de Ciencias de los Estados Unidos, a quien acompañaba el profesor A. T. Waterman, director de la Fundación Científica Nacional, el «Satélite Bird» se instalará en un cohete de paso múltiple del tipo de los que ya se han lanzado hasta alturas de 400 kilómetros sobre la

superficie terrestre. Al agotarse el combustible del cohete o cuando se empleen éstos se desprenderían, continuando el satélite en marcha, por el impulso recibido, hasta un máximo de altitud de 500 kilómetros. En ese momento el satélite adquiriría un nuevo impulso mediante su carga explosiva lateral, que le haría pasar a una trayectoria horizontal, siguiendo paralelamente a la superficie de la Tierra.

El satélite irá probablemente equipado con instrumentos de medición y detección de las radiaciones solares, densidad del aire y velocidad del mismo, así como otros factores determinantes de la alta atmósfera. Toda la información será retransmitida a la Tierra por equipos especiales de radio.

Este es el objetivo principal del satélite: transmitir información pacífica a la Tierra. Por ello, Norteamérica ha declarado que está dispuesta a facilitar cuanta información de tipo científico deseen todos los países sobre los resultados de este artefacto volador.

El proyecto, pues, de lanzar una Tierra mínima que dé vueltas alrededor de la Tierra máxima está, según, las noticias oficiales de la Casa Blanca, en vías de completa realización. Dicen que ya se han recibido ofertas en firme de empresas particulares que quieren ser las primeras en lanzarse a la navegación auténticamente estratosférica.

Pero, como dijimos antes, la visión para el ojo humano ha de ser difícil. Han de cumplirse las siguientes condiciones para que esta pequeña bola volante se presente ante nuestra inquisidora mirada:

Primera. Ha de haber, ante todo, un cielo absolutamente limpio de nubes.

Segunda. Ha de ser la hora del anochecer o del amanecer.

Tercera. Es fundamental el uso de unos buenos prismáticos.

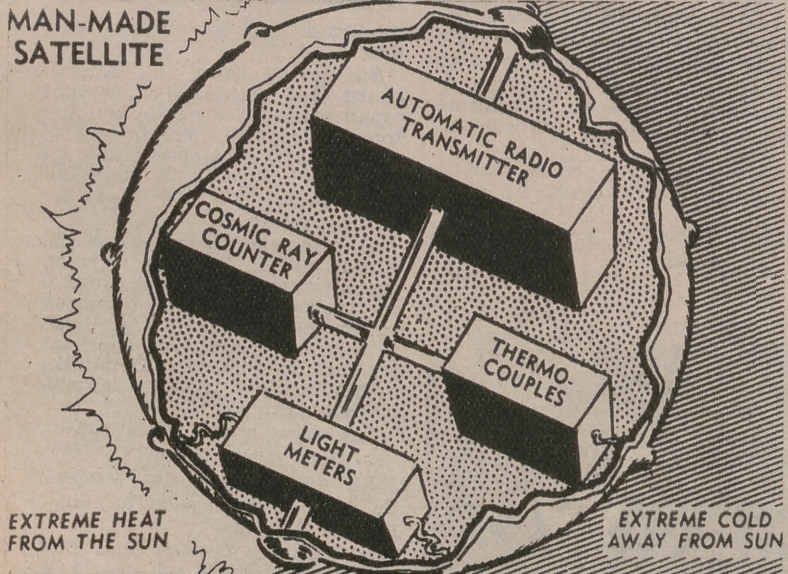
Cuarta. La órbita del artefacto no ha de pasar muy lejos del punto en que esté situado el observador.

Quinta. Ha de recibir una iluminación adecuada por el Sol.

El punto de la iluminación adecuada solar es el más importante, toda vez que dicha luz será reflejada a manera de como lo hace la Luna. En teoría, un satélite de este tipo deberá tener sus cuartos menguantes y crecientes de la misma manera que los tiene la Luna. Si gira por el Ecuador, sus «cuarto menguante, creciente, satélite lleno y satélite nuevo» serán en todo análogos al de nuestro satélite lunar, con la diferencia de que se producirán todos en el breve intervalo de una hora y media.

Ver, pues, al satélite tendrá su dificultad. Claro que un premio de 10.000 dólares es un buen premio. Si hay quien ha visto «platos volantes», ¿por qué no va a haber quien retrate a esta especie de futura nave interplanetaria?

MAN-MADE SATELLITE



El equipo del primer satélite artificial de la Tierra. La pequeña «Luna» tendrá el diámetro de un balón de baloncesto y dispondrá de aparatos de precisión para las medidas de la atmósfera. Los cuatro departamentos son: Arriba; Transmisor automático de radio; izquierda; Registrador de rayos cósmicos; derecha; Aparato medidor de las temperaturas atmosféricas; abajo; Medición de las radiaciones solares

COMPETENCIA INTERNACIONAL PARA SU CONSTRUCCION

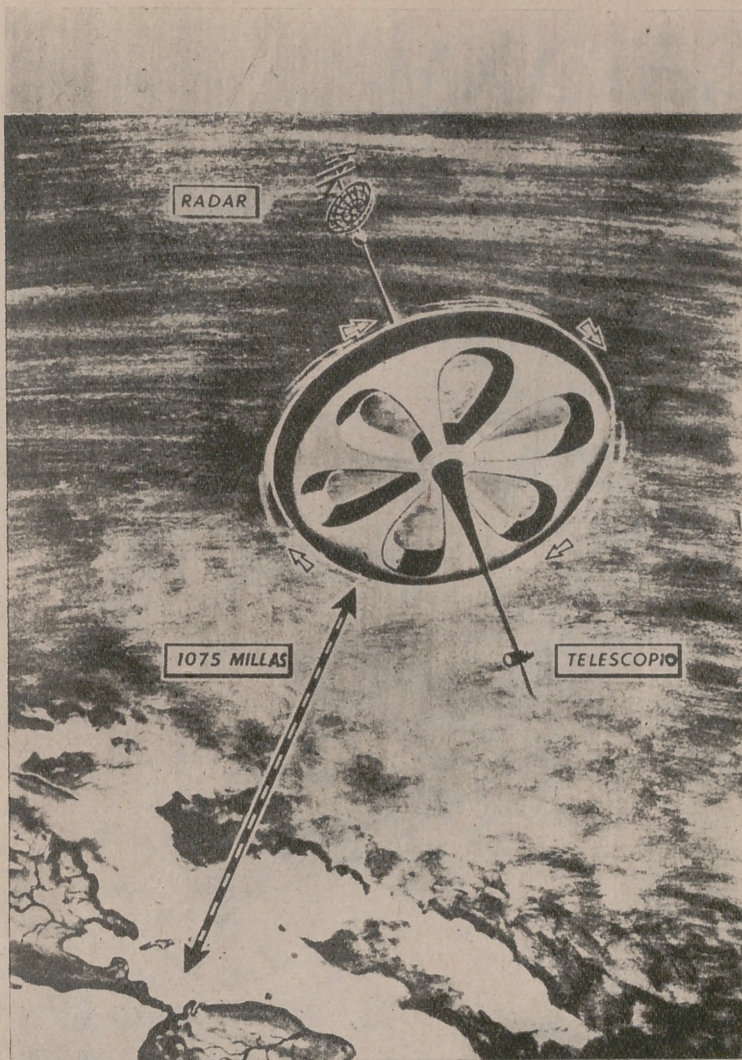
El mismo día 29 de julio llegaba desde Washington a Inglaterra

terra la nueva noticia: la creación futura de los «satélites automáticos». Los periódicos vespertinos londinenses, a grandes titulares, respondían a esta noticia con otra del mismo calibre: «También nosotros tenemos nuestros satélites nacionales, que serán lanzados desde Australia.»

A esta información seguían en la Prensa los insospechados descubrimientos de los planes ingleses en relación con «la era del espacio». A estas horas cualquier ciudadano inglés está más que enterado de cuáles son los grupos de expertos de la casa Havilland, de la Bristol Aeroplane Company o de la English Electric, que trabajan desde hace años en la construcción de «armas dirigidas», en unión con técnicos oficiales. Hasta ahora el secreto había sido absoluto. Lo que menos podían pensar los vecinos de las fábricas de Havilland o los transeúntes que paseaban cerca de la Bristol Aeroplane Company es que dentro de sus talleres se estaban manipulando raros artefactos destinados a la construcción de ultramodernos satélites para la investigación interplanetaria.

Y como Rusia no iba a ser menos, que para algo también ella es de los «grandes», al siguiente día desveló el secreto de sus «rockets». En las columnas de sus diarios ha hablado de sus «laboratorios cósmicos», donde los satélites se fabrican casi en serie. Lo que no ha dicho es la base que en su día le servirá de plataforma para el lanzamiento y conquista del espacio. «La Unión Soviética no ha podido ser superada por la ciencia extranjera», decía un comentarista del «Pravda».

Puede que el año geofísico 1957-58, desde Australia, o desde Las Vegas, o desde cualquier punto de la Tierra salgan disparados estos satélites para ir transmitiendo durante su viaje las noticias del recorrido; mientras tanto, la historia del «satélite» se enroscará como una serpiente en la memoria y en la imaginación de



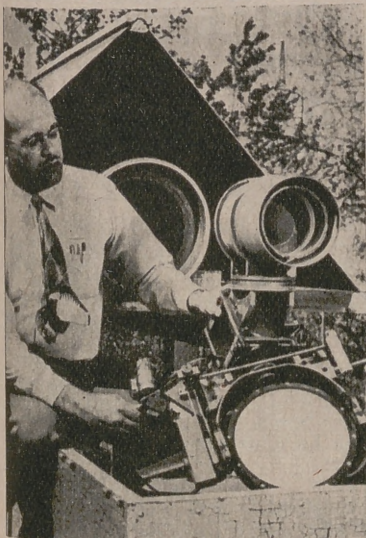
El sabio alemán Wernher von Braun ha presentado este proyecto de satélite hace ya lo menos tres años

los lectores, que verán desde las terrazas de sus casas infinitos satélites automáticos que cruzan el espacio, aunque todavía en la

Bristol, o en la English, o en los «laboratorios cósmicos» no le hayan dado orden de salida.

Según el doctor Juiper, profesor de Astronomía de la Universidad de Chicago, el satélite artificial que el Gobierno norteamericano proyecta situar en la atmósfera debe ser considerado como un meteorito o «estrella fugaz», ya que por su tamaño demasiado reducido no debe adoptarse el nombre de satélite. El fin principal del proyectil es facilitar la observación meteorológica. «Con este artefacto se podrá examinar la superficie terrestre aproximadamente en una hora y conocer así las condiciones meteorológicas de todo el globo», ha afirmado el doctor Rinehart, de la Universidad de Harvard. Por su parte, el senador Potter, con una cierta ironía no falta de lógica suspicacia, declara: «¿Es lo mismo descubrir el espacio que descubrir nuevas tierras? ¿Podemos presentar una reclamación sobre el espacio interplanetario? El proyecto es algo que asusta; pero si puede hacerse, es preferible que lo hagamos nosotros antes que los demás.» A las palabras de este senador respondió Wyley, senador republicano, con una absoluta seriedad:

«Señores, la guerra ha queda-



Un científico americano del equipo de Alabama trabajando en experimentos precursores del proyecto del satélite de la Tierra



Varios modelos de lo que serán las futuras naves interplanetarias

do atrás. El problema debe vencer a los más escépticos de que nuestras intenciones son de paz y progreso.»

Una especie de competencia internacional se ha desatado ante la noticia de la construcción de satélites terrestres. Nadie quiere quedarse atrás. Si antes el descubrir América costó años de convencimientos, hoy las naciones desean ser las primeras no sólo en dar vueltas por encima de nuestras cabezas, sino en pisar de verdad, auténticamente, los paisajes fantásticos de los planetas del universo.

LOS ALEMÁNES QUIEREN LA PATERNIDAD DEL COHETE

En el año 1950 se celebraba en Londres el I Congreso Internacional de Astronáutica. Dos hombres de ciencia alemanes acudieron a este Congreso. Eran Werner von Braun y Wálter Dornberg. Werner von Braun y el general Wálter habían disparado el 3 de octubre de 1942 el primer «barco del espacio» desde una pequeña ciudad del Báltico. El primer «barco del espacio» fué conocido dos años más tarde en

Londres por la siniestra y terrible «V-2», de la que los ingleses conservan todavía tan amargos recuerdos. Después de la guerra los dos hombres de ciencia fueron invitados a continuar sus experiencias en los Estados Unidos, y la Sociedad Interplanetaria británica les otorgaba títulos de miembros honorarios. A esta distinción Von Braun contestó muy satisfecho:

—El honor que me concede Inglaterra, a pesar de los daños que yo y mis colaboradores hemos causado al pueblo británico, es la prueba más clara del entusiasmo que produce el futuro de los «rockets». Un motivo de entusiasmo que excede de los sentimientos nacionales.

No es demasiado arriesgado creer que de la colaboración de los dos precursores alemanes con los geofísicos americanos haya nacido el proyecto de lanzar al espacio este satélite de la Tierra, que por estos días trae revolucionado al mundo. El «satélite automático» viene a ser algo así como el nieto, por vía directa, de la «V-2» alemana. Así lo ha recordado a sus lectores el «Daily Herald», al mismo tiempo que

ha lanzado la noticia de que Gran Bretaña contribuirá con 750.000 libras esterlinas frente a los 14 millones de dólares con que los Estados Unidos han declarado estar ya dispuestos a intervenir en la vida privada de la Luna y de las estrellas.

Los rusos, por el contrario, no han hablado de rublos. Los círculos «bien informados» de Moscú se han negado a dar publicación de los presupuestos especiales. Ni siquiera han anunciado la fecha del lanzamiento. Sólo que para el satélite han adoptado una nueva y diferente terminología. El satélite ruso se llamará «Laboratorio cósmico automático», porque eso de «satélite» los rusos lo aplican a otras formas que nada tienen que ver con las estrellas, ni con la Luna, ni con la misión de investigación automática de la Tierra.

Dinero, proyectos, planes, hombres de ciencia, equipos de técnicos...; todo está dispuesto para la construcción del primer aparato.

Sólo queda alzar los ojos al cielo y mirar.

LOS PROYECTILES DIRIGIDOS Y EL BOMBARDEO DE LA TIERRA

El difundido proyecto de la creación del satélite es también consecuencia, en parte, del alto grado de perfección a que han llegado los proyectiles dirigidos.

Tanto es así que los técnicos norteamericanos opinan que para más adelante los satélites artificiales podrán llevar tripulación humana, con lo que las posibilidades de un viaje turístico, alrededor de la Tierra entran de lleno en los futuros programas de las agencias de viajes.

Hoy el proyecto de tripulación más cercano consiste en tres monjes que irán como viajeros.

Los proyectiles dirigidos, cuya perfección y progreso se debe al avance de la electrónica, presentan infinitad de tipos. Desde los diseñados en forma de bala de fusil, capaces de volar a 15.000 kilómetros por hora con destino definido, hasta esos proyectiles, de peso reducido, como un avión pequeño, que buscan y encuentran el objetivo por muy móvil o muy oculto que éste se encuentre.

Entre estos últimos puede citarse el «Transisbal», un modelo norteamericano certero y seguro. Parecido en su forma a un puero, dotado con unas alas directoras, el «Transisbal» es disparado hacia un objetivo que venga por el aire o por el mar. Aun cuando el móvil haga variaciones en su ruta, el «Transisbal» las hará también, y el choque final será el efecto mortífero calculado.

Otro de los puntos científicos que el satélite artificial tratará de aclarar será la confirmación del bombardeo a que es sometida la Tierra por miles de meteoritos.

Cada segundo, la Tierra es bombardeada por una barrera de fuego interplanetaria formada por la enorme cifra de 10.000 a 100.000 meteoritos. Hoy la comprobación de esta teoría, debida al doctor canadiense Peter Millman, astrónomo del Observato-

rio de Ottawa, se realizaba mediante la radioastronomía. Por estos cálculos se ha podido deducir que miles de pequeñas partículas se precipitan sobre la Tierra a velocidades superiores a 50 kilómetros por segundo. Con el satélite, las observaciones serán mucho más precisas.

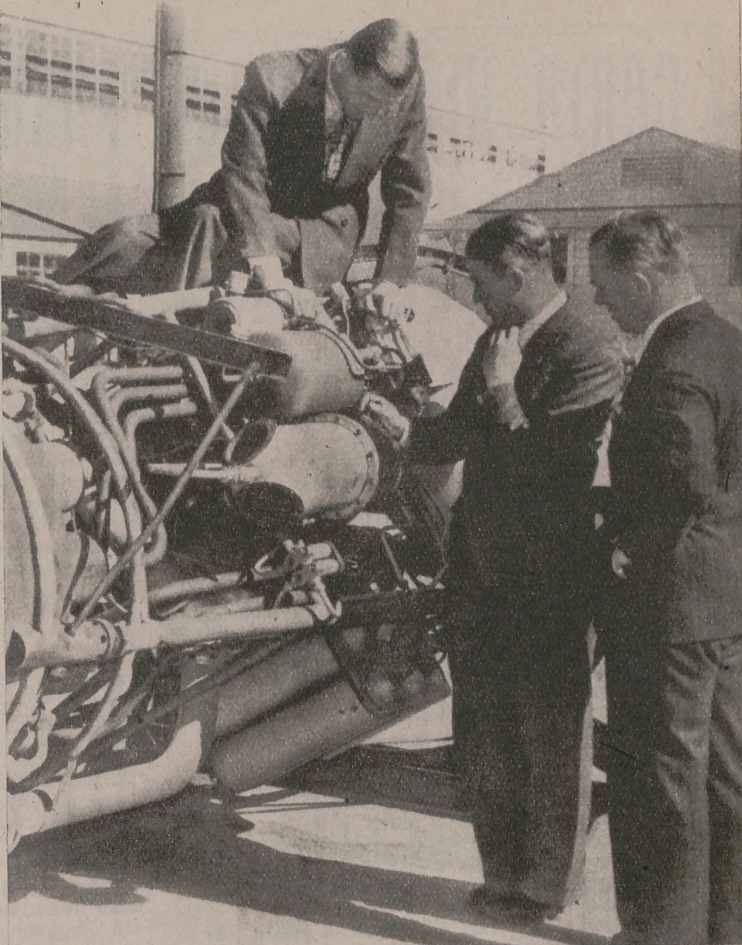
El satélite anunciado servirá, si las cosas marchan, para infinidad de motivos. Hasta para viajar a la Luna. Que el proyecto, también para este viaje, ha vuelto a salir a la luz.

OTRA VEZ EL VIAJE A LA LUNA

Con motivo del anuncio del satélite, el viaje a la Luna se ha puesto nuevamente de actualidad. «El viaje a la Luna es solamente una cuestión de dinero». Tan dicho en estos días los sabios franceses. Rusia y Gran Bretaña se muestran dispuestas a sumarse a los Estados Unidos en la carrera vertiginosa por la conquista del espacio, y Francia ha revelado que también ella participa gustosa en esta «carrera». Por lo pronto, todo es cuestión de apuntarse. En el desierto del Sahara, siguen diciendo los franceses, se están desarrollando en la actualidad algunos proyectos de grandísima importancia. La Luna y las estrellas están ya al alcance de la mano.

Mientras tanto, anuncian de San Diego (California) que un técnico alemán en proyectiles dirigidos, Kraft Enricke, va a exponer en el VI Congreso de la Federación Astronómica Internacional de Copenhague sus planes sobre una astronave que él llama «Satelloid», superior al satélite artificial que los Estados Unidos proyectan lanzar al espacio. Esta nave irá movida por propulsión propia y podrá ser utilizada para explorar otros planetas.

El coste de un viaje a la Luna vendrá a ser, poco más o menos, el de cuatro billones de dólares. Todos los esfuerzos de la ingeniería que costó la puesta en marcha de la bomba atómica



El doctor Werner von Braun, inventor de la «V-2», que actualmente trabaja en los Estados Unidos en aeronaves dirigidas, examina con dos científicos americanos, un prototipo del proyectil dirigido

han de estar también presentes. Suponemos que la cifra de cuatro billones irá disminuyendo, y que un modesto billete de tercera a la Luna, dado el actual coste de los transportes, no nos salga más allá de unos cuantos

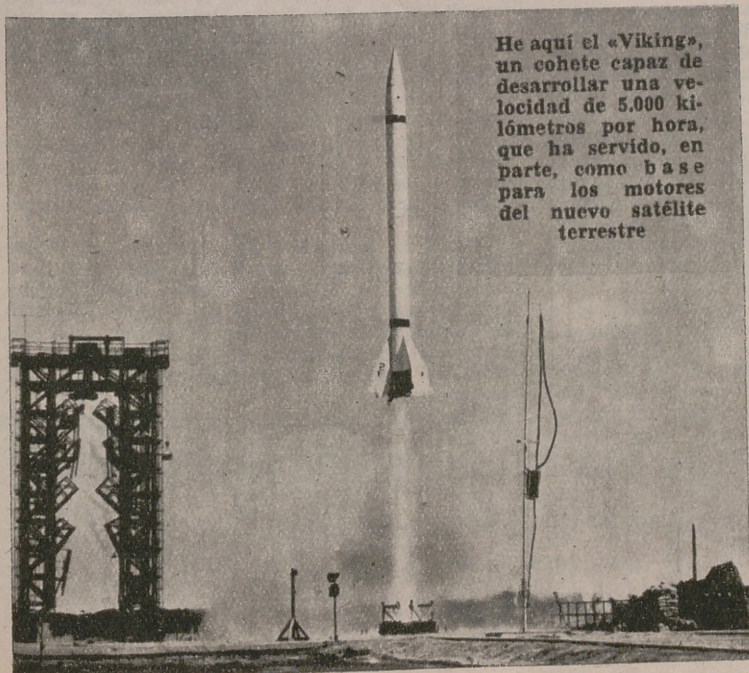
duros. Porque si no, los clientes de cuatro billones van a escasear...

El ingeniero británico J. G. Porter ha dicho:

—El proyecto más viable es establecer una plataforma en el espacio, desde la que serían lanzados los cohetes interestelares. Usando la fuerza de la gravedad de la Tierra, esta plataforma caminaría por el espacio mediante una pequeña carga de combustible. Esta estación podía establecerse a 10.000 kilómetros de distancia de la Tierra, con una velocidad de 5.000 kilómetros por hora, que se situaría en el espacio como un cubo sostenido por una cuerda invisible.

La noticia, pues, que saltó de la Casa Blanca el 29 de julio ha dado más que de prisa la vuelta al mundo. Cierto o no, lo verdadero es que los hombres tratan de aplicar sus conocimientos científicos para la paz. Y que de los intentos salen los éxitos grandes. Esperemos que este anunciado satélite sea, primero, verdad, y segundo, reporte todas las ventajas que sus autores prometen.

Incluso esa ventaja de escapar de la Tierra. Aunque el punto de destino sea, por ahora, la Luna. Que más lejos, si uno se empeña, también se puede llegar.



He aquí el «Viking», un cohete capaz de desarrollar una velocidad de 5.000 kilómetros por hora, que ha servido, en parte, como base para los motores del nuevo satélite terrestre

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

SEÑOR DON FELIPE MADRIGAL

AGOSTO es un mes en el que el europeo se entrega a esta profesión tan fea expresivamente y tan generalizada que es el escapismo, o sea es cuando se evade de las cuatro paredes de su ataúd diario. El turista, palabra inventada por Stendhal para dar un nombre al estado de su ánimo fugitivo después que encerraron a Napoleón en Santa Elena los ingleses y sus cómplices, es una manera casi permanente de dar vueltas alrededor de su cuarto cada cual, aunque recorra tierras, traspase mares y perfore la barrera del sonido. La manera más opuesta a la girovagancia del turista es el modo casero de veranear en los pueblos de Andalucía, cuando la familia descendía al piso de abajo y en torno del patio se refrescaban con delicia y mesura las jornadas caniculares. Agosto en Europa no es lo uno ni lo otro: ni la imaginación buscando paisajes o panoramas ayudada por el transporte, ni aquel sesteo veraniego de los andaluces que dominaban el termómetro antes que el termosifón, sino que agosto es el tropel, es la espantada, el poner los pies en polvorosa huyendo de la quema, como si el quedarse en su sitio fuera un suplicio corporal inaguantable, una ofensa social, la más grande vergüenza. Compadezcamos a estos atropellados desertores de su vida cotidiana; pero he de compadecer aún más a usted, y he de pedir a Dios como cristiano que le perdona ese veraneo tan tremendo del que no se retorna, ese agosto sin septiembre en el que usted se ha quitado la existencia.

La suerte de la emigración en la política es la última suerte, como la suerte final en las corridas de toros. Aquel Bonaparte que desterraron a una isla en el Atlántico, a pesar de haber nacido en una isla mediterránea, fué un cadáver viviente hasta que no expiró fuera del regazo maternal; como un fantasma fué don Manuel Godoy, el antiguo y poderosísimo Príncipe de la Paz, sobreviviéndose a su forzosa expatriación en París, donde era medio siglo más tarde sólo un ignoto «monsieur Manuel» que echaba migajas de pan a los pájaros y le interrumpían los niños ignorantes de que hubiera sido un magnate y un buen mozo, tan amado sentimentalmente por Carlos IV y por María Luisa. Los modelos de exilio en la antigüedad, desde Anfibal a Mitridates, ponen los pelos de punta, por cuyo espanto, los carlistas emigrados durante su esperanza sin un céntimo, tocaban la guitarra y se envolvían en una capa para aislarse de la mezquindad de los franceses. Los liberales fueron más románticos, esto es, más sinvergüenzas, porque siempre regresaban y pasaban las cuentas del Gran Capitán, habiendo sido sólo malos soldados. A un hijo del tribuno don Nicolás Salmerón le bautizaron laicamente en París, llamándole con una palabreja griega que significa algo así como engendrado o alumbrado en el destierro.

Sin embargo, cuando muchos expatriados o desterrados de su país se ponen a trabajar en firme el resultado puede ser esa cosa tan potente que a la postre es conocida por los Estados Unidos de América. Cuando el vizconde de Cha-

teaubriand saludó a Jorge Washington, según refiere en sus Memorias de Ultratumba, el Presidente estaba rodeado de indios salvajes y de refugiados, de personas desplazadas de Europa. Desde aquel año, desde antes, no cesó la trans migración europea en busca de la tierra y de la libertad, en pos de la técnica y del confort finalmente; porque entonces y luego nuestro Continente era ya un féretro pequeño, donde la filantropía tuvo que meter a las personas desplazadas en campos de concentración, y a los refugiados políticos, como usted, no les ha ofrecido otra salida más digna que el suicidio. ¡Estos españoles irreductibles y tan testarudos!, ya que si al menos usted hubiera llegado a Norteamérica, cualquier sabio atómico, cual Oppenheimer, se hubiera casado con su viuda, pues, en efecto, ese genio, medio espía de los rusos y tan adorado así por los intelectuales, matrimonió con la señora de un republicano español difunto. Ya hice mi reflexión anticipada sobre las tragedias del liberalismo. Al dirigirse al Alcalde de su distrito para justificar su muerte, usted ha expuesto la mentira, piadosa consigo mismo, de que iba perdiendo la vista hasta convertirse en ciego. Pero su ceguera era moral lejos de su Patria y apartado de ese Madrigal de las Altas Torres, bajo las que se cobijaba su apellido y alguna cigüeña de las que vienen a Castilla estivalmente como un símbolo del verano y del veraneo. Don Gregorio Marañón debe dedicar un capítulo a ustedes, a los españoles anónimos que se fueron de España con idéntica pertinacia a su abandono de la vida, acaso porque la vida sin España no tiene valor, y colocados en el disparadero centrífugo de la fuga, atravesar una frontera conduce al tránsito hacia el más allá. Marañón se ha dedicado a investigar las secreciones internas y su influencia en la persona, a la par que seguía los pasos con simpática ternura a nuestros emigrados por las luchas civiles. ¿No habrá tal vez un vínculo entre la endocrinología y la emigración? ¿Cuál glándula, quizá la pineal de los viejos tratados de Medicina, habrá funcionado con desarreglo en su organismo, señor Madrigal? Esta es una explicación fisiológica y, sin embargo, prefiero una motivación psicológica de su caso. Usted estaba harto de París, harto de Francia, harto del mundo, y ha tomado un billete para el tras mundo por un camino que no manda la ley de Dios, aunque su misericordia sea infinita. Para este español exilado, para usted, los «cuatro grandes» eran demasiado mínimos, y no le producía optimismo ni gracia la enorme comedia de los rusos. Los rusos, cuando son como osos prestos a la embestida, asustan a la gente, y a los débiles mentales hasta ocasionan respeto; pero cuando sonríen son como animales de circo.

¡Ojalá la caridad divina le acoja con el espíritu de esta carta, que si está equivocada puede considerarse como no escrita! Ahora que estamos solos, puesto que la gente se ha marchado dentro de la barahunda de agosto, y en este momento de soledad y de recogimiento de mi alma, le ofrezco una plegaria por la salvación de la suya.

POESIA CUBANA CONTEMPORANEA

(Breve itinerario desde 1937 hasta 1954)

Por Angel Hueta

En el número 42 de POESIA ESPAÑOLA

VICENTE BOSCH



ANÍS DEL MONO

Reproducción del cuadro al pastel de R. CASAS

*ES EL
MEJOR
LA CIENCIA
LO DIJO
Y YO NO
MIENTO*

DELICIOSO CON
HIELO Y SELTZ

**ANIS
DEL
MONO**

LA INJUSTICIA NO PRESCRIBE

UNA de las más acusadas características de la política y de la diplomacia españolas es, sin duda, su temperatura equilibrada, su equilibrio firme, estable frente a los problemas que hayan podido desprenderse de su historia, de sus circunstancias históricas. Si la razón y la verdad están de nuestra parte, hemos creído que ningún arma puede ser más poderosa para defender una sana política que esa verdad y esa razón sirviendo como sustento y base de los principios que rigen nuestra ética política, nuestra conducta clara y transparente frente a las encrucijadas que la misma Historia se encarga de presentar a los pueblos.

El tema de Gibraltar nunca fué para España un hecho esporádico, sino un tema constante, fijo, apasionante en la aspiración de nuestro pueblo. Un tema irrenunciable, porque sabemos que las razones en que nuestra aspiración se asienta son las razones de la verdad y de la justicia frente a la sinrazón del engaño, del fraude y de las promesas incumplidas.

Y ante Gibraltar también España mantiene su temperatura de equilibrio, un equilibrio a veces difícil de sostener, una temperatura alta movida por firmes razones. La razón ahí está, constante, perenne, mientras la usurpación exista. Puede Inglaterra creer que el caso Gibraltar se prolongará en el tiempo todo el tanto ella quiera. Posiblemente esta política vuelta de espaldas a todas las realidades de nuestros días le impidan ver que existen problemas cuya solución no dependen del capricho o del orgullo.

La ocupación de Gibraltar ha sido causa de que la política exterior británica haya hecho de la debilidad de un siglo de nuestra historia una constante histórica en su pensamiento oficial. Y esta falsa constante ha condicionado toda la política exterior de dos pueblos haciendo de la usurpación un foco purulento que envenena una posible amistad, una sana inteligencia.

La responsabilidad ante la Historia y ante los pueblos no puede ni debe escudarse en capítulos anacrónicos de tratados que por su misma naturaleza exigen su absoluta prescripción y cuyo sentido fué desorbitado, apoyándose únicamente en la fuerza. Ni Utrecht, ni Versalles, ni el Tratado de Sevilla hablan de «jurisdicción de soberanía». Nunca hubo cesión o renuncia de la soberanía española, de la potestad jurídica de España sobre Gibraltar. Si la soberanía y la jurisdicción se han perdido, no es de pérdida, sino de usurpación de un derecho de lo que es justo y razonable hablar.

De otra parte, hay una biología histórica por la que los tratados caducan. Una convención incuestionablemente unida a las circunstancias que la hicieron aparecer, cuando éstas se alteran sustancialmente, en la misma medida deben y exigen ser abolidas las cláusulas nacidas de esas mismas circunstancias específicas. La injusticia no prescribe jamás, ni puede legitimarse un delito mantenido, una ofensa constante. La supervivencia anacrónica de Gibraltar es sencillamente esto: injusticia y ofensa para las que no se pueden evocar la existencia de convenios que las legitimen o expliquen.

Aunque en la geografía española «Gibraltar sea sólo una roca», esa roca en las manos exclusivas de Inglaterra no será nunca un factor afirmativo ni para los ingleses ni para la urgencia de armonía que el Occidente necesita. Un orgullo desmesurado es la única explicación de la conducta británica, y esto jamás ha sido una razón, ni conveniente ni aconsejable para una política o para una diplomacia efectivas.

Ante una razón de orgullo, ante la sinrazón de un hecho injustamente consumado, España seguirá reivindicando la razón de sus derechos de soberanía inalienables, conocedora de que éstos serán de hecho inexorablemente reconocidos.

EL ESPAÑOL

Acompañe sus vacaciones con la lectura de EL ESPAÑOL
EL CORREO LLEGA A TODAS PARTES Y A USTED NO LE FALTARÁ SU SEMANARIO PREFERIDO SI NOS ENVIA ESTE
BOLETIN

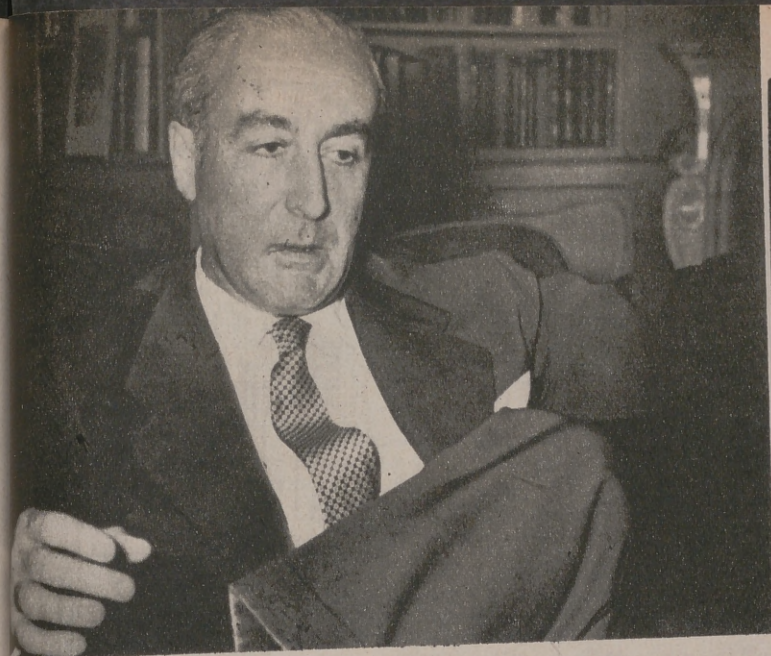
Don

desea recibir **EL ESPAÑOL** durante los meses

..... en su residencia de

A partir de deberá remitírsele

a



UN EMBAJADOR EN EL PAIS DE LOS RASCACIELOS

JOSE MARIA DE AREILZA, AL SERVICIO DE UNA VOCACION

LA EFICACIA Y EL DINAMISMO DEL REPRESENTANTE ESPAÑOL EN WASHINGTON

A las cinco en punto. A esta hora—no podía malgastar minutos en irreparable retraso—me encontraba en una especie de antedespacho de la residencia del señor Areilza en el paseo de la Castellana. Confiado estaba en que sólo habría de esperar unos segundos. Cuadros y libros tenía por panorama. Y en comunicación directa, un gran salón donde la decoración y mobiliario, todo en grande y suntuoso, invita al recuerdo de reuniones de alta sociedad.

Así es nuestro embajador en Washington: un señor. Pero un señor que a su vez es un esclavo. Un esclavo del tiempo. Y es fiel, muy fiel, a este tirano de nuestros días. Tan fiel, que si quiere disponer por su cuenta de horas o minutos ha de hacerlo en la extremidad de la noche o en los mismísimos comienzos del día. Es decir, a costa del sueño. No hay exageración. Me consta que a las siete de la mañana ya tiene en marcha el programa de su agenda.

Hace unos seis meses, durante su último viaje a España, ocurrió lo mismo. Charlamos a golpe de reloj, bajo el control de los tic-tac. Nunca aprecié tanto la positividad de los minutos. Jamás quedé tan convencido de la inutilidad de querer embalsar la fluencia del tiempo.

Taconazos sobre el piso de madera me anuncian que ha terminado mi antecesor en el turno

de visitas. Taconazos rápidos. Poco comentario en el pasillo que hay del despacho a la puerta de la calle. El señor Areilza concluye en el despacho.

Las dos hojas de la puerta de cristal haciendo algo así como una reverencia al separarse y esconderse en el muro, dejan paso libre y aparece el señor Areilza



El señor Areilza y Mr. Walworth Barbour, ayudante del secretario de Estado norteamericano, en el momento de firmar el acuerdo de «Atomos para la paz» entre España y Estados Unidos

rápido, juvenil y con expresión de cara que estimula el diálogo. No me extraña su éxito en Norteamérica, donde tanto se tiene en cuenta la juventud, la deportividad, el dinamismo, la parcelación del tiempo y la viva expresión.

Con disimulo observo mi reloj: las cinco de la tarde, con un minuto y dos segundos en demasía. «Mucho se ha retrasado», digo para mis adentros. Tengo experiencia.

—Ya ven ustedes...—señala con manos y cara el contorno—. En vísperas de marcha. Todo en pie. El veraneo.

—Entonces, ¿el viaje sólo tiene por objeto el descanso?

Este comienzo tiene por escenario los pocos metros de pasillo que hay entre nuestra sala de espera y el despacho. El señor Areilza nos gana en velocidad y habla girando el cuerpo.

—Pues sí. Pero también hay múltiples asuntos de interés que conviene puntualizar de palabra.

A nadie puede extrañar. Por que su hoja de servicio en la capital norteamericana ha de registrar gran número de hechos, que en diplomacia son los acuerdos, tratados... Las firmas. Las firmas que vienen a ser llaves que someten las conductas de los pueblos. Y en poco tiempo el señor Areilza ha estampado muchas en nombre de España. Esto, sin contar la aguda e inteligente actividad erosiva en la lentitud, resistencia o frialdad de ánimo de quienes caen en el ámbito de su misión. Y ¿quién del mundo externo sabe ahora por dónde van las aguas?

—¿El regreso?

—En la primera mitad de septiembre.

AUMENTA LA COMPRESION DE ESPAÑA

Los dos, frente a frente, en sendos butacones. Nuestro embajador, muy derecho, en actitud expectante. De su expresión no puedo concluir si viene a España muy contento. Siempre la he hallado optimista, como ahora. Pero ahora, como siempre, he observado su brazo izquierdo un poco más extendido, para dejar descubierto el reloj.

—Vendrá contento.

La pregunta, aunque innecesaria, hube de hacerla. Su primera contestación fué una sonrisa.

—La firma del Acuerdo sobre ayuda en materia nuclear la recomendación de ingreso de España en la O. T. A. N., las últimas concesiones de créditos...

—Más que de las firmas, estoy satisfecho del clima de comprensión existente entre los dos Gobiernos.

—Y sigue en progresión?

—Así es. Por días gana prestigio la figura del Caudillo a quien se considera como un gran político clarividente.

En efecto, la Prensa, la radio, la televisión y el cine, estos grandes instrumentos de difusión que inundan las calles y hogares norteamericanos, no han dejado de extraer de España novedades. Nos están descubriendo. Y, por tanto, no dejan de venir sus mejores reporteros, que a veces son senadores, Margaret Chase Smith, Fulton Lewis, Davis Lawrance. Es Fulton Lewis uno de los mejores comentaristas de radio.

—David Lawrance publicó en

el periódico de su propiedad el retrato del Caudillo sobre la bandera española.

—Eso es un hecho nuevo.

Una expresión que, dejando de ser la corriente, tampoco es una sonrisa abierta, me da el tono de su ánimo. El ánimo, aunque en el diplomático ha de estar sometido a dura disciplina, es el barómetro del resultado de las propias actividades.

—¿Y aquel extraordinario del «New York Herald Tribune» dedicado a España? ¿Qué balance objetivo ha obtenido usted?

—Grandioso éxito.

El movimiento de las manos parece poner una rúbrica.

—¿En qué funda su apreciación?

—A muchos impresionó tan detallada, y también nueva, versión de la realidad española.

—¿Y tuvo la difusión apetecida?

—Aparte de sus millares y millares de lectores habituales, y otros espontáneos, recibieron ejemplares, por iniciativa de la Embajada, todos los legisladores del país: jueces, alcaldes...

MAS DE 250.000 NORTEAMERICANOS VENDRAN A ESPAÑA

Hay un hecho que avala ese ambiente de hispanismo en Norteamérica. Un hecho que no admite distinguos ni matizaciones. El crecimiento del turismo. El conocimiento directo y personal. El poder tocar, si hace falta, las cosas. Y el turismo crece. Lo que hace unos años pudo ser visitas de mera curiosidad, con algo de aventura, por influencia de las carátulas que pusieron a la realidad de España, ahora, hoy, se ha convertido en riadas humanas que ansían venir, que saben a lo que vienen y que vienen porque saben lo que han de encontrar. Y el crecimiento de estos flujos de viajeros está en razón directa de la expansiva difusión de nuestra realidad.

Y van cifras: en el año 1947, no llegaron a 2.500 los turistas norteamericanos. Exactamente, 2.400. La cifra llegó a 30.000 en 1950. Se dobló, y algo más, en



Durante una recepción ofrecida en honor de Mr. Nixon en la Embajada de España en Estados Unidos, por el embajador, señor Areilza, el vicepresidente se hizo esta fotografía de torero

1954. Y este año, según las inscripciones y avisos controlados por nuestra Oficina de Turismo en Nueva York se pasará de los 250.000. Nuestra Oficina de Turismo en Nueva York, que antes disponía de una habitación de cuatro palmas, ha tenido que trasladarse a la avenida Madison. Amplia, holgada, rebosante de carteles y teléfonos.

—El turismo y esta interdependencia económica actual es lo que está consolidando la comprensión de lo español.

El conde de Motrico se muestra categórico. Sabe que el turismo, además de amigos deja dólares, divisas. El conocimiento de pueblo a pueblo es el que puede enganchar vínculos permanentes, por encima de todas las eventualidades del tiempo y los hombres.

—En cierta ocasión una personalidad española dijo al regreso de un viaje de Estados Unidos que todavía quedaba veneno en la masa. ¿Es mucho lo que todavía queda por hacer?

—Son ciento sesenta y ocho millones los que habitan aquel extenso país. Hay distancias enormes y durante mucho tiempo ha sido bastante intensa la propaganda adversa.

—¿Qué planes tiene arbitrados para contrarrestarla?

—Una sistemática información que llegue a la masa de opinión pública.

—¿Sólo de Prensa?

—Y de radio y televisión, sin olvidar el cine. Es mucho lo que podría hacerse con documentales.

—¿Es que le concede usted mucha importancia?

—Mucha.

E inmediatamente insiste dando fuerza a las palabras:

—Sería de máxima eficacia la puntual elaboración de documentales en colores de la vida y el paisaje españoles. Un argumento decisivo para el conocimiento de nuestras cosas y para el fomento del turismo.

El paisaje, el folklór, las costumbres, esto es lo que atrae, lo que fascina al norteamericano. El mismo pueblo español, su cordialidad y desinterés. Madrid y sus alrededores, Andalucía, Mallorca, la Costa Brava.

UNA SANGRIA ESPAÑA. LA CON NOMBRE TIBETANO

—Quiero un pasaje para el avión a Tossa del Mar.

Esto es lo que pidió un impulsivo, pero poco documentado, viajero. Quería seguir la ruta de un nombre que había oído. Algo que tal vez estuvo todo el invierno en su imaginación.

Los hechos vienen a confirmar las palabras de nuestro embajador: progresa el conocimiento mutuo. Están cada vez más cerca los dos pueblos. Porque gran parte de turistas viajan a crédito. Casi los dos tercios no ganan más de 500 dólares al mes.

«Viaje hoy y pague mañana». Esta es una consigna de propaganda de las compañías de viajes americanas, nacionales o internacionales. Y a crédito lo hacen. Tan a crédito que una sola compañía dará este año viajes en este plan por valor de 7.000.000 de dólares.

El conde de Motrico, clarividente, así lo ha entendido. El mutuo conocimiento ha de ser



«Este año vendrán a España más de 250.000 norteamericanos.»

amplio, profundo, de arriba abajo. Y así, lo mismo organiza exposiciones de pinturas, de nuestro sublime arte, como expone la verdad española en conferencias por los clubs y en coloquios. Y luego, ofrece exhibiciones de nuestras danzas o invita en la misma Embajada a una verbena, a una verbena sin prejuicios ni cortapisas. Una auténtica verbena en Norteamérica.

—Una auténtica verbena ha de ser algo extraño por aquellas tierras. El ambiente, los platos, las bebidas...

El conde de Motrico se reclina un poco sobre el butacón con una sonrisa indicadora de un recuerdo, de algo que debió sorprenderle con agrado. Adelanta el cuerpo como para comunicar un secreto. Y aclara.

En cierta ocasión le invitó un rico hacendado del Sur. En Nueva Orleáns. Aquel hombre quería obsequiarle sin salir de las costumbres locales.

—Va usted a probar un refrescante de gran tradición por estas tierras—dijo con regocijo el anfitrión.

—¿Se llama?

—Shangri-La.

Nuestro embajador a la vista de la bebida, quería saber el origen de aquel nombre, un tanto exótico. Esa segunda palabra —«La»— parece evocar algo del Tibet. Y esta interpretación tal vez sea la más extendida por aquellos contornos. En fin, algo extraño y lejano, pero por mucho tiempo vigente en las tierras del Sur.

El señor Arelliza sonreía más abiertamente al hablar:

—Lo probé ¿Adivina usted lo que aquello era?

—Pues, no.

—Una sangría. La españolísima sangría. Un resto de nuestros antepasados que por allí estuvieron.

—Comprendo.

LAS «SIETE PARTIDAS» DE ALFONSO EL SABIO RIGEN A ORILLAS DEL MISSISSIPPI

Y no hay duda. El fondo español en gran parte del territorio de Estados Unidos conquistado, colonizado y civilizado por españoles, se halla todavía presente en inúmeras expresiones. Lo español cala profundo, y tarda en desaparecer, si desaparece. Lo mismo en América que en cualquier parte del mundo.

En visita por el Medio Oeste, nuestro embajador oyó de un jurisperito que en el Derecho civil de su Estado figura un código fundamental, llamado «Las Siete».

—Ese título, señor embajador, debe ser de origen español. Pero, ¿qué significado tiene?

—Pues, sí. No es más que un Código basado en «Las Siete Partidas» de Alfonso X el Sabio, que los españoles pusieron aquí en vigor. Restos jurídicos de la colonización española.

Leyes españolas a orillas del Mississippi. Y hasta el signo del dólar.

—Después de una conferencia —dice el conde de Motrico— se acercó un viejo erudito a felicitarme y comunicarme el origen español del signo dólar. No es más que una contracción de las columnas de Hércules de los viejos pesos españoles de Méjico, en las que se enroscaba una cinta con la divisa «Plus Ultra». Al ser anexionados por los Estados Unidos los hoy Estados de Tejas y California, siguió circulando el peso

de plata. Las viejas columnas de nuestro escudo imperial se simplificaron, convirtiéndose en palotes, y la cinta simbólica quedó reducida a una «s», que las enlaza. Ahí está el signo del dólar.

—Todo esto me hace suponer que no es difícil ni lejano el acercamiento, pero un acercamiento que llegue casi a la compenetración.

—Son muchos los factores. Los hay humanos, turísticos y políticos. Estamos en una buena coyuntura, pero hay que canalizar las actividades.

—En su anterior viaje me habló con mucha ilusión de una gran Exposición de pintura española. ¿Mantiene su creencia de que una exhibición pictórica de alto nivel tenga la eficacia que suponía entonces?

—La reciente Exposición de Goya, todavía en marcha por salas norteamericanas, lo confirma. Pocas veces suscitó tanto interés, lo mismo en público que en crítica, una empresa de esta índole. La revista «Time» le dedica en su último número seis páginas. Sigo creyendo que una Exposición de los grandes maestros de nuestra pintura actualizará los valores del alma española en Estados Unidos.

—¿Y cuándo se hará?

—El Gobierno recogió la idea y nombró una Comisión interministerial, que hace los estudios pertinentes. Mientras la Comisión no llegue a conclusiones definitivas, no puedo ni debo decir nada.

TEMAS ESPAÑOLES EN VESTIDOS, TELAS Y BARRAS DE LABIO

—Es innegable que en Norteamérica han cambiado en pocos

años las cosas en relación con España. Pero, ¿esa estima parte de una mera consideración de nuestro valor estratégico?

—En el origen, sí. Hoy pesan más las consideraciones de carácter ideológico y el que España sea un punto de apoyo que por su estabilidad y confianza contrasta con la dudosa actitud de otros países del mundo libre, a quienes Norteamérica hace figurar en la lista de aliados.

La contestación ha sido rápida, sin titubeo. Bien sabida de antemano.

—Creo—añade convencido—que con el mutuo conocimiento, cada día más amplio e intenso, de los dos pueblos acabará estableciéndose un profundo sentimiento de auténtica hermandad. Las cosas españolas son cada día más populares.

En la calle están los mayores testimonios. El «torero Pink» es uno de los carmines más extendidos. La chaquetilla corta, el pantalón ceñido, sombreros, colores, líneas, contrastes taurinos, mantillas andaluzas llenan los establecimientos de fama. Temas de Castilla, nombres de ciudades españolas, trajes, paisajes, danzas proporcionan motivos al estampado de telas y temas a la decoración de interiores.

—¿Y cómo valoran nuestro esfuerzo económico-industrial?

Hace un gesto como para decir que hay mucho que hablar.

—Ese esfuerzo, con guerra o sin guerra, con anticomunismo o sin anticomunismo, hubiera provocado por sí solo la simpatía norteamericana.

—¿Lo siguen de cerca?

—Ninguno ha dejado de reconocer la extraordinaria tarea que los españoles, con sus propios medios, en años de aislamiento, han realizado.

—Influye esto en esa especie de confianza crediticia de que nos están dando pruebas?

—Influye esto y la sana política monetaria. Ambas cosas han hecho posible el gran prestigio que el Gobierno y nuestra moneda tienen como posibles clientes de los medios bancarios.

Todo lo demás, referente a créditos y préstamos, es pura información. Información reciente. Hace días, sólo días, que la Cámara de los Estados Unidos aprobó la consignación de 50 millones de dólares para España. Parece, pero no es, una noticia más. Porque en un ambiente de rebaja general en toda la Ayuda Exterior—de 3.200 millones que era la petición presidencial sólo han salido 2.700—las partidas con destino a España no sólo se han mantenido, sino que la Cámara por propia iniciativa, aumentó en 22 millones los 28 que figuraban en el programa.

—Esto tiene un gran valor moral—afirma rotundo.

—¿Y político?

—Demuestra la sensibilidad política de las Cámaras americanas y la alta estima en que tienen las cosas de España.

—¿Y cómo estima ese otro crédito de 30 millones de dólares que cuatro grandes instituciones

bancarias han hecho al Instituto Nacional Español de Moneda Extranjera?

—Es un crédito sin garantías o condiciones.

Y queda mirándome fijamente. Por mi parte no añado ni una palabra. Queda una pregunta.

—¿Y el Presidente Eisenhower? ¿Qué piensa, cómo ve el Presidente a nuestra España?

—El Presidente Eisenhower es fundamentalmente europeo; es decir, concede preponderancia, tal vez por su pasada vida militar, a los problemas de Europa. Tiene un conocimiento muy detallado y objetivo de la situación y sucesos de este Continente.

—Pero, ¿y de España?

—Siempre le he oído expresarse con palabras de sincera admiración y afecto.

Concluye el señor Areilza su respuesta con tono de voz como de final de un largo periodo y subrayando las palabras con movimientos afirmatorios de cabeza, pero de afirmación que no admite duda.

—¿Y los viajes de los Ministros españoles? Fueron largos y extendidos. ¿Sin trabas ni secretos?

—Desde luego.

—¿Y consecuencias?

—Creo que de grandes y muy positivos beneficios. El señor Cavestany, con su dinamismo y enorme simpatía humana, y el almirante Moreno, con su porte caballeroso, causaron muy buen efecto. Y al mismo tiempo, su extensa visita les valió para conocer a fondo las características esenciales de la Agricultura y la Marina de los Estados Unidos.

EL ATOMO Y EL AUTOMATISMO CAMBIARAN CON LA LUCHA DE CLASES

El día 7 del pasado mes de junio hubo en el salón diplomático del Departamento de Estado la siguiente ceremonia: el embajador de España, don José María de Areilza; el viceministro de Asuntos Exteriores, Mr. Marchant, y el presidente de la Comisión Atómica, almirante Strauss, suscriben un documento: el acuerdo de Cooperación entre España y Estados Unidos sobre empleo para usos pacíficos de la energía atómica. Tal acuerdo supone de momento: el establecimiento en España de un reactor y la entrega de uranio enriquecido con el isótopo U-235 en cantidades suficientes para alimentar su funcionamiento.

—Esto abre las puertas de la industria española a una nueva era. Y en feliz coincidencia con el periodo de febril industrialización de España, además de su aplicación a la Agricultura y Medicina.

—Y usted, desde su puesto en Norteamérica, ¿qué juicio tiene formado de esta convulsión originada por la energía atómica?

—El advenimiento de la Era nuclear será algo incomparablemente más importante que la revolución industrial del pasado siglo. En Estados Unidos ya se activan los síntomas febriles de la nueva época. Los yacimientos de

uranio descubiertos allí y en el Canadá representan reservas de primera materia, prácticamente inagotables. Los reactores experimentales se ofrecen ya en catálogo por algunas de las grandes firmas. Esta construyéndose el primer reactor de potencia para obtener energía eléctrica comercial. Hay submarinos atómicos y dentro de pocos años habrá barcos mercantes y aviones movidos por la desintegración del átomo. Es un mundo nuevo que empieza, de alcance insospechado, impresionante...

—Y a su juicio, ¿qué es lo más importante hasta ahora de lo ocurrido en este terreno?

—Quizá el descubrimiento de nuevos caminos o métodos en el proceso de desintegración del átomo, que permitirá una producción más barata de energía nuclear. Puede venir un momento en que resulte tan inverosímil su precio, que se ponga al alcance de todos.

—¿Y cuál es su vaticinio a este respecto?

—Que esto y el automatismo—máquinas electrónicas, etc.—una posible modificación de los climas—de los climas meteorológicos—de la tierra, hacen pensar en la solución de todos los problemas del mundo. Por ahora tienen una enorme fuerza dialéctica en la vida internacional.

Queda pensativo, rebanando de su memoria más datos. Dice de pronto:

—Tal vez los problemas de la lucha de clases lleguen a no tener sentido.

Y se da cuenta de mi reacción. Mi reacción obedece a que pienso en la condición humana. Pero él insiste. La energía atómica, que sustituirá a los grandes depósitos de carbón, a los carburantes, y a la misma fuerza hidroeléctrica, prestándose en igualdad a todos los pueblos; el automatismo, las máquinas electrónicas, relevando al hombre con su productividad lograrán una enorme producción con un mínimo de esfuerzo humano y un máximo de jornal...

—La técnica—concluye categóricamente—puede liberar al hombre de la esclavitud.

* * *

Mira de pronto el reloj.

—Me perdonará. Faltan dos minutos para las seis menos cuarto. A esta hora estoy citado. No quiero hacer esperar.

—Con esto basta por hoy.

—Si quiere algo más, llámeme a las ocho de la mañana.

Dicho y hecho. De pie, y camino de la calle. Sobre la marcha le entregó el sombrero un criado. A duras penas podíamos hablar, escalera abajo. No es fácil hablar casi corriendo por una escalera.

—¿Tiene bastante con lo dicho?

Ya estaba dentro del coche.

—Sí, señor.

A penas tuve tiempo de ver su sonrisa de despedida. En pocos segundos desapareció de mi vista el azulado coche, que debería tener muy pocos kilómetros en su haber. No entiendo de marcas.

JIMENEZ SUTIL



Art Halbritter, caricaturista alemán, cuyo libro, que exhibe, «La disciplina, primero», ha sido prohibido en la zona oriental de Alemania y duramente criticado en la occidental. Ilustran el libro más de cien caricaturas antimilitaristas

EUROPA, AÑO CERO DE LA LIBERACION

EN ALEMANIA HA DESAPARECIDO EL TACONAZO



Jerarquías de la Iglesia se reúnen en el estadio de Augsburg para asistir a una concentración de más de sesenta y cinco mil católicos alemanes con motivo del milenario de la éxodo de los hunos, invasores en tierras germanas.

PUEDEN TRANSFORMARSE EN DIEZ AÑOS LA MENTALIDAD DE UN PUEBLO MILENARIO

BONN. — (De nuestro enviado especial, M. Blanco Tobío.)

CASI sin darnos cuenta hemos estado asistiendo, a lo largo de estos diez últimos años, a un experimento probablemente único en la Historia. A la transformación de la mentalidad de todo un pueblo milenario: el alemán. Sabemos de pueblos que en el transcurso de los siglos han cambiado de hábitos, de leyes, de costumbres, de actividades. No sabemos de ninguno que, en el corto plazo de una década, cambiase, nada menos, de mentalidad, aludiendo con esta palabra a las ideas fundamentales que yacen en la conciencia de una raza, y que ordenan y determinan su conducta. Es más: El mero propósito de transformar la mentalidad de un pueblo se nos antoja pueril; nosotros los españoles decimos «genio y figura hasta la sepultura» aludiendo al individuo y a su destino personal, y creo que con más razón podemos atribuir el aforismo éste a los pueblos, a las colectividades nacionales.

Sin embargo, esto, transformar su mentalidad, es lo que se ha intentado con el pueblo alemán, y a estas alturas es el caso que no estamos en condiciones de afirmar que el experimento ha sido un ingenuo disparate o un asombroso éxito. Nadie puede afirmar hoy, en efecto, que el pueblo alemán sea o no distinto del que fué; que la reeducación a que fué sometido ha alcanzado solamente a la conducta externa de los hombres o a las capas profundas de su conciencia, donde tienen su secreta morada los instintos más elementales, y sus muelles, tensos o flojos, la voluntad.

Concretamente, lo que se ha querido extirpar del alma alemana es todo esto: su creencia ancestral de que quien tiene la fuerza tiene la razón y el derecho, emanaciones espontáneas de aquélla;

EN EUROPA SE ESTA ELABORANDO UNA NUEVA IMAGEN DE LA PENINSULA IBERICA

su sentido mesiánico de la raza germánica, llamada a regir los destinos históricos de Europa; su concepto de la disciplina, que ha de acatarse ciegamente, aunque el cumplimiento de la orden dada por un superior implique un ase-

sinato; su convicción de que la guerra es la mejor diplomacia, y una de las más altas actividades a que debe entregarse el varón: su idea del Estado, como entidad superior al individuo y anterior a él en el derecho, etc., etc.

Esto es lo que se ha intentado transformar en el pueblo alemán. ¿Qué se ha conseguido?

UNA INCOGNITA PARA EL FUTURO

Hasta que la Historia ponga a prueba a Alemania, en un momento estelar, es decir, en visperas de jugarse su destino, por



Los nuevos uniformes del Ejército alemán, que en nada recuerdan a los usados por la Wehrmacht

ejemplo, nadie podrá estar seguro de que esta primitiva mentalidad alemana está muriendo o está dormida. Es una incógnita que remitimos al futuro.

En cuanto a la conducta externa, el cambio es visible en muchísimos alemanes, y sobre todo en la juventud. Los signos exteriores de eso que demasiado genéricamente es llamado «militarismo» alemán puede decirse que han desaparecido. Un ejemplo: Antes, cuando le presentaban a uno un joven alemán, éste unía con un chasquido sus talones, extendía la diestra, muy baja, con el brazo rígido, e inclinaba profundamente la cabeza, en un brusco y estirado movimiento del cuello. Uno siempre tenía la impresión de que le acababan de presentar a un capitán del Ejército vestido de paisano.

Ahora, una presentación entre amigos es mucho menos ceremoniosa y la mano se estrecha naturalmente, sin acompañamiento de taconazo ni espectacular ida y vuelta de cabeza.

A la desaparición del taconazo se concede gran importancia entre los «reeducadores» del pueblo alemán. Quizá, en efecto, la cosa tenga su importancia, pero a mí este éxito también me parece pueril. Si bien reconozco que es mucho más fácil y agradable una presentación «a la española», aunque los alemanes no han llegado todavía a esa efusividad ibérica del palmetazo en el omoplato.

En cuanto a las ideas en circulación, va les dije a ustedes en mi crónica anterior que, sobre todo los jóvenes, hacen constante alarde de pacifismo y de antimilitarismo. No quieren oír hablar de vestir el uniforme, y mucho menos todavía guerrar, por grandes y justas que sean las causas que llamen a su conciencia.

Insisto en que es muy difícil separar lo que se mezcla aquí de sinceridad, por un lado, y de «snobismo», por otro. Personalmente creo que en esta actitud de la juventud alemana hay mucho de «snobismo», que puede ser tal vez una manifestación del sentimiento de frustración de la grandeza de Alemania. Puesto a recoger impresiones con carácter notarial, diré que un mozalbete alemán, mientras nos llenaba de gasolina el tanque del automóvil, hizo este comentario:

—Si Alemania hubiese ganado la guerra, hoy cada alemán tendría un avión.

Pueril, desde luego. Pero ahí queda en mi «cinta magnetofónica».

Otras anécdotas, en cambio, parecen sugerir que el cambio de mentalidad no es tan profundo como muchos creen. He aquí una contada por la gran revista norteamericana «New Yorker», y que ustedes pueden tomar o dejar:

Un productor de películas norteamericano está rodando un «film» de guerra en Alemania. Pone anuncios en los periódicos solicitando «extras». Examina a los que se presentan y elige a unos para hacer el papel de oficiales y a otros el papel de soldados. Pocos días después, se presentan los «oficiales», haciendo esta extraña reclamación:

—Venimos a quejarnos del he-

cho de que siendo unos oficiales y otros soldados, tengamos que sentarnos todos juntos a la misma mesa...

PSICOANÁLISIS DE UNA RAZA

Si la palabra no fuese un tanto petulante diría que lo más conveniente para saber por donde andamos en este asunto sería «psicoanalizar al pueblo alemán-1955». Psicoanalizarlo en el sentido de observar su conducta al margen de las actividades que no están reglamentadas; porque cuando algo está reglamentado, el alemán no se manifiesta nunca espontáneamente, sino de acuerdo con el reglamento.

Esta clase de observación nos permite hacer, en el acto, varios «descubrimientos». Uno de ellos, importante en el asunto que ahora nos ocupa: el alemán no ha perdido, ni mucho menos su instinto de la colectividad; o dicho con otras palabras, su vocación gregaria. Pondremos otro ejemplo.

Usted, ciudadano español, tiene tendencia a desasociarse, a desvincularse de los demás, a hacer su propia vida personal. Y si se le ocurre comprar una moto, usted se comporta como si en el mundo no hubiese más motos que la suya. La pone en marcha y sale arreando por su cuenta y riesgo.

La conducta del alemán es justamente la contraria. Inmediatamente después de comprar una moto se afilia a una sociedad de motoristas, y de vez en cuando marcha en rebaño con todos sus asociados a pasar el fin de semana en algún sitio delicioso perteneciente a otra sociedad, a la que también hay que estar afiliado.

En una palabra: El alemán, sea lo que sea y haga lo que haga, siempre es y siempre hace lo acostumbrado en su gremio. Está encuadrado en una organización o en varias organizaciones interorganizadas. Esto no ha cambiado, y el hecho de no haber cambiado, induce a algunos a pensar:

—En cuanto Alemania tenga un Ejército, es decir, un sitio donde encuadrarse, la juventud alemana, se encuadrará espontáneamente en sus filas y después hará, a

ciertas, lo que le manden sus jefes.

Por todo cuanto llevamos dicho, éste es, sin duda, un juicio aventurado. Pero responde a la mentalidad alemana. Y no a la antigua—hay que expresarse de alguna manera—, sino también a la «moderna».

EL NUEVO EJERCITO

Si he escrito todas estas cosas ha sido para situarles a ustedes mentalmente ante los problemas morales y psicológicos planteados por la creación del nuevo Ejército alemán.

Mientras la cosa anduvo por fuera; es decir, mientras el tema del Ejército alemán fue un asunto de especulación internacional, con episodios tan dramáticos como el fin de la C. E. D. en la Asamblea Nacional francesa, y el viaje de sir Anthony Eden por Europa, con su resucitado Pacto de Bruselas en el bolsillo; mientras ocurría todo esto, los alemanes estaban entregados a su diversión favorita, que es el trabajo, sin poner cabeza ni corazón en el asunto, y la «Amt Blank», hoy ministerio de Defensa, era un oscuro edificio de Bonn, frente a una frutería, ignorado por casi todo el mundo, en el que trabajaban unos cuantos hombres vestidos de paisano, aunque algunos de ellos habían sido generales de la Wehrmacht.

El tema del Ejército alemán se planteó a lo vivo ante la conciencia del propio pueblo alemán cuando fueron ratificados los acuerdos de París, cuando Theodor Blank se convirtió en ministro de Defensa y cuando el Bundestag atacó el asunto de los voluntarios; asunto éste que dió mucha guerra y cuyas incidencias ya conocen ustedes a través de la Prensa diaria.

Se presentó, en una palabras, la ocasión de demostrar al mundo que el militarismo alemán ha muerto definitivamente, y que el soldado alemán no estará adornado con ninguna de las virtudes castrenses que constituían el orgullo de la tradición prusiana. Era la primera oportunidad de romper ostensiblemente con el pasado, de hacer patente el cambio de mentalidad, y por eso una cuestión que



El general alemán Speidel revista a los soldados que le rindieron honores a su llegada al Cuartel General de la Nato para incorporarse al grupo de oficiales de otras nacionalidades

en cualquier otro país hubiese quedado reducida a sus aspectos puramente técnicos, se convirtió en un tema puramente político, e incluso sociológico, con infinitas variantes. No ha sido un nuevo Ejército alemán lo que se ha discutido; ha sido un nuevo soldado alemán; o la nueva mentalidad que debe tener un nuevo soldado alemán. Sólo así se explica que el reclutamiento de seis mil soldados voluntarios—me parece que hay más guardias urbanos en Madrid—haya levantado tanta polvareda.

Estos soldados, van a ser, por decreto, los más democráticos del mundo; los menos militares del mundo, etc. No se les ha suprimido el uniforme, por pura casualidad, o porque no se le ha ocurrido a nadie. Pero de lo que no se ha hablado para nada es de su capacidad combativa. Es más: Creo que en el fondo nadie piensa de verdad que esos soldados tengan que batirse un día. Sospecho que su papel es simplemente el de demostrar que Alemania puede tener un Ejército sin que por ello peligre la seguridad de Francia. Un Ejército caricatura del norteamericano—en el que por cierto reina una disciplina que enciende el pelo—, calzado con zapatos de goma «crepé» para que los franceses no digan que jamás quieren volver a oír el pisar de las botas claveteadas de la Wehrmacht en la plaza de la Etoile. El nuevo Ejército alemán, si siquiera, se llama ya Wehrmacht, sino Streitkrafte, algo así como «unidades de combate».

KAISERLAUTERN

Como ustedes saben ya, el número de divisiones que integrarán este Ejército serán de doce. O sea, unos 500.000 hombres, de los cuales 150.000 serán voluntarios y el resto reclutas por reemplazo. 400.000 hombres servirán en el Ejército de tierra, 20.000 en una pequeña flota costera y 80.000 en las fuerzas aéreas. De las doce divisiones, seis serán acorazadas, cuatro mecanizadas y dos de infantería motorizada.

El material, y los primeros instructores serán americanos. Los grandes industriales del Ruhr, de donde salieron los cañones ale-

manes para las dos últimas guerras, no quieren fabricar más armas, y el Gobierno de Bonn, tampoco. Hoy el Estado alemán es un Estado menos «patrón» del mundo; no tiene atribuciones para incautarse de las fábricas que producirán material de guerra ni dinero para construir las; pero, sobre todo, no tiene voluntad de hacerlo, y como los norteamericanos suministrar el material de guerra para equipar a esas doce divisiones, no hay por qué darle más

voltas al asunto. De forma que la gran industria alemana podrá dedicarse enteramente a fabricar artefactos de uso pacífico y a disputarles mercados a los ingleses y a los propios norteamericanos. La paz, para estos grandes «Junkers» del acero, paga mejores dividendos. Al menos, por ahora.

El material de guerra para estas doce divisiones, y creo que importa unos 500 millones de dólares, ya está almacenado en Alemania, en varios lugares. Uno de ellos, en el que he estado de visita, es Kaiserlautern. Resulta para mí difícil darles una imagen de lo que es este gigantesco depósito de armas. Allí hay de todo, bajo inmensas lonas o casetas de madera: cañones, tanques, camiones, motores, fusiles, ametralladoras, «bazookas», etc. Muchos millares de bocas de fuego, capaces de hablarles un día a los rusos en un lenguaje bastante elocuente. Kaiserlautern produce la impresión de un Ejército encantado, casi petrificado en grasa consistente, que espera una varita mágica para ponerse a roncar con sus miles de motores y a moverse con sus kilómetros de orugas.

Este material, modernísimo todo, y sin embargo ya superado, según me han dicho—y no hay cosa en el mundo que envejezca tan de prisa como las armas, que tanto progresamos (?)—lleva ya mucho

Interior de la Oficina de Correos de Munich, donde los comunistas checos hicieron estallar una bomba. En el suelo, dos cadáveres: uno del dirigente anticomunista eslovaco Matuscernak, y a la derecha, el de una mujer alemana



Interior de la Oficina de Correos de Munich, donde los comunistas checos hicieron estallar una bomba. En el suelo, dos cadáveres: uno del dirigente anticomunista eslovaco Matuscernak, y a la derecha, el de una mujer alemana



Un sargento americano al frente de un grupo de niños berlineses que pasarán sus vacaciones en la Alemania occidental. La campaña ha sido realizada por la Cruz Roja y la Aviación americana

tiempo esperando su «integración» en las nuevas unidades de combate. Pero ahora, en Kaiserlautern reina una gran actividad. Se harán ustedes una idea de ella si les digo que en la autopista vecina hay un tráfico tan intenso que ha tenido que ser regulado como el de una calle de una gran ciudad.

ATOMIZACION

Y de la guerra, ¿qué?

A propósito de ella les contaré lo que me dijo un amigo en Bonn nada más llegar:

—Sabrás, amigo mío, que estoy muerto dos veces. Yo y toda mi familia, y todo Bonn, y toda esta región. Y no morí la tercera vez porque me había ido a Hamburgo. Allí creo que sólo recibí algunas quemaduras a causa de la radiactividad.

De momento, yo no entendí una palabra de cuanto me decía, y hasta llegué a pensar, un instante, si mi amigo se había vuelto loco. NO; no se había vuelto loco. La explicación es la siguiente: Días antes de llegar yo a Bonn se había llevado a cabo la operación «Carta Blanca» en virtud de la cual, y sólo teóricamente, por fortuna, habían caído sobre un vasta región de Alemania creo que 600 bombas atómicas, o casa así. El resultado, también teórico, había sido la extinción total de varios millones de alemanes y de innumerables ciudades. Algo espantoso, que pone los pelos de punta. Teóricamente también, mi amigo había muerto, pues, dos veces atomizado.

La conclusión es, y esta vez nada de teóricamente: Si hay guerra y si en la guerra se emplean las armas nucleares y termonucleares, no hay escapatoria posible. A morir todos, por lo menos una vez que es bastante. O no hay guerra, o a cenar con Cristo, como decían nuestros clásicos.

Bajo esta convicción, ¿qué quieren ustedes que piensen los alemanes sobre la guerra? Nada; no piensan nada. O por lo menos viven como si no pensasen en ella. Y tienen razón para obrar así. Según los tratados de París, la Alemania occidental es una «zona estratégicamente expuesta a los bombardeos atómicos», y esta calificación habla sola. Desde luego,

los franceses se la dieron para que los alemanes no pudieran fabricar bombas atómicas de su cosecha. Pero la realidad de esa exposición es indiscutible, aunque a mi me gustaría que me dijese qué parte de Europa y aun del mundo no está hoy enclavada en una «zona estratégicamente expuesta a los bombardeos atómicos».

No. Nadie en Alemania piensa en una guerra, y según ellos, otro tanto ocurre en Rusia, lo que explica, al menos en parte, esa súbita sociabilidad de la pareja Bulgárin Krustchev, tan aficionada últimamente al turismo diplomático.

Sería espantoso destruir tanta riqueza y tanto futuro como está creando ahora Europa, a un ritmo frenético. Y ya que he llegado a este punto, cumpliré la promesa que les hice a ustedes, en una crónica anterior.

En Alemania, la idea europeísta, la de una unificación de Europa tiene probablemente muchos más partidarios que en cualquier otro país europeo. Sólo que como estamos en Alemania, la paradoja nos espera en la primera esquina. Resulta, señores, que los partidarios de esa internacionalización de Europa, de ese principio de la supranacionalidad, son las fuerzas políticas tradicionalmente conservadoras, hoy centradas en el C. D. U. (Unión Cristiano-Demócrata, que es el partido político de Adenauer), y también tradicionalmente nacionalista. En cambio, los socialdemócratas (partido de Ollenhauer), tan internacionalistas ellos, tan universalistas, tan enemigos de fronteras, son hoy los representantes contumaces del nacionalismo alemán. Mientras Adenauer dice a casa paso que hay que unir a las naciones europeas, Ollenhauer contesta que lo que hay que unir es a los dos Alemanias. No quiere decir esto que el canciller no dese la dichosa «Wiedervereinigung», sino, sencillamente, que sus tiros van más lejos, como única superación del nacionalismo aldeano que tan caro le ha costado a Alemania.

Que el alemán se siente hoy más europeo que nadie, tal vez por no sentirse plenamente alemán, lo demuestra el hecho de que concede una extraordinaria importancia incluso al Consejo de Europa, que funciona ateneísticamente en Estrasburgo, y en el que los es-

pañoles, la verdad, reparamos muy poco, a pesar de sentirnos tan europeos como el que más

ESPAÑA, NECESARIA

En relación con esto, quiero decirles a ustedes algo que juzgo muy importante: Una de las más altas personalidades políticas de Bonn, probablemente una de las que tiene más porvenir político (al máximo nivel), le ha dicho a un español, en Bonn, cuyo nombre no estoy autorizado a revelar:

—Europa necesita hoy más que nunca a España. Deberían estar ustedes en Estrasburgo y allí dondequiera se esté «haciendo» a Europa. Y esto, por una razón: Por el fuerte sentido unitario de la política española; porque ustedes los españoles entienden mejor que nadie eso de la unidad. Porque la idea de Europa que siempre ha tenido España es una idea unitaria. Europa necesita escuchar el lenguaje que ustedes saben hablar como nadie».

ADIOS A LAS CASTAÑUELAS

Y para terminar hoy, una observación más sobre nuestro país.

En Alemania, y en todos los países europeos que he visitado, he observado una finísima sensibilidad para comprender el momento actual de España. Existe de verdad, en esos países europeos, la intuición de que en España se ha producido y se está produciendo ahora, un cambio radical en la vida española, en el sentido de que «estamos marcando el paso» con el resto de las grandes naciones europeas, transformando la estructura social y económica de España.

Esa intuición, se traduce en preguntas como éstas: ¿Qué están ustedes haciendo en la industria y en la agricultura? ¿Cómo marcha el plan de modernización de los ferrocarriles? ¿Qué es eso de las Universidades Laborales? ¿Es tan avanzada como dicen la política social española?

Estas preguntas, en boca de estudiosos de la economía europea, o de gentes que viajan frecuentemente fuera de su país, no me sorprenderían. Pero es el caso que estas preguntas me las han hecho gentes humildes que saben muy pocas cosas sobre nuestro país. Y si tenemos en cuenta la mala Prensa que hemos «disfrutado» hace unos años y el aislamiento en que hemos vivido, la sorpresa mía fué todavía mayor. Acostumbrado a que le pregunten a uno cómo son los toros y cómo se llaman los «toreadores» de más trapío, cuando a uno le hacen esa clase de preguntas, también se da cuenta de que en Europa se está transformando la imagen de España.

Nosotros tenemos demasiado cerca este proceso de metamorfosis española para darnos cuenta de su volumen y de sus matices. Desde fuera, la imagen de una España nueva, es mucho más nítida y plástica. Y en el extranjero así la ven, con lo que juzgo que estamos asistiendo a la desaparición definitiva de las castañuelas como símbolo exclusivo de nuestra tierra.



Theodor Heuss, Presidente de Alemania occidental, condecora al presidente de la Comisión olímpica alemana por sus servicios

POLVORA, SANGRE Y LAGRIMAS

GUERRA ABIERTA EN EL MARRUECOS FRANCES

**EL NUEVO RESIDENTE GENERAL
ANTE UNA GRAVE SITUACION**

**LA DIVISION DE FRANCIA SE
CONTINUA EN EL NORTE DE
AFRICA, DONDE LOS FRAN-
CESES LUCHAN ENTRE SI**



«CASABLANCA-CHICAGO»
SI hubiera precisión de explicar cuál fué la circunstancia decisiva en el nombramiento de Gilbert Grandval, como nuevo residente general en el Marruecos francés, habría de tomarse, necesariamente, una fecha clave: la noche del 11 al 12 de junio cuando fué asesinado, a la entrada del hermoso edificio «Liberté», el principal accionista del «Maroc-Press».

El asesinato, matemáticamente realizado, no tuvo un solo tropiezo. Desde la calle vigilaban las altas ventanas del piso 14. Poco después de apagarse las luces, el ascensor dejaba a Lemaigre-Dubreuil en el portal y desde allí se dirigió, con su paso nervioso, al

automóvil que tenía al frente. Nada más entrar en él, un coche negro comenzó a moverse lentamente. Unas ráfagas cortas ametrallaron, lentas y pausadas, casi con el ánimo previsor de no desperdiciar una bala, el parabrisas. Dentro del coche quedaba un hombre muerto: Lemaigre-Dubreuil, accionista propietario del periódico «Maroc-Press».

Teniendo en cuenta que Casablanca, capital económica de la Zona francesa de Marruecos, ha sido rebautizada con el nombre de «Chicago», recordando aquellos años terribles de la Ley Seca en la gran ciudad americana, todo hacía suponer que la cosa quedaría en un gran escándalo, pero en nada más. Sin embargo,

Dos trágicas escenas que recogen con fría objetividad la difícil y dura situación del Marruecos francés. Muertos, atentados, incendios, choques sangrientos y algaradas a lo largo de un período que ya se hace insostenible en esa franja de tierra del Norte de África

la muerte de Lemaigre-Dubreuil, en buena manera, ha sido la circunstancia que ha puesto en pie, como un auténtico caballo de Troya, todo el bajo fondo de una situación insostenible: las luchas intestinas de los franceses entre sí, por un lado, y contra el pueblo marroquí o sus organizaciones nacionalistas.

EN AFRICA CONTINUA LA POLEMICA Y LA DIVISION INTERNA DE FRANCIA

Si se creyera, simplistamente, que el proceso del sangriento suceso marroquí descansa con carácter exclusivo en la batalla entre musulmanes y franceses, existiría la posibilidad, a mi modo de ver, de perder de vista un aspecto importante de la situación: la lucha interna de los franceses entre sí, que continúan en África esencialmente la lucha y la división política de la metrópoli. Este hecho, de enorme significación, tiene una singular importancia. Por lo pronto, y para comenzar, el asesinato de Lemai-

gre-Dubreuil lo puso de manifiesto.

La encuesta organizada para descubrir a los hombres que ametrallaron al propietario (había comprado dos tercios de las acciones) del «Maroc-Press» fué presidida por el mismo director de la D. S. T.; es decir, los servicios de «Defense et de la Sécurité du Territoire». El informe que entregó al Gobierno se iba a convertir, de la noche a la mañana, en un documento sensacional. No se conocen exactamente los términos totales del texto, pero las declaraciones del jefe del Gobierno y del ministro de Asuntos Marroquíes y Tunecinos han dado a conocer parte de su contenido. En el «informe Wybot» se declaraba oficialmente la presencia y organización de un «contraterrorismo» francés.

Este contraterrorismo era el culpable del asesinato de Lemaigre-Dubreuil y de otros muchos más. El informe aludía, de igual forma, a hechos concretos: la Policía ha facilitado, contribuido o dirigido en algún momento las réplicas armadas de los barrios europeos a las medinas indígenas. Nada menos que el inspector principal Delrieu quedaba detenido.

Según el «informe Wybot» el contraterrorismo está organizado perfectamente, y al asesinar a Lemaigre-Dubreuil cumplía una amenaza que había sido hecha pública y dada a conocer a las autoridades por un agente doble, el policía Foretier, que iba a morir, en extraño momento, de un accidente misterioso.

Este escándalo, que en París, por razones políticas, iba a tomar un carácter sensacional, fué el que, en líneas generales, contribuyó directamente a la caída de monsieur François Lacoste, Residente general de Francia en Marruecos hasta el nombramiento de M. Gilbert Grandval. Pero ¿por qué razón así?

LA GUERRA SUBTERRÁNEA ENTRE LOS FRANCÉSES

El día que se celebró el funeral de Lemaigre-Dubreuil, un hombre vestido de luto riguroso, con la cara crispada y el semblante agotado, estaba de pie ante el féretro; ese hombre era Pierre Mendes-France. El ex jefe del Gobierno francés estaba dando una serie de conferencias en diversas provincias francesas cuando tuvo conocimiento del atentado. Al día siguiente tomaba un avión y se presentaba en Casablanca.

Era natural que rápidamente se diera al hecho una valoración política. Toda la Prensa «meridiana», sobre todo la que gira en torno a su candidatura como figura aglutinante de la *gauche* de la izquierda francesa comenzó una campaña para demostrar que el asesinato se dirigió tanto contra Lemaigre-Dubreuil como contra la posición más «liberal» de su periódico en torno a los problemas marroquíes.

Quedaba claro, naturalmente, que, como no «liberales», y, por tanto, como organizadores prácticos del «contraterrorismo», se presentaba a los hombres del doctor Causse, expulsado no hace muchos días de Marruecos por Grandval.

Los franceses de Marruecos, en líneas generales, aparte del partido comunista, que se alinea, de acuerdo con las ideas clásicas de la Komintern, con los extremistas, están divididos en dos grupos importantes. Los dos han nacido como consecuencia de la situación creada con motivo de la expulsión de Sidi Ben Yusef, el auténtico Sultán de Marruecos. El período político de total inestabilidad que sigue a la salida de Mohammed V está marcado por el nacimiento de la «Union pour la Presence Française», presidida por el doctor Causse.

La Prensa en que se apoya el movimiento «Presence Française» pertenece casi enteramente al antiguo trust de M. Mas, personaje que llegó a ser propietario de la mayor parte de los periódicos y de la publicidad de Marruecos. Según datos cuya certidumbre parece cierta, la «Union» tiene unos 75.000 miembros, de los que 20.000 son musulmanes, agrupando, igualmente, a europeos de varias nacionalidades.

Ese enorme balance humano y financiero de «Presence Française» tiene enfrente un grupo no menos importante, denominado «Conscience Française», que está a su vez, dirigido por el doctor Delannoe.

El nacimiento oficial de «Conscience Française» está condicionado al «Manifiesto de los 75», publicado el año último, y en el que se protestaba de los métodos de represión empleados por monsieur Bonifacio, antiguo jefe de Policía de la región de Casablanca. La consecuencia inmediata de la creación de este nuevo grupo político francés en Marruecos fué organizar el control de un periódico. Un grupo de industriales y financieros, entre los que se encontraban Walter y Lemaigre-Dubreuil adquirieron las acciones

necesarias del «Maroc-Press». La personalidad «africana» de Lemaigre-Dubreuil era oscura, pero pasaba por ser un experto en negocios africanos, que, de pronto, en abril de 1955, invierte un capital en un periódico político; además de él estaban Pierre Mendes-France, François Mauriac y, por tanto, «L'Express», de París.

Desde ese momento culmina la división francesa en Marruecos. Ambos partidos, irreconciliables entre sí, atentos sólo al tema de partido político, entablan entre ellos lucha abierta y sin cuartel. Todos los miembros circulan con revólveres y hay casos en los que la persecución les hace cambiar a elementos significados constantemente de domicilio.

Uno de ellos, de nombre Reitzer, director de una famosa marca de agua mineral, tenía no hace muchos días delante de su despacho completamente calcinado su automóvil. Como un periodista le preguntara qué pensaba de ello, contestó:

—*Pienso*— contestó con humor— *que cambiaré el nombre del agua. De ahora en adelante la llamaré el agua que hace añubos.*

Pero ninguna anecdota revela como la recogida por el escritor francés Albert Pleyca la situación interna de los franceses, el drama espiritual de sus hombres. Dice que un joven francés, desilusionado, le advirtió: *En 1952 yo he llegado a Marruecos. Estaba disgustado de la política y de la flojedad de Francia... pensaba que aquí escaparía de todo eso. Pero nos han perseguido y nos han vuelto a meter en los lios. Es por eso, sin duda, por lo que pienso que todo se ha terminado...*

Son éstas, por tanto, cuestiones importantes en la historia de los acontecimientos de Marruecos. El partido comunista juega, como es notorio, el papel de estar de acuerdo con cualquier tentativa de separación de la metrópoli. En el caso de Argelia es oficialmente el P. C. A., es decir, el partido comunista africano dedicado a su oficio de subversión.

Pero hay más. Toda la Prensa «mendesiana», lo que ya es de por sí sospechoso, ha dedicado un enorme y fatigoso período de reproches a la política y al Gobierno francés con motivo de la muerte de Lemaigre-Dubreuil, lo que ha servido para que la «Union des Intellectuels indépendants» de Túnez haya publicado la siguiente moción:

El doctor Eyrnaud, director de «La Vigie Marocaine», ha sido también asesinado, y la Prensa y el Gobierno francés reaccionaron con suavidad. El Cherif Muley Idriss, director del periódico «Liberté», ha sido asesinado, como lo han sido igualmente Me Tahar Essafi, director del «Phare de Tunis», y Chedli Kastally, director del periódico «Nahda»; pero ninguna reacción espectacular fué tomada por ese mismo Gobierno y esa misma Prensa.

Jasques Lemaigre - Dubreuil —prosigue—, representante de la oligarquía francesa, controlaba varios trusts estrechamente ligados a todos los enemigos de Francia en el África del Norte.

Es la misma cara por el otro lado, pero todo ello aleccionador, en su simplicidad, de los motivos y las causas que mueven a unos y a otros.



En la pequeña ciudad de Meknes la Policía francesa abre fuego sobre un grupo de marroquíes que huyen en busca de refugio contra las balas



LA LLEGADA DE GRANDVAL: «CON EL GOBIERNO O CONTRA EL GOBIERNO»



Grandval llega a la iglesia del Sagrado Corazón, en Casablanca, para asistir a los funerales por las víctimas de los atentados terroristas. Después de la ceremonia el residente fue golpeado por algunos franceses.— Derecha: Un coche francés arde en plena vía pública

M. Gilbert Grandval ha intercedido, y eso hay que reconocerlo, conquistar las ciudades marroquíes con una serie de golpes de valor. En medio de «las jornadas de la sangre» ha visitado las medinas, los barrios clásicos de los musulmanes, sin hacer caso de la escolta. En la plaza Lyautey, nada más descender del coche, de uniforme blanco y con sólo el bastón de mando en la mano, se dirigió hacia los jóvenes marroquíes para estrechar sus manos. Los policías tenían órdenes severas, dadas por él mismo, de no volver la cabeza hacia donde él estuviera.

Una de las primeras declaraciones oficiales del nuevo residente general han servido para crear en torno a él una atmósfera curiosa. La organización «Maroc-Press» le había invitado a un almuerzo. A los portales, en medio de un impresionante y recogido silencio, M. Gilbert Grandval advirtió que había venido dispuesto a tratar de resolver las cosas, colaborando con el Gobierno o, en caso de necesidad, contra él.

Con una velocidad fulminante la noticia llegó a la Asamblea Nacional, y nada más comenzar su tarea Gilbert Grandval se vió en la dura necesidad de rectificar.

GILBERT GRANDVAL PROCEDE DE LA «RESISTANCE» DE LA QUE HEREDO EL NOMBRE QUE LLEVA

Todo el mundo está dispuesto a conceder al nuevo residente general de Francia un periodo de confianza. No se puede todavía ejercer un mínimo además de crítica, porque todo el problema se o ha encontrado hecho.

Cuando nace, en Alsacia, hace cincuenta y un años, Gilbert Grandval se llamaba Yves Gilbert Hirsch-Ollendorf y era hijo de una conocida familia israelita. El padre, el viejo Ollendorf, era industrial. Su abuelo, Paul, editó, a su vez, alguna de las obras de Guy de Maupassant.

La vida de Grandval es una serie de aventuras en diversos órdenes. Lo intenta todo. Es industrial, pero le gusta el riesgo, y muy joven, gana el camino del aire. Antes de que estallara la guerra había conseguido, como *amateurl*, pasar de las 1.000 horas de vuelo.

Cuando estalló la guerra fue movilizado como teniente de Aviación, y más tarde, cuando ésta se acababa con la derrota, comienza sus tareas en la Resistencia. El

sector que dirige es el Este de Francia, y dos son, como mínimo, los nombres con los que se le conoce en aquel tiempo: «Chancel» y «Grandval».

Al terminar, con la liberación, esa época de su vida, le confirman en el grado de coronel y ocupaba el puesto de comandante de la 20 región militar cuando, el 30 de agosto de 1945, Koening le abre las puertas de la diplomacia. Nombrado gobernador del Sarre y después alto comisario de la República francesa, se convierte en 1952 en jefe de la misión diplomática del Sarre, con rango de embajador.

Antes, sin embargo, se ha producido en el «Journal Officiel» un cambio importante. El Estado le concede el derecho, el 25 de febrero de 1946, para cambiar de nombre. Desde ese día Yves Hirsch Ollendorf se convierte en Gilbert Grandval. Varios de sus familiares, Levy y Roger Levy, han sido autorizados igualmente a cambiar de nombre y a llevar también en los documentos el de Grandval.

El ciclo de servicios se cierra en la hora actual, con su nombramiento de residente general en Marruecos en una de las horas más difíciles y dramáticas.

Hemos hablado anteriormente de una misión de información de Grandval. ¿Cuál es ésta? No hay ninguna otra superior, naturalmente, al problema de la dinastía.

EL PROBLEMA NUMERO UNO: UN SULTAN EN EL EXILIO

El 20 de agosto de 1953, Mohammed V, el verdadero Sultán de Marruecos, era depuesto. El procedimiento legal, porque todo lo referente al Trono marroquí es de carácter religioso, se resolvió el 11 de agosto cuando el *cherif* Kitani y los jefes religiosos, el Glaui y los jefes de las tribus decidieron, en el santuario de Muey Idriss, padre del Islam marroquí, proclamar que el Sultán Sidi Mohamed Ben Yusef «no era digno de conducir a los creyentes».

La verdad, como todo el mundo sabe, fué que la medida fué tomada por el Gobierno francés, uno de cuyos hombres claves era Bidault. En varios Consejos de Ministros se discutió la suerte de Ben Yusef, y, aunque con opiniones divididas y encontradas, se favoreció la maniobra posterior de El Glaui, bajá de Marre-

kex, para terminar con el reinado de Mohammed V.

Independientemente de todo carácter político, sometiéndonos a un análisis frío, la forzada expulsión de Ben Yusef, que se hizo sin conocimiento de España y contra el opuesto y decidido criterio de ésta, no trajo a Francia ninguna de las venturas que imaginaron los políticos. Desde ese día, al revés, han ido creciendo los inconvenientes hasta que, llegadas las horas actuales, una de las misiones de información del actual residente general sea simplemente preparar, posiblemente una fórmula de transición que devuelva el Trono jerifiano a su verdadero poseedor.

Las razones que pueden darse los franceses y que mucha Prensa francesa esgrime para la partida de Ben Arafa, el actual Sultán, están en la mente de todos: *El funcionamiento del Protectorado—dice Diwo—exige que Francia tenga en la persona del Sultán un interlocutor reconocido por todos los grupos y no por una fracción o grupo, por importante que sea éste. Ben Arafa no es—dice el mismo escritor francés—, hablando propiamente, ni odiado ni detestado: se le ignora. Es la falta inimaginable de la Residencia, que no supo darle a conocer ni a venerar desde el día siguiente de la destitución de Ben Yusef...*

No se hizo así simplemente porque el residente general, como el Gobierno francés, consideraron desde ese momento acabados los conflictos y creyeron que no era necesario tener ante el nuevo Sultán, su hombre de paja, ninguna consideración.

El resultado inmediato y progresivo ha sido que el mismo Muley Ben Arafa haya sido desacreditado constantemente ante su pueblo y que se mostrara personalmente más y más reservado frente a Francia. Una de sus preguntas clásicas es la siguiente: *¿Por qué se me ha ido a buscar? Lo que se ha hecho es destruirme.*

Así ha resultado que ninguna de las conclusiones soñadas por Francia se han realizado. Contra la opinión de España, que al defender los derechos legítimos abarcaba mucha más distancia política, Francia se embarcó en una aventura de la que ahora está regresando con los bolsillos vacíos y la carga fría de cientos de muertos y de atentados.

EL 14 DE JULIO SE ROMPIÓ LA TREGUA

El 14 de julio, fiesta nacional francesa, las banderas jerifianas

se inclinaban, al lado de las banderas francesas, en los balcones de los edificios oficiales. Casablanca, vestida de fiesta, parecía no darse cuenta que ese 14 de julio de 1955 iba a ser sonado.

Eran las seis y media de la tarde, aproximadamente, y la plaza de Mers-el-Sultán tenía puestas hasta el límite, en las terrazas, las mesas y las sillas. Quizá en aquellos momentos no había un hueco vacío. Docenas de europeos ventilaban bajo la tarde de fiesta sus negocios o sus amores. Y a esa hora dos moalbetes de unos dieciséis años arrojaron una bomba.

El hecho cierto es que el 14 de julio se rompía la tregua. Después de la tremenda explosión quedaban en la plaza, en medio de un pavoroso alarido, seis cadáveres y 37 heridos. La mayor parte de ellos graves.

Desde ese momento, pasado el momento de terror, Casablanca se convirtió en una ciudad en guerra. Terrorismo y contraterrorismo se enfrentaban ardientemente.

Un grupo se dirige al domicilio de Jean Charles Legrand, abogado de los terroristas, e intenta agredirle. Ese se defiende a tiros y mata a un hombre.

Cuando al día siguiente se hace el cálculo de las vidas y los pasos atrás que se han dado el 14 de julio, ninguno puede precisar exactamente cuáles han sido las causas, los motivos. Desde la «Maison de France», en Casablanca, rodeada de soldados el residente general, monsieur Gilbert Grandval, puede oír los gritos de la multitud: *Queremos a nuestro muy amado Sidi Mohammed Ben Yusef.*

Un Sultán que está en el exilio.

Al otro día, 15 de julio, con Casablanca en estado de sitio, se reparten unas octavillas cuyo texto sobrecoge. En ellas se invita a los comerciantes a cerrar con motivo de los funerales de los muertos de la plaza de Mers-el-Sultán, pero terminaban: *Nosotros pedimos a las autoridades que no se presenten.*

Era, en cierto modo, la declaración de guerra entre los franceses y su Gobierno.

Por eso, a la hora de los funerales, la fiebre intensa de la multitud sobrecogía los ánimos. Unos 7.000 europeos estaban situados frente a la catedral. Fuerzas de la Policía y del Ejército protegían el paso de Grandval, quien a la salida se vió desbordado por la multitud, entre la que perdió su gorra. Los faros de coche fueron destrozados, y los momentos que pasó, en medio de los gritos de «¡Abajo Grandval!», fueron memorables. Luego, en los choques con la Policía, volvieron a surgir los muertos.

No se puede desconocer, sin embargo, que el Glaui fué aplaudido y casi llevado en triunfo hasta su coche negro. El Glaui tiene ochenta y cuatro años y una mirada viva bajo unos párpados pesados y duos que se sorprenden.

LOS DOS PARTIDOS MARROQUÍES

Dos partidos marroquíes juegan ahora, en estos momentos de ter-

rible dramatismo, sus cartas más importantes. De un lado, el movimiento nacionalista, el Istiqlal, ha visto aumentar constantemente el caudal de su representación popular ante el conflicto en que se encuentra Francia.

El Istiqlal tiene una fuerza profunda, ardiente, religiosa, cuyas características fundamentales son dos: haber conseguido convertir al Sultán legítimo, Sidi Ben Yusef, en la figura simbólica del mártir marroquí de la injusticia francesa, y segundo, haber derrotado en las ciudades al Sultán Ben Arafa y a el Glaui. Esta derrota se basa simplemente en el hecho de que las mezquitas están prácticamente vacías de fieles. ¿Por qué?

El Istiqlal ha cobrado una importancia decisiva en la vida interior marroquí. Ahora bien, ¿qué partido tiene enfrente?

Es indudable que el Glaui y los jefes de tribu forman la oposición. Las razones están al alcance de todos. Es el Glaui el que hizo destituir a Ben Yusef y quien más interés tiene en mantener todo lo que sea posible el «statu quo» actual. Es decir, Ben Arafa.



Gilbert Grandval ha batido un record al producir con su presencia en Marruecos el mayor número de disturbios que jamás conocieron sus antecesores en el cargo de residente

Los aplausos en torno a el Glaui, de parte de los franceses, responden a una indudable razón psicológica. A el Glaui, piensan los europeos, le interesa verdaderamente la unión con Francia y el mantenimiento de su poder personal. Por otra parte, piensan, situarse frente al bajá de Marrakex significaría también el riesgo de llevar la guerra a las montañas y a las tribus. Hasta ahora ha sido en las ciudades.

Por otra parte, «los pies negros, como se llama a los franceses nacidos en Africa, mantienen una total desconfianza hacia los proyectos franceses de reforma.

Todas estas cosas, múltiples y contradictorias, no sencillas ni claras, tienen sus cartas en la mesa. Y a cada una de ellas hay que juzgarla según sus posibilidades.

Dice—Diwo—que Grandval, que

es un hombre reflexivo, trabaja escribiendo en una cuartilla de papel los argumentos en pro y los argumentos en contra.

El sabe, sin embargo, que el Glaui ha esperado, como Ben Arafa, una declaración de que el *statu quo* del Trono sería mantenido. Hubo un momento en que tal declaración pudo ser hecha: el 7 de julio, cuando monsieur Gilbert Grandval tomaba posesión de su puesto. Pero en aquella ocasión el residente general no dijo una sola palabra que aclarara de forma solemne su legitimidad. Se contentó con decir: *Yo aseguro a Vuestra Majestad mi total devoción a los intereses comunes de nuestros dos pueblos, a la prosperidad del Imperio jerifiano y a la indefectible amistad franco-marroquí.* Nada más.

El Gobierno francés sabe, sin embargo, que tiene que salir de ese callejón sin salida. La figura de Ben Arafa no se puede «revalorizar» a estas alturas. ¿Qué cabe hacer?

Dos son los procedimientos que tantea, en los momentos actuales, Grandval. El primero es llegar a convencer a el Glaui, sólidamente atado a Francia, de que se preste al juego de presentar personalmente a Ben Arafa la difícil papeleta: la dimisión del Sultán.

No hay que perder de vista que el principal consejero y representante de Sidi Ben Yusef, el antiguo pachá de Seirou, Si Bakkaí, ha estado en el palacio de la Residencia en Marruecos, a pesar de las protestas de el Glaui.

Ahora bien, como término medio, el Gobierno francés habla ya de un «tercer hombre». Este tercer hombre, desconocido en estos momentos, no sería ni Sidi Ben Yusef ni Ben Arafa, pero podría ser un Consejo de Regencia hasta que las cosas se calmaran.

Todas parecen, evidentemente, y teniendo en cuenta el panorama interno e inquieto de Marruecos, soluciones poco satisfactorias. Se está pagando ahora, con mucha sangre y quizá con pérdidas más irreparables todavía, el error del 20 de agosto de 1953, cuando tranquilamente se destituyó a un Monarca porque era incómodo para caer en una situación mucho peor que incómoda: insostenible.

Cualquier medida que se tome tiene que ser en la conciencia de que hay que resolver de verdad los problemas. España, lógicamente, no puede estar ausente de cualquier coyuntura que signifique un cambio en el mundo marroquí. Por otra parte hace mal, para mi gusto, la Prensa francesa en buscar a los acontecimientos marroquíes otro significado que el que se desprenda de sus propios errores. Sería tanto como confesarse paladinamente que no quería resolverlos. Los «extranjeros» que, dice un período, existían en ciertas manifestaciones, no cambian nada la naturaleza de unos hechos que fueron anunciados en España, sin ningún ánimo de ofensa para Francia, pero si defendiendo los derechos legítimos del Sultán con una mala anticipación.

Enrique RUIZ GARCIA

212 107
101 103
101 103
101 103
101 103



TROFEO DE ORO de GONZALEZ BYASS

LOS BUENOS TIRADORES...



Toman siempre
SOBERANO
hielo y sellz. el perfecto
high-ball (jaibol)
Calma la sed plenamente,
refresca y entona


GONZALEZ BYASS

RETALLOS DEL VIEJO TRONCO

Por **Baldomero ARGENTE**

De la Real Academia de Ciencias
Morales y Políticas

ENTRE las realizaciones del nuevo Estado me parece una de las más certeras, felices y bien logradas la creación de nuevos poblados, hoy aldeas, mañana acaso ciudades si las circunstancias históricas y las regulaciones sociales favorecen su crecimiento. La fundación de nuevos pueblos es el más fehaciente signo de vitalidad que una comunidad humana puede dar, así como la desaparición de sus agrupaciones de habitantes con el siglo inequívoco de su debilidad y decadencia.

Declaro que, en mi ya larga vida, no he tenido antes noticia de la aparición de ningún nuevo municipio o anexo sobre la ancha superficie de nuestro territorio; sí, en cambio, de la desaparición real de alguno, aunque persista su presencia nominal. En los primeros años del siglo emigraron a América vecindarios enteros, huyendo con dolor de una patria que amaban, pero les negaba el pan. Sus lamentos cristalizaron en estrofas imperecederas de Curros Enríquez.

La densidad y esparcimiento de la población española en tiempos antiguos es revelada, no sólo por los escritores coetáneos, sino más verídicamente por las excavaciones arqueológicas habituales. Apenas hay trozo de la piel de España donde el excavador no tropiece con restos demostrativos de que allí habitaron antecesores nuestros y tuvieron asiento numerosos hogares, «fuegos», como eran llamados en la nomenclatura de otro tiempo. No ahonda la piqueta unos metros sin remover vestigios e indubitables señales de que existieron allí aldeas y poblados de que ni siquiera guardamos recuerdo. Aunque, a veces, se les atribuye más remoto origen, y quizá lo tengan, para formar idea de lo que España fué en este orden, hay que trasladarse imaginativamente a la época romana.

En los primeros tiempos del Imperio llegó a su apogeo la población ibérica. Poco antes había escrito Cicerón: «No aventajamos a los hispanos en número, ni a los galos en fuerza, ni a los griegos en artes.» Exagerados parecen los cómputos de población de algunos de los escritores de la época. Paulo Orosio calcula en setenta millones los habitantes de España en la mañana imperial de Roma. Otros hacen descender esa cifra a cuarenta millones. La diseminación de la población en pequeñas agrupaciones de casas y la agricultura practicada en régimen de pequeña propiedad permitían, no sólo sustentar una población superior en número a la de tiempos muy posteriores, sino enviar naves cargadas de trigo y vino, de aceite, lana, miel y otros productos ibéricos, a la insaciable voracidad del gargantúa romano.

Aventajaba al resto de la Península, naturalmente, la Bética, nuestra Andalucía. Naturalmente, por ser la parte más civilizada, mejor cultivada y más feraz. Los griegos, no sabiendo cómo ponderar su exuberancia, situaron en ella los Campos Elíseos. En uno solo de sus términos municipales, el más extenso de España, Jerez de la Frontera, ciento cuarenta mil hectáreas hallábanse sitas ciudades de importancia como Colobona Asta Regia, Ceret, Seguntia y numerosas aldeas de que apenas quedan rastros, perdidos hasta sus nombres; acaso también Tarteso, capital de la Turdetania, se-

gún la sitúan Pausanias, Estrabón y Sexto Rufo Abieno, entre los dos brazos en que el Guadalquivir se bifurcaba para formar su abra.

Los romanos atendieron con solicitud a la intensificación de la agricultura en nuestro país. Sólo en los últimos siglos de su dominación comenzó a sentirse en los campos españoles, aunque con menos intensidad que en otros dominios del Imperio, el nefasto influjo que la propiedad quirritaria de la tierra había de ejercer necesariamente hasta arruinar la cancerada mole imperial, sólo sostenida por la recluta de los mismos bárbaros que habían de derrumbarla. Esta relativa prosperidad subsistió, a pesar de los calamitosos tiempos de las sucesivas invasiones y dominaciones visigótica y africana. Gallardo Lobato, en su documentado libro «El problema agrario en Andalucía», nos suministra copiosos datos. De ciudades importantes, como Cardela, Garciago, Tempul, que la guerra entre moros y cristianos borró del mapa español, hasta su memoria se ha disipado. Y como ésas, otras ciento. Sería interesante trazar el mapa de las poblaciones españolas desaparecidas; de algunas sólo queda para testimonio un castillejo ruinoso; de otras, el nombre se ha incorporado a extensas dehesas o cortijos.

No achaquemos indiferencia o desidia a nuestros antepasados. En estas imputaciones suele pecarse de injustos. Seguramente hería sus fibras con el mismo dolor que sentimos nosotros ese progresivo desmoronamiento de la Patria. Es cierto que el sentimiento patriótico se ha depurado con el andar de los siglos; pero carecemos de motivos para afirmar que en tiempos pasados fuera menos intenso. Aunque asociado a otras ideas, ya religiosas, ya dinásticas, lo que sabemos de las figuras mayores de las viejas andanzas no nos permite recusar la plenitud de su amor patrio. No fueron los hombres, sino las circunstancias históricas, singularmente la secular guerra de Reconquista, con sus alternativas razias de moros y cristianos, las que talaron bosques y derruyeron aldeas y poblados de uno y otro bandos. Cuando se repasan las páginas de aquella interminable contienda maravilla lo mucho que se ha salvado de tan continuada e implacable destrucción. Nada sorprende que al final del siglo XV la población hispánica no pasara de unos siete millones, que ascendieron a nueve en el siglo XVI y bajaron a seis a lo largo del XVII. Este nuevo declinar no fué debido a las guerras, sino a la mala política económica y financiera, destructoras y enervantes, que agotaron las energías de aquella titánica raza de los exploradores y conquistadores de América. El ya clásico estudio del alemán Konrad Haebler sobre «Prosperidad y decadencia de España durante el siglo XVI» nos instruye sobradamente.

En el accidentado tiempo transcurrido desde entonces surgieron algunas poblaciones. En el siglo XV fué fundado Puerto Real; en el XVI Villamarin y Algodonares; en el XVII, Puerto Serrano; en el XVIII, San Roque, Los Barros, El Bosque, Prado del Rey y Algar; en el XIX, La Línea de la Concepción, sólo en la provincia gaditana. De la colonización de Carlos III en Sierra Morena, obra de Olavide, la mejor planeada y regulada de las hechas en España en tiempos pasados quedan sólo restos en poblaciones como La Carolina. De ésta y de las colonizaciones precedentes nos da suficiente noticia el precioso libro «Los Reyes y la colonización interior de España desde el siglo XVI al XIX», que publicó el Ministerio de Trabajo en 1929.

Las Villanuevas y Villafrancas esparcidas sobre el territorio de la Península nos hablan del esporádico surgir de algunas nuevas villas en el curso de esos siglos de aislamiento y extinción. Pero sólo ahora se realiza, reflexiva y científicamente, la fundación de nuevos pueblos, planeados conforme a cánones, no sólo urbanísticos, sino sociales; porque las exigencias económicas especialmente las relativas a la distribución de la tierra y las condiciones sociales, sobre todo las que atañen al régimen fiscal y a los patrimonios familiares han de tenerse en cuenta si se quiere conseguir que tales poblados perduren y tomen el vuelo que ambicionamos para ellos. En esa siembra de futuras ciudades debemos poner toda nuestra ilusión porque son ellas como mensajes que lanzamos al futuro, con milenar destino, anunciando a remotas generaciones nuestro optimismo de hoy y nuestra fe en el mañana de la España inmortal.

Declaraciones del arzobispo Monseñor Mokarios, jefe del ENOSIS, y de S. E. el Mufti, jefe de la minoría turca, Mesemet Dana

La isla de **CHIPRE**

entre Gran Bretaña y Grecia

"EL COLONIALISMO BRITANICO ES UN CONCEPTO DESHUMANIZADO"

Crónica desde Nicosia, por nuestro enviado especial Fernando P. de Cambra

HE llegado a Chipre durante este atardecer de verano, cuando el sol declina en su marcha cotidiana hacia Occidente y se dispone a ocultarse tras el macizo montañoso de Troodos. Un «Dakota» me ha transportado en tres horas escasas de vuelo, desde el milenar Egipto faraónico, a esta isla del Mediterráneo oriental, que, según la leyenda, fué cuna de Venus Afroditá. Desde las alturas, todo el panorama isleño se ofrece a nuestros ojos. Ahí, bajo nuestros pies, están las bahías de Limasol, Larnaka y Salamis. Algo más lejos, la península de Karpasia simula la hoja mellada de una espada que hubiese cortado de un tajo el mar. La playa de Kirenia, reverbera en tonalidades anarillentas. E incluso, con nuestro poquito de imaginación, podemos vislumbrar en lontananza el oscuro litoral de Asia Menor y las costas de Turquía.

Vamos perdiendo altura, en esa maniobra suave a que nos tienen acostumbrados las modernas aeronaves de hogaño. No quiere esto significar que el vetusto «Dakota», fiel servidor de las rutas aéreas en Oriente Medio, posea ninguna juventud reciente. Pero a veces, las cosas no son como realmente son, sino como nosotros deseáramos que fueren. Y el rugir de sus motores se me antoja una especie de contrapunto, o música de fondo, que viene rimando la corta etapa de ésta no menos breve singladura.

El aeródromo de Nicosia. Seriedad y eficiencia. Pocas palabras y menos triquiñuelas. Con frialdad anglosajona, aduaneros y policías comprueban pasaportes, visados y equipajes. Después, el consabido autocar y la inevitable



Socratis Loizides, ex secretario del partido de la Unión de Chipriotas, y Evangelos Koutalianos, capitán griego del buque «San Georgios», acusados de conspirar contra la Administración británica en Chipre. Arriba: Manifestación de mujeres griegas en Londres, a favor de la Enosis

habilitación de hotel, tan anónima e inexpresiva como todas sus hermanas de los múltiples albergues diseminados por el ancho mundo.

MEDIO SIGLO DESPUES

«Creo natural que el pueblo chipriota, de indiscutible origen griego, considere su incorporación al seno de lo que puede denominar madre patria como un ideal digno del amor sincero, fiel y ferviente que profesa. Este sentimiento constituye un ejemplo

de unidad patriótica que caracteriza la nobleza de la nación griega...»

El párrafo que acabo de transcribir, sin quitar ni añadir punto o coma, no pertenece a ningún discurso de cualquier dirigente del «Enosis». En verdad, lo pronunció sir Winston Churchill ante el Consejo Legislativo de Nicosia hace la friolera de casi medio siglo, es decir, en 1907, cuando visitó la isla de Chipre y el ex «premier» inglés era subsecretario de Estado en el mi-

nisterio de Colonias. De entonces acá van transcurridos cuarenta y ocho años. Muchos eventos se han producido en esta parte del planeta. Desaparecieron todos los mandatos y protectorados. Archipiélagos enteros cambiaron de bandera. Otros países recobraron su plenz soberanía. Y únicamente Chipre continúa siendo tan colonia como lo era entonces. Obsérvese que ni enjuicio ni comentario; sólo consigno la realidad presente.

HISTORIA ANTIGUA Y MODERNA

La gente aficionada a mitologías hace remontar el helenismo de Chipre a 3400 años antes de Jesucristo, cuando Venus Afroditá surgió entre las aguas de Paphos. Más prácticos o menos soñadores, mencionaremos nosotros el 1400 de la misma Era. Entonces, afirma la Historia, se instalaron en Chipre los primeros griegos, organizando el sistema de ciudades. Chipriota era el filósofo Zenón, uno de los precursores de la escuela helénica. Después vino el Imperio de Alejandro el Grande y sus macedónicos. Más tarde, Bizancio englobó la isla en su Imperio griegobizantino. Hasta que los turcos ocuparon Constantinopla.

Sabido es que, en 1821, Grecia se rebeló contra el Imperio otomano hasta conseguir su libertad. Chipre secundó a la madre patria, aun cuando con escasa fortuna, puesto que si aquella obtuvo categoría de nación soberana, la isla continuó bajo el yugo de los sultanes. Y cincuenta años más tarde la obtenía Gran Bretaña por un acuerdo bilateral entre las dos potencias.

—Observe—me dicen—el cambalache más absurdo que recuerdan los tiempos modernos. Londres y Constantinopla trataron sin consultar la voluntad de los naturales. Y, sin embargo, cuando las tropas inglesas desembarcaron en la isla, fueron acogidas con vítores y aclamaciones, como si se tratara de libertadores. En realidad, escapábamos del yugo turco para caer bajo la dominación británica. Más civilizada, más liberal, pero dominación a fin de cuentas. Fué algo irónico y trágico a la vez. Mientras todo el mundo griego sin excepción recobraba su libertad, nosotros descendíamos al estado de colonia. Ni más ni menos que los negros hotentotes o los nativos de Kenia y Uganda. Hoy día, al cabo de tres cuartos de siglo, continuamos siendo eso y nada más que eso: «colonia». Y, además, colonia británica.

Un poco intrigado me preguntó qué significa esa coletilla «británica» impuesta al apelativo «colonia», sobre la que mi interlocutor apoya con tanta fuerza. Y como mi experiencia personal, adquirida a fuerza de rodar por esos mundos de Dios, no quiere analizarla, expongo la pregunta con el aspecto más inocente que puedo dar a mi expresión. La respuesta es dura y tajante.

—El colonialismo británico—afirma sin vacilar—es un concepto deshumanizado. En su forma y fondo no ejerce opresiones, atropellos ni otra suerte de tiránica imposición. Es algo peor: rebaja al colonizado, le ignora o le tolera. En el mejor de los ca-



Monseñor Makarios, arzobispo ortodoxo de Chipre y jefe del movimiento Enosis



Mehemet Dana, Mufti de Chipre y jefe de la minoría turca

sos demostrará una despreciativa condescendencia hacia el protegido. Una diferencia racial y social más ofensiva que todos los atropellos brutales cometidos antaño por los turcos. Y ese sistema, que tal vez soporten las razas inferiores, resulta intolerable para nosotros griegos, que nos preciamos de poseer y conservar la civilización más antigua de la Historia.

LOS CHIPRIOTAS PIDEN UN PLEBISCITO

La última frase nos devuelve a las realidades presentes. O mejor dicho, el teorema planteado por las aspiraciones del «Enosis». ¿Chipre es griega? Si hemos de escuchar los antecedentes históricos no cabe la menor duda. Pero todo problema tiene su incógnita. Y hay que resolverla mediante cifras. Echemos mano, pues, a la estadística.

Un organismo tan poco sospechoso de favorecer a los chipriotas como la Administración colonial realizó trabajos para recensar la población de la isla. E to sucedía en 1953, bajo el Go-

bierno conservador de sir Winston Churchill. Allá van los resultados:

Griegos, 409.222, es decir, el 80.2 por 100.

Turcos, 91.469, es decir, el 17.9 por 100.

Varios, 9.709, es decir, el 1.9 por 100.

La suma de estos factores nos proporciona un total de 511.000 habitantes, con una mayoría de originarios griegos arrolladora. Ahora bien, cabe preguntarse: ¿Ese 80 por 100 es partidario de la anexión o retorno a Grecia? Otra incógnita que mi interlocutor se apresura a resolver, en parte.

—La única manera de averiguarlo reside en un plebiscito leal, verdadero y vigilado por cualquier organismo internacional. Sabemos de antemano cuál será el resultado: Grecia. Incluso si pretendieran falsearlo...

Me pareció tan rotunda la contestación, que no quise llevar mi interrogatorio más lejos. A fin de cuentas, el hombre confiesa pertenecer al «Enosis», y es lógico que respire por la herida. Y como me precio de imparcial, prefiero llevar adelante las averiguaciones por mi cuenta y riesgo.

EL PARAISO PERDIDO

Por regla general, los griegos sienten decidida afición de recrearse en las maravillas de la mitología. Toda la isla de Chipre confirma esta regla invariable; a cada paso podremos comprobarlo. Cuna de Venus Afroditá, la estatua de la diosa esculpida por el cincel de Praxiteles, constituye el símbolo del país. A fuerza de oirla y repetirla, la leyenda milenaria se convierte en realidad. Y cuando avistamos el litoral de Paphos, por un instante nos parece que Venus surge entre las aguas para dar la bienvenida...

Pero dejemos estas ilusiones para atenernos a la realidad presente. Aun cuando en Chipre se confunda a cada paso con el pretérito lejano.

Chipre es un verdadero paraíso para el turista. Desde el macizo de Troodos, con su monte Apolo, que se eleva a dos mil y pico metros sobre el nivel del mar, contemplamos un paisaje maravilloso en su agreste belleza de tonalidades bucólicas, que los modernos hoteles arenas logran desvirtuar. Veremos los pinares de Pedhoulas, Kalopanayiotis, Prodomos y Agros extendiéndose por valles umbríos y laderas vertiginosas que durante la estación invernal se cubren de nieve. Junto al litoral, las playas de Xenios, Kapitos o Kyrenia nos esperan con el muelle resplandor de sus arenas blancas. A lo largo del camino, por carreteras asfaltadas e impecables, toparemos con vestigios del pasado. Un pasado remoto a evocar entre las ruinas de los templos de Cnosos, Phaitos, Juno, Olimpia y Apolo. O más reciente, a la vera de los templos bizantinos y los castillos de Klossi y Kantara.

Salamis y Famagusta constituyen dos perlas raras en la diadema chipriota. La primera se remonta al ciclo homérico, cuando Teucros, hijo de Telamón y hermano de Ajax, la fundó a su regreso de Troya. Emporio del Me-

diteráneo oriental, siguió la curva natural de sus compañeros. Y al morir, mientras el peso de los siglos la hacían desaparecer entre las arenas, dió vida a otra ciudad no menos importante, que también habría de seguir su curva descendente: Famagusta, es decir, del griego «Ammochostos», que significa «pueblo hundido en la arena». El viajero a quien la suerte conduzca a estos parajes podrá admirar, de un lado, las ruinas de Salamis, y de otro, Famagusta con sus fortificaciones medievales y la torre de Othelo, que inspiró la tragedia shakespeariana.

Repito que Chipre es un paraíso para el turista desocupado: buen clima, bellos paisajes, cómodos hoteles y precios económicos sin competencia, si tenemos en cuenta los que rigen en la vieja Europa. Pero es un paraíso perdido, que la política convertirá en un infierno. O por lo menos purgatorio.

VERANO EN NICOSIA

Pero tornemos a Nicosia, capital de la isla de Chipre y centro neurálgico donde se puede sondear, con más o menos probabilidades de acierto, el presente y futuro de este lugar que debiera ser paradisiaco.

Tan pronto como cruzamos el recinto del campo de aviación, el sistema métrico decimal nos abandona y topamos con la circulación a la izquierda. Parecerá nimio el detalle, pero constituye un símbolo. Y, además, un símbolo molesto. Todavía el primero no causa mayor extorsión, pues desde los años mozos el arte de navegar nos tiene familiarizados con millas, yardas, pies y pulgadas. La segunda ya será otro cantar y mi pesadilla mientras circule por estas carreteras y vías urbanas en el auto de alquiler, «self-drive», que cualquier recién llegado puede conseguir sin más formalidad que mostrar su permiso de conducir. Y contra pago de buenas libras esterlinas, pues todo hay que decirlo.

Nicosia se cuece en su propia salsa bajo este sol canicular, entre el canto de sus múltiples cigarras y los nubarrones que envía el monte Olimpo para aumentar la reverberación. Pequeña capital de 100.000 habitantes escasos, su perímetro urbano se extiende por la llanura entre olivos y palmeras. El panorama de casitas y chalets es encantador, pero resulta poco práctico para el recién llegado. Cualquier desplazamiento obliga al «taxi sin taxímetro». Y los chóferes me parecen tan ignorantes de la toponimia como sus hermanos de la otra orilla mediterránea. En cambio, respetan los reglamentos de circulación dictados por la eficiencia británica.

AUTONOMIA O UNION A GRECIA

He topado con la política en el propio «hall» del hotel en que me hospedo. El Ledra Palace constituye una muestra palpable de la tan repetida eficiencia anglosajona. Pistas de tenis, piscina, campo de golf y jardines al aire libre donde podremos cenar y tomar el té, mientras la orquestina y su inevitable vocalista griego entonan las mismas canciones que en este mismo instan-



Moutoulas, un pueblecito típico chipriota

te sonarán en los cinco continentes. El inglés gusta hacer vida aparte; no mezclarse con los «natives». Y en estos «palaces» puede conseguirlo.

Por afición y costumbre, gusto conversar y pedir la opinión de cada quisque. No sólo las versiones oficiales cuentan; también hay que escuchar al hombre de la calle. Y en este caso será el propio conserje del hotel. Un conserje entrado en años, distinto, ceremonioso y servicial a un tiempo, semejante a todos sus homónimos del planeta. Ha esperado el final de su trabajo, es decir, despojarse del uniforme, para expresar su opinión, que expone sin ambages.

—Nadie puede dudar de mi amor a Grecia—declara—. Hice tres guerras para defenderla, y a pesar de mis años estoy dispuesto a combatir en otra si hace falta. Aparte esto, siempre he vivido en Chipre. Conozco sus problemas, y por eso mismo soy autonomista. Desde hace muchos años se está produciendo un continuo éxodo de los isleños hacia el Continente. El país es pobre; no puede alimentarnos ni proporcionar ocupación medianamente retribuida. La unión con Grecia, que produce lo mismo que nosotros, significaría agudizar esta crisis. Se habla del turismo como fuente de ingresos, pero no soluciona nada. Chipre no es un lugar de tránsito como la Costa Azul. Está en un rincón del Mediterráneo; hay que venir de intento. En consecuencia, desde un punto de vista práctico, nos conviene mantener las bases inglesas, sus guarniciones y, sobre todo, las familias, que al propio tiempo hacen venir amigos y co-

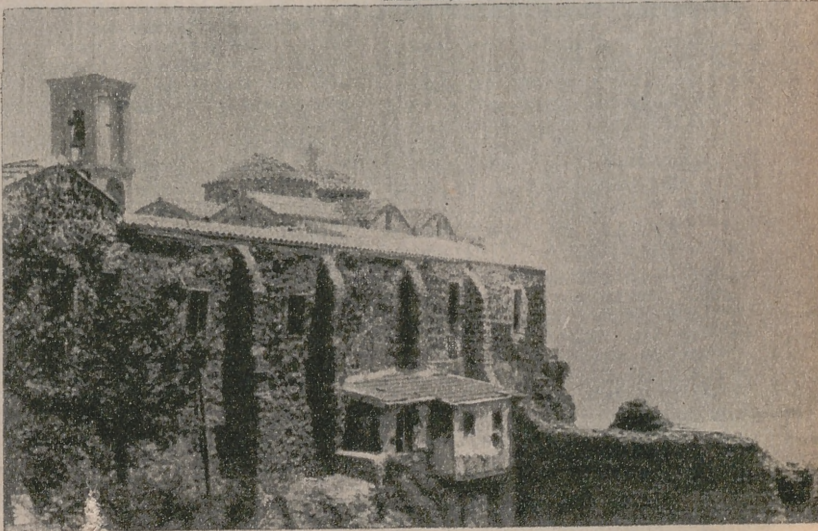
nocidos. Estoy seguro—afirma para terminar—que si celebramos el plebiscito, la mayoría de los chipriotas votarán por la autonomía...

He repetido el cuestionario a no sé cuántos chóferes de otros tantos taxis, al hombre que me vende los diarios, a los dueños de varios cafés y sirvientes de cierto cabaret que se llama Cantaclaro... Todos, sin excepción, piensan lo mismo. Y ello demuestra que el comercio, es decir, lo que hemos dado en llamar «fuerzas vivas», son positivistas y amigos de las realidades.

Para tropezar con los partidarios de la unión a Grecia hay que descender un poquito en las capas sociales. Obreros, empleados y gentes sin ocupación viable, opinan por la unión a Grecia. Sin razonar los motivos: «porque sí». O mejor dicho, porque son griegos de ascendencia e idioma. Porque sienten la nostalgia de una nacionalidad bien definida y no aceptan ser «colonia». Y también por razones confesionales. Aquí la Iglesia ortodoxa y su arzobispo, monseñor Makarios, ejercen una influencia decisiva.

Observemos que nadie siente odio contra el inglés. Todos dicen que los británicos se muestran correctos, tolerantes, sin ejercer tiranías ni represiones draconianas, pese a los últimos atentados. Que, por cierto, la «vox populi» zchaca a los comunistas.

El monasterio Stakrokus, de Chipre





Muchacha, con el traje típico



Jóvenes campesinas de Chipre



Las ruinas de Salamis

también partidarios ocasionales del «Enosis». Algo que uno no acaba de comprender, puesto que si triunfara la unión con Grecia, el partido marxista sería puesto automáticamente fuera de la Ley y confinados sus dirigentes, mientras que, hoy por hoy, la democracia inglesa los tolera.

**HABLA EL ARZOBISPO
MONSEÑOR MAKARIOS**

En su palacio arzobispal de Nicosia, un amplio caserón sencillo que respira tradiciones milenarias por todos sus rincones, monseñor Makarios, jefe supremo del movimiento «Enosis», me hace el efecto del capitán de cualquier nave que navegue sor-

teando algún temporal. Desde luego, es un hombre de talla para empuñar el timón e incluso llevarla a feliz puerto. Joven, supongo que apenas habrá rebasado la cuarentena, fuerte, enérgico, de corpachón robusto y mirada penetrante, sabe lo que quiere, y, además, conoce la manera tajante de expresarlo. Con suave cortesía (más bien debiera escribir amistad y afecto para este español que firma el presente reportaje), todos sin excepción se desvivieron para atenderme. Lo cual no fué óbice para que dijeran lo que en verdad querían manifestar.

—Los ingleses rehusan el plebiscito—afirma monseñor Makarios—porque saben de antemano que el 96 por 100 de la población votaría a favor del «Enosis». En 1954 Grecia llevó su protesta a las Naciones Unidas, pero éstas no examinaron el asunto. O, mejor dicho, no le tomaron en consideración. Ahora ha vuelto a hacerlo; esperemos el resultado. Conviene recalcar que la petición del Gobierno de Atenas es sencillamente la de «self determination».

—Ustedes parecen estar seguros de que el resultado sería favorable al «Enosis»—pregunto—. ¿Pero si fuese contrario le respetarían?

—Sí—contesta tajante—. Sea cual fuere lo respetaremos. Únicamente queremos que se cumpla la voluntad del pueblo.

—Ultimamente se han producido atentados—vuelvo a preguntar—. ¿Significa esto que monseñor Makarios aprueba la violencia?

—Como hombre de religión

—responde—no admito que mi pueblo emplee nunca la violencia. Pero cuando se trata de oponerse a las violencias policíacas—en este caso las británicas—, admito que mi pueblo conteste también a la violencia con la violencia.

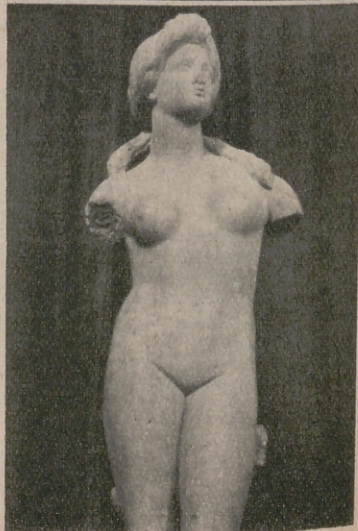
—¿Supone que los ingleses autorizarán el plebiscito?

—Creo que no.

**MR. PASCALIDES, SE-
CRETARIO DEL «ENO-
SIS»**

He preguntado al señor Pascalides, secretario general del movimiento «Enosis», cuál era la actitud británica hacia el arzobispo. De paso consignaré que el señor Pascalides, que ha visitado España, cuenta y no acaba de las bellezas de nuestra Patria.

La Venus de Praxiteles



—Monseñor Makarios no mantiene ninguna clase de relaciones con los ingleses, excepto para asuntos de culto.

—¿Podrían expulsarlo de la isla?

—Monseñor Makarios es chipriota y, por tanto, posee la nacionalidad inglesa. No cabe la expulsión. Queda siempre la posibilidad de un destierro o residencia forzosa. Que también me parecen incompatibles con la dignidad y jerarquía eclesiástica del arzobispo.

—¿Y la minoría turca?

—Nuestras relaciones con esa minoría son excelentes, y caso de unión a Grecia, antes de firmarla, garantizaríamos mediante un convenio los derechos de la minoría turca. También conviene afirmar que la incorporación de Chipre a Grecia, lejos de afectar al pacto balcánico lo reforzaría, al eliminar un motivo de discordia.

S. E. EL GRAN MUFTI DE CHIPRE

Como el lema peridístico es y debe ser objetiva imparcialidad, acabo de entrevistar a S. E. Mehemed Dana, Mufti de Chipre y jefe de la minoría turca en la isla. La conversación ha sido larga y tendida. Para entrar en materia, S. E. el Mufti me expresó sus sentimientos de hermandad hacia España, al propio tiempo que su admiración para nuestro Jefe de Estado, el Generalísimo Franco, «el primero que supo dar y ganar la batalla» al comunismo» (textual). Después entramos en materia chipriota.

—Estimo que la unión de Chipre a Grecia—declara el Mufti—constituiría un gran peligro para la minoría turca. El pueblo griego ha demostrado no ser tolerante; lo sabemos por experiencia. Actualmente molestan a los muezines cuando suben al minarete para la plegaria. Sin embargo, con el sistema actual, los griegos gozan de toda clase de libertades. Por tanto, preconizo la continuación del régimen actual de administración británica, bajo una nueva organización que comporte dos Cámaras legislativas, que permitan una coparticipación de mayoría y minoría en la administración de la isla. En otro caso, preferimos la presencia inglesa a la griega. Y si por cualquier causa la primera debiera terminar, deseamos que Chipre vuelva a formar parte de Turquía...

He abandonado la isla de Chipre con esa sensación de pequeño desgarrar que nos produce la nostalgia de tierras hermosas. Otro «Dakota», tan prehistórico como su hermano de ida, me conduce hacia la antigua Hélade. Rugen los motores, trepida el artefacto, y cuando miro por el ventanillo tengo la desagradable sensación de que algún remache de las alas temblequea más de lo debido. Pero esto pronto se olvida. Vista desde lo alto, la península de Akrotiri me hace el efecto del pico de cualquier ave de presa, mientras la isla semeja un condor con las alas extendidas. Tal vez la silueta proyectada sobre el mar constituya un símbolo: el de Chipre, que a la vuelta de muchas centurias remonta el vuelo hacia sus libertades.

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA ACADEMIA

CCC

APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

1

IDIOMAS

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN

INGLES - FRANCES - ALEMAN
LITERATURA INGLESA - LITERATURA FRANCESA

Polyglophone
CON DISCOS O SIN DISCOS

Obsequiamos con un local de discos miniatura.

2

COMERCIO

MODERNISIMOS CURSOS

CONTABILIDAD - TRIBUTACION

CALCULO - MECANOGRAFIA

TAQUIGRAFIA - REDACCION

Facilitamos máquinas de escribir.

3

RADIO

MARAVILLAS ELECTRONICAS
RADIO TELEVISION
Y CINE SONORO

La técnica más actual y la del más inmediato porvenir

Proporcionamos abundante material a los alumnos.

4

CULTURA

IMPRESINDIBLE PARA TODOS

CULTURA GENERAL

ORTOGRAFIA - LINGÜISTICA

Para aspirar a cualquier empleo y brillar en sociedad.

Cursos completísimos de perfeccionamiento

5

CORTE

CURSO PARA LA MUJER

CORTE Y CONFECCION

El original curso *Femina* tantas veces limitado y nunca igualado.

Regalamos a nuestros alumnos un redondeador de faldas.

6

MUSICA

CON DISCOS O SIN DISCOS

SOLFEO ACORDEON

En preparación. Próximamente se pondrán a disposición del público.

Regalaremos un diapasón y proporcionaremos acordeones

7

DEPORTE

INDICE DE UNA CULTURA

FUTBOL

Para aficionados y profesionales: clubs, colegios, etc. Por RICARDO ZAHORA

JUDO Y JIU - JITSU

Respaldo por la Federación Española.

Cursos teórico-prácticos.

8

CLUB CCC

SORPRENDENTE ORGANIZACION POR CORREO

El CLUB CCC le proporcionará grandes beneficios culturales y comerciales, aportándole miles de amigos.

Servicios principales: Revista mensual, Biblioteca Circulante, Intercambios, viajes, carnet, insignias, etc.

CORTE O COPIE ESTE CUPON

D.
señas
solicita información GRATIS sobre las materias
n.ºs

REMITASE A: CCC APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

EL HECHO DE LA DIVERSIDAD LEGISLATIVA EN ESPAÑA

Por Luis MARTIN BALLESTERO

Gobernador Civil de Alava

EN España existen diferentes legislaciones civiles. El régimen económico matrimonial es distinto en unas regiones de otras, y por ello la capacidad de las personas y la propia organización familiar sufren modificaciones según el territorio español en donde se nació o en donde se contrajo matrimonio. Y esto, con ser muy importante, no es del común de las gentes.

Poco adivina la muchacha del Sur que al casarse con un catalán, o aragonés, o navarro, que va a constituir una familia sobre base económica distinta a la de la casa de sus padres; o, a la inversa, la aragonesa que se casa con un andaluz y va a asombrarse luego de no poder hacer en su hogar cuanto viera que podía hacer su madre en el suyo. Tras esta expresión y ejemplo, un tanto vulgar, más diría acerca de la capacidad y de la libertad para testar o de algunas otras normas menos comunicables y trascendentes referentes a la organización de la propiedad o a los contratos.

Esta España nuestra, tan varia en clima, en gentes, en trajes y costumbres, nos ofrece esotra variedad de sus leyes, y ya no es tipismo, como aquellas manifestaciones exteriores de nuestra rica variedad regional, sino nervio y entraña de una vida que viene sucediéndose de padres a hijos a través de los siglos.

No se pregunte en tono de censura o de displicencia un porqué de esta situación. Este porqué desde luego existe y merece y necesita ser divulgado. Pero sólo tras su conocimiento podemos aventurar un juicio sereno sobre el mantenimiento o la reforma de este estado de cosas, que, querámoslo o no, existe hoy en España, incluso al margen y a espaldas de los propios interesados a quienes puede afectar el vivir de estas normas jurídicas, obedientes a leyes muy antiguas sobre la organización de la familia y veneradas y observadas por los naturales del territorio con la fuerza de un rito.

Cuando los españoles, en tiempos lejanos, luchaban por echar al moro invasor, apenas el sentimiento común de religión les unía. Dificultades de comunicación, creación de reinos independientes y hasta la debilitación del poder real obligaba a afirmarse cada comarca a unas realidades concretas de suelo y ambiente. La familia «reinaba» en ausencia o lejanía del Poder y se daba sus propias normas de vida allí donde podía. Cuando la autoridad de los Reyes fué unificando territorios y dictando normas generales, sólo en parte sus leyes berraron las manifestaciones espontáneas del pueblo español e hicieron desaparecer sus más o menos arraigadas costumbres jurídicas.

Hubo dos portillos de la ciencia del Derecho por donde escaparon de la desaparición y de la muerte estas viejas organizaciones familiares en tiempos de uniformismo y pereza: el principio de la autonomía de la voluntad y el respeto a la fuerza de la costumbre. Además hubo, como circunstancia histórica, el hecho del mantenimiento íntegro de sistemas o leyes, completas, que en la unión de España bajo los Reyes Católicos y durante la Casa de Austria pervivieron como consecuencia de una unión más personal que real; aunque luego se debilitara y hasta se extinguiera en gran parte aquel mantenimiento de diferentes sistemas jurídicos de los antiguos reinos españoles de la Reconquista, cuando,

a partir del primer Borbón, se limitó a la legislación civil la coexistencia y el vigor de los cuerpos de leyes regionales, cegándose sus fuentes de renovación.

Y desde entonces así está la cuestión. Nada menos que en leyes del siglo XII al XVIII, principalmente, Aragón, Cataluña, Baleares y Navarra, amén de algunos otros pequeños territorios, tienen una legislación civil peculiar, que conservan vigente al margen de las leyes de Castilla, del ordenamiento jurídico de España, del Código Civil. Legislaciones forales, como se ha dado en llamarlas, que si necesarias para la vida de una región y queridas por sus naturales, son olvidadas por los propios técnicos y letrados de España, que en cualquiera de sus preparaciones jurídicas tratan de soslayar como un pesado lastre las dos o tres lecciones que se les exige de Derecho Foral.

Y eso que hay que destacar que estamos en trance de un espléndido renacer de España y estamos viviendo una época en que se busca con afán el estudio de tantas piedras y venerados recuerdos donde cimentar las bases de nuestra tradición histórica para descubrir y hacer imperar el espíritu de los años de nuestra grandeza, y en esta gran ocasión de nuestra Patria redimida nos será fácil ver cómo aquellas organizaciones familiares, que bien podemos contemplar hoy en las montañas del Pirineo, son o tienen que ser como el rescoldo donde poder soplar con mimo hasta hacer alumbrar la llama espléndida que sea a la vez luz y calor de nuestra vieja y olvidada escuela jurídica española, hoy a remolque de ideas venidas o dictadas desde afuera.

Porque nuestro actual derecho familiar, nuestro Código Civil, viene de Francia, es en gran parte francés. Copia o se inspira en el Código de Napoleón, del invasor y vencedor de la primera fase de nuestra guerra de la Independencia; y es triste tener que repetir que si al fin nosotros logramos echar al francés de nuestro suelo, rubricamos después del modo más necio nuestra gesta heroica con una imitación servil y continuada de la Revolución francesa, que va desde la Constitución de Cádiz hasta la moda femenina, pasando por esa traducción de las leyes civiles y sus comentaristas, en aquel siglo estúpido pasado en el que vimos derumbarse con nuestro Imperio material y moral nuestra propia personalidad española.

Hoy la familia, según nuestro Código y en Derecho común, tiene un carácter individualista: el rango de institución sólo lo conserva la familia de nuestros antiguos Fueros. El montaje liberal de todo nuestro sistema jurídico, y del que apenas podemos señalar excepciones, tiene uno de sus más firmes pilares en el Código Civil de 1835; pese a que la realidad y la vida, más fuerte que el mismo Derecho, ha obligado a ponerle parches en circunstancias de urgencia que se avienen mal con su sistema de principios y el conjunto de su articulado.

El dualismo y la contradicción que padecemos gira en torno al hecho de este sistema general, que para muchos es el único existente y, desde luego, el único que saben, y la antigua tradición hispana, milagrosamente conservada en determinados me-

FUNDADOR

que...



¡está... como nunca!

dios, rurales sobre todo, y que surge ahora de nuevo con un carácter social opuesto a todo individualismo.

La lucha, la clave, la hallamos en la entraña del Derecho, en lo civil, en la persona, en la familia, en el patrimonio. Por encima de construcciones dogmáticas y a despecho de tanta literatura falsa, nos aparece la realidad de suelo, espacio vital, principio económico, como el que obliga a mantener indivisa una casa hecha con el esfuerzo de generaciones enteras y en trance de desaparecer si se repartiera por igual entre los cuatro hijos del padre difunto. Y es comunidad de esfuerzo y fustón de voluntades, de los que por «ayuntamiento de matrimonio los hace un cuerpo», como se decía en el siglo XIII, en Aragón, al tratar del marido y la mujer, y por ello ésta, señora siempre, desenvuelve su vida en igualdad de rango a su esposo, y cuando la muerte le hace sobrellevar por sí sola la carga de la familia, ve en su trabajo, en sus facultades de disposición y en todo el respeto con que la rodean las viejas leyes, el afán de éstas de hacer perdurar en el tiempo una familia aún más allá de lo que permite el límite de la vida humana.

Cuando durante siglos, y a pesar de toda técnica y toda fuerza, se mantiene con plena vitalidad un

estado de cosas, no puede pensarse en artificio. En lo foral y en nuestras organizaciones familiares tiene que creerse que su existencia actual obedece a motivos muy hondos, como capaces de haber resistido los embates y vientos contrarios de tanta circunstancia adversa. Y esta fuerza habrá que considerarla desenvolviéndola en un estudio previo y amplio en el actual trance de revisión de todo nuestro sistema de Derecho privado. Los principios sociales que hoy se imponen concuerdan con aquellas comunidades familiares. En cambio, el egoísmo individualista está llamado a desaparecer.

¿Qué podemos y debemos hacer para amoldar nuestra legislación civil a los principios de nuestra Cruzada? ¿Qué tarea les está reservada en esta renovación a las legislaciones forales?

Por de pronto, creo contribuir a nuestra ambiciosa tarea de resurgimiento patrio con la divulgación de una situación y de unos valores que sólo con un estudio serio y desapasionado podrán llegar a alcanzar el extenso y hasta vulgar conocimiento del común de los españoles; de estos españoles que un día entendían los autos sacramentales de Calderón y alegaban sus privilegios y se hacían sus leyes como gentes que por sí los defendían y los sabían interpretar; hombres «sabidores en Derecho».

UN PRODUCTO QUE PERMITE AFEITARSE CON CUALQUIER HOJA

Debido al afeitado diario, la piel del rostro se vuelve sensible, delicada y se irrita al más leve o contacto de la hoja o navaja. Algunas veces es un suplicio afeitarse. En la actualidad estos inconvenientes son definitivamente resueltos gracias al maravilloso masaje crema KEXTTYERY. Basta hacer un ligero masaje antes de enjabonarse para que pueda afeitarse sin irritación sin molestias y sin dolor. Y, lo que es más importante, se puede afeitarse CON CUALQUIER HOJA, logrando que corten más. Además, regenera, nutre y fortalece el cutis, volviéndolo sano, terso y juvenil.

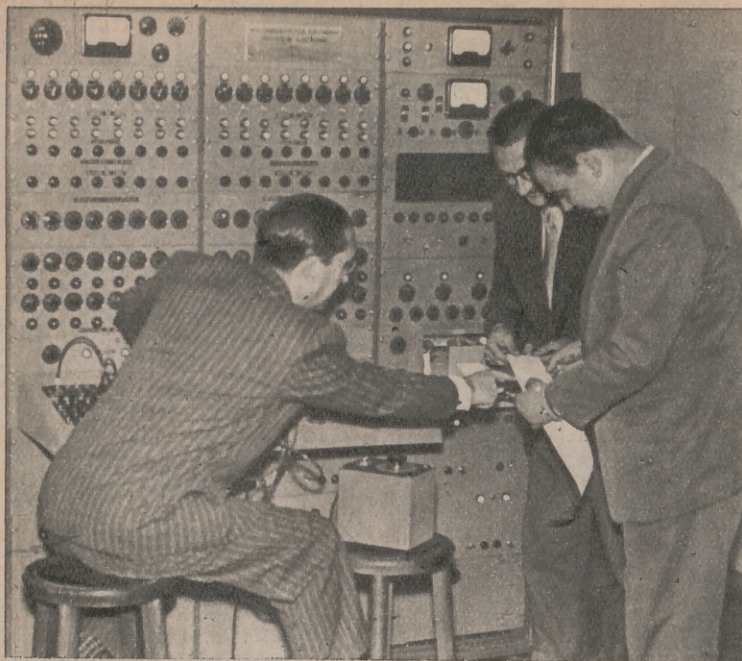
¡ES LA MARAVILLA COSMÉTICA DE NUESTRO TIEMPO!

TUBO NORMAL PARA MÁS DE 40 APLICACIONES: 11,65 PESETAS

TUBO DOBLE CONCENTRADO PARA MÁS DE 40 APLICACIONES: 14,80 PESETAS

PÍDALO EN PERFUMERÍAS

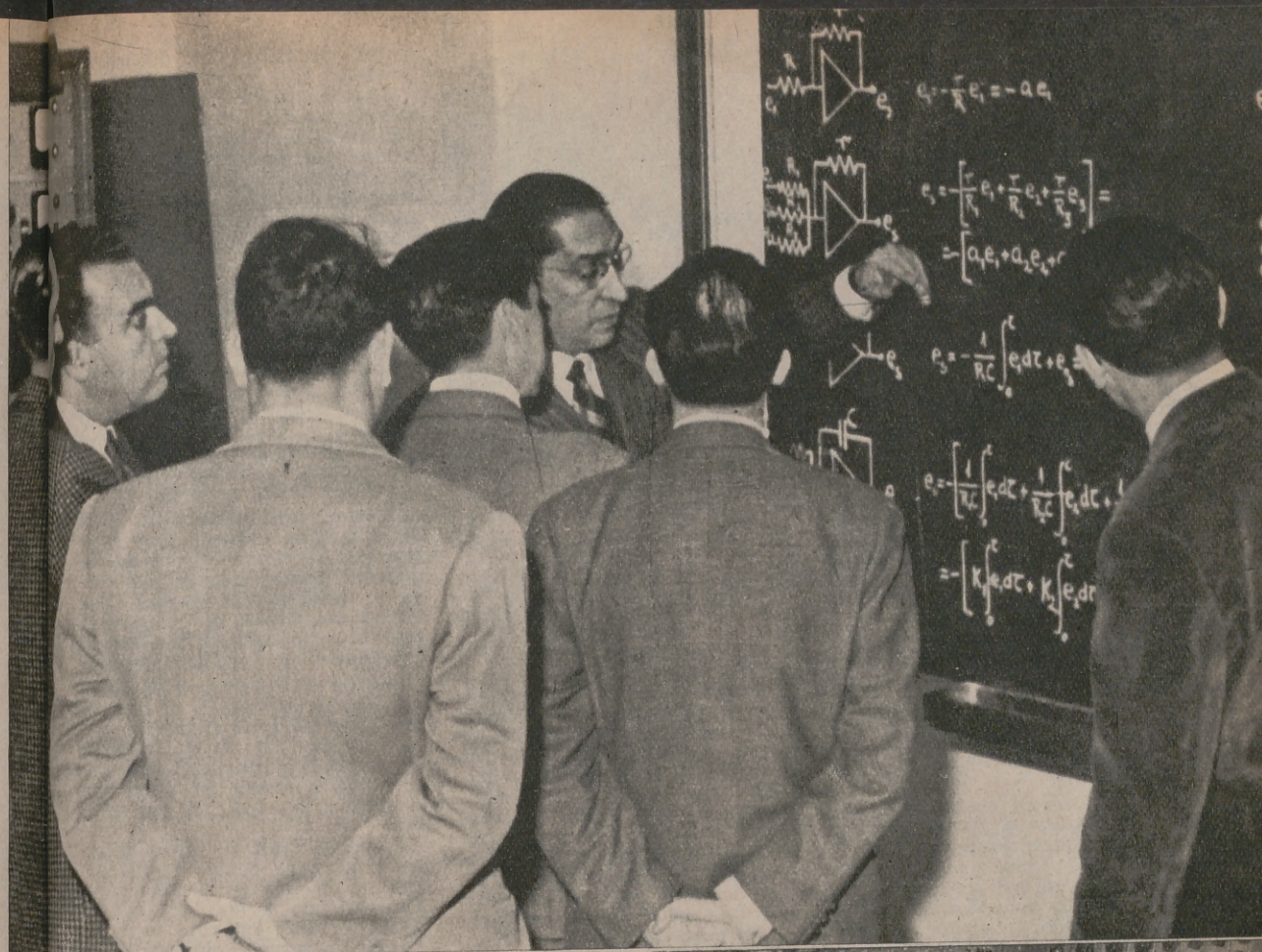
De no encontrarlo en su localidad dirijase al apartado 1185, Barcelona, y se lo remitiremos contra reembolso.



LA MAQUINA NO ARROLLA AL HOMBRE, LO DIGNIFICA

UNA NUEVA REVOLUCION INDUSTRIAL A LA VISTA

El invento del doctor Santesmases ha sido patentado por el Consejo de Investigaciones Científicas



Un grupo de jóvenes ingenieros analiza la constitución de la máquina por medio de ecuaciones

EL PRIMER CEREBRO ELECTRONICO HECHO EN EUROPA ES ESPAÑOL

Una mentalidad infantil, pero que puede realizar de 1.000 a 5.000 sumas de números de 10 a 15 cifras, en segundos

CUANDO el jefe de los Sindicatos de la C. I. O.—Congress of Industrial Organization—visita la fábrica Ford, un ingeniero le dijo, señalando con el dedo: —Mire... Ninguna de éstas cotizan en el Sindicato del Automóvil.

Walter Réuther observó la sonrisa del ingeniero en medio de aquel conjunto de máquinas. Un conjunto metálico y frío, pero algo verbenesco a fuerza de lucecitas de color. No fué tardía su respuesta:

—Sí; estas máquinas no cotizan en el Sindicato ni declaran huelgas. Pero, ¿compran automóviles?

Un diálogo, que bien merece un Congreso de sociólogos y economistas.

Walter Réuther tenía delante una grandiosa instalación automática electrónica. Máquinas, muchas máquinas y pocos hombres. Unos cuantos hombres hechos vigilantes, desplazados de la función laboral directa. Algo extraño, contradictorio de la sentencia bíblica.

Una máquina recogía los bloques, les daba forma, perforaba los cilindros, calibraba la perforación, rechazaba automáticamente los defectuosos, movía los buenos a la sección de pulidos, montaba los pistones, ajustaba las coronas, depositaba los bloques terminados en la sección de montaje...

Dió Réuther la vuelta pensativo. Pensando en las masas de obreros de su país, del país don-

de cada año entran al trabajo 700.000 hombres nuevos.

—No hay miedo.

Esta es la voz de los industriales, que también tienen experiencia y calculan.

—Está demostrado —son palabras de Benjamín Fairles— que el trabajo y un más alto nivel de vida están en proporción con las máquinas nuevas y mejores.

Y no tardó en despachar las pruebas:

—Si con la maquinaria y herramientas de 1908 tratásemos de construir un automóvil modelo 1955, ¿sabéis cuánto costaría?

Como él poseía los datos, él podía contestarse. Y se contestó:

—Sesenta y cinco mil dólares. Y siguió esgrimiendo, con deseos de dar el «k. o.», datos estadísticos, más bien económicos.

—¿Y cuántos coches se construirían así? ¿Y cuántos obreros trabajarían en Detroit, y cuántos en los neumáticos, y en el petróleo, en los hornos de acero, en las carreteras?...

He ahí un problema de nuestro tiempo. Un problema que apunta ya. En realidad no es más que una revolución científica e industrial. Ciencia e industria juntas. Una revolución que, partiendo del campo físico-probabilista, llega a las fábricas, bajo forma de máquinas con «cerebro electrónico» para re'levar, desplazar, no

El doctor García Santesmases lee las primeras soluciones de su calculadora electrónica



sojo el músculo, sino también los sentidos y la memoria del hombre.

PANICO AL «ROBOT»

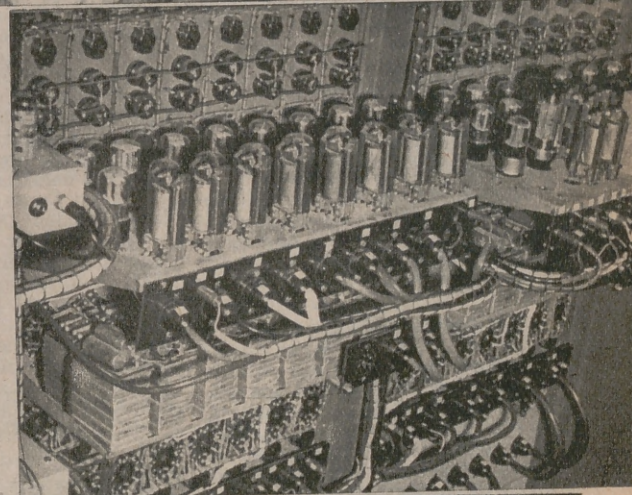
En principio hay una revolución en los ánimos: preocupación. Preocupación en los industriales, en los obreros y en los educadores.

Primer impacto: la Ford y la General Motors, que ya controlan el 25 por 100 de los coches fabricados en Europa, tienen entre ojos la aplicación del automatismo a sus filiales Vaushall (en Inglaterra) y Opel (en Alemania). La Ford ha destinado 6.000 millones de pesetas para sus fábricas de Fagennheim, en Alemania. Inmediatamente han reaccionado los productores franceses, pidiendo protección a su Gobierno.

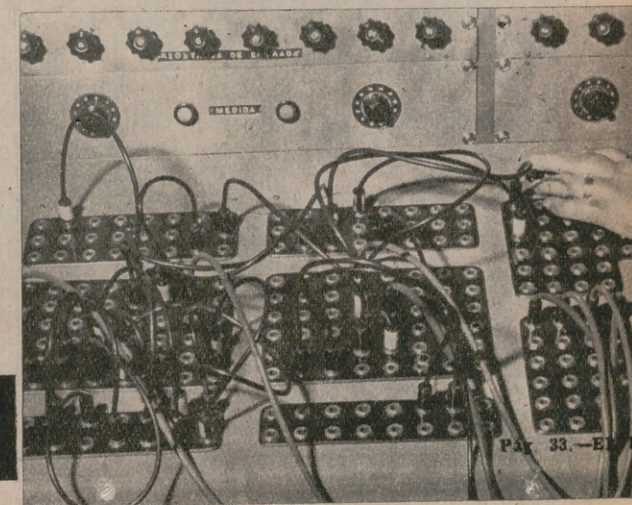
Y otro tanto ocurre en Inglaterra, donde se echa de menos una cantidad de 25.000 científicos. Hacen falta 25.000 científicos, y la culpa la tienen las viejas Universidades, más preocupadas —es problema viejo— de los títulos en Artes. Hay en la actualidad 60.000 y debieran ser 90.000. Pocos para sus justas ambiciones. En Rusia, por el contrario, son 300.000 los jóvenes dedicados a los estudios tecnológicos.

En fin, la preocupación cunde en las mismas industrias norteamericanas, en las medias y pe-

Las clavijas hacen de sistema nervioso, pero siempre bajo la inspiración del hombre que dió las órdenes



Lámparas, interruptores y cables son las entrañas de la calculadora electrónica





La calculadora electrónica es cosa espectacular y también muy eficaz en las grandes industrias y centros administrativos

EL PRIMER «CEREBRO ELECTRONICO» HECHO EN EUROPA

queñas industrias. Pánico al «robot», contra quien no hay más defensa que la unión. Si la Ford y la General Motors han empleado unos 50 millones de dólares en sus instalaciones electrónicas, automáticas, ¿qué hacer? Lo que han hecho la Studebaker o Packard: unirse.

Y la razón es que el automatismo multiplica la producción, con los siguientes resultados: un 20 por 100 de reducción de hombres-hora por unidad producida; un 30 por 100 de disminución de coste, debido al menor material subcalificado o desechable y el mejor aprovechamiento del equipo. En resumen: mayor productividad, menos horas de trabajo más alto nivel de vida.

Tienen argumentos sus panegiristas. La máquina no arroja al hombre. Lo dignifica. Afirman, demostrándolo con un pan en la mano: antes de la primera guerra mundial, para ganar el coste de un pan, el obrero norteamericano había de trabajar diecisiete minutos. Ahora, le basta con seis.

Más motivos tiene para fro-tarse las manos la gran industria. Es la que está de enhorabuena. Y si no, díganlo los proyectos de la Ford y la General Motors para el año próximo: un incremento de producción en algunos tipos de automóviles de hasta el 40 por 100. Al menos eso esperan.

En verdad que el automatismo integral exige, hoy por hoy, sólo es posible a las grandes Empresas norteamericanas, como la General Motors, que tien un volumen de negocios de 350 000 millones de pesetas y ha destinado para su programa de nuevas instalaciones 52 000 millones. Casi cuatro millones de pesetas paga la Prudential Insurance Co. a la I. B. M. por el alquiler de sus máquinas electrónicas. Ahora que ahorra en uno de sus departamentos 200 empleados, allí donde los jornales son de bastante cuantía. Con 25 obreros cubre la Ford su sección de bloques de motores en Cleveland, y hace un año necesitaba 117.

Una nueva revolución industrial a la vista.

En el espectacular y optimista edificio que Fisac ha construido para el Patronato «Juan de la Cierva», en los confines de la calle de Serrano con la plaza de la República Argentina, de Madrid, he visto una máquina, un «cerebro electrónico». Ni norteamericano ni inglés, sino español Concebido y realizado en España.

Una sala no grande, escueta desnuda; una simple mesa, cuatro sillas, un sillón, dos pizarras, dos ficheros metálicos, un armario... He ahí su ambiente.

En realidad creo encontrarme ante una centralita de teléfonos.

—Es pequeña.
Cuento, después de calcular su altura, que será de 1,80, los huecos para clavijas. Lo mismo que en una centralita de teléfonos.

—Ciento cincuenta y cuatro. Quieto y satisfecho, va ilustrándome el profesor García Santemas, autor de la máquina, director del Instituto de Electricidad del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y catedrático de Física Industrial de la Universidad Central.

De cuando en cuando se encienden unas lamparitas rojas, en forma de piloto, que alternan con otras blancas y verdes. En todo el frente de la máquina resaltan unas doscientas llaves de control y de mando.

—Y, ¿dice usted que es pequeña?

—Sí.

El acento nasal me denuncia el origen del doctor Santemas: catalán. En Barcelona nació. Y en ella estudió la licenciatura en Ciencias, a la que añadió el título de ingeniero electricista logrado en la Escuela Superior de Electricidad de París. En Madrid sólo ha cursado el doctorado en Física, a cuya Facultad pertenece como catedrático desde 1945 después de un año de docencia en la Universidad de Granada. Hoy aparece joven, vital, moreno, muy mediterráneo.

—Este es el registrador. Se adelanta para señalar un hueco a la izquierda de la máquina, donde distingo un rollo de papel milimetrado, situado entre un cilindro y unas agujas.

—¿Son cuatro agujas?
—Cuatro, que se utilizan para registrar los datos y resultados del problema planteado.

Con prontitud se dispone a poner en marcha la máquina.

Al mismo tiempo leo por diversas partes del frente de la máquina: «Saturación», «Medida del cero»... En realidad no comprendo. ¿Es posible esta valoración, este carácter positivo del cero? Y sigo: «Ajuste del cero», «Impedancias operacionales». De momento, enigma.

El profesor Santemas, que habla rápido, preciso, matemático, dice lo que va a realizar. No es posible repetirlo en poco espacio, a más de que es cosa reservada a los muy iniciados en matemáticas. La máquina empieza a funcionar y el registrador suena al mismo tiempo que el rollo de papel empieza a desenvolverse.

—¡Sale humo, profesor.
Sonriendo se aparta un poco de la máquina. Queda muy derecho, balanceando el brazo izquierdo. Destacan más que nunca su traje a rayas y las gafas «Truman». Espero oír al catedrático investigador, al que no ha extrañado mi ingenua sorpresa.

—Echa humo porque entre las agujas que marcan y el cilindro que sirve de base al papel «teledeltos» hay 500 voltios. Cuando el registrador funciona pasa una corriente a través del papel que produce la línea oscura que usted ve.

Corta un trozo de papel de color gris y veo cuatro rayas auténticas hendidas de quema, sobresaliendo de las múltiples rayitas impresas del papel.

—Se ha resuelto una ecuación.

Miro a la máquina y miro a su autor. Los dos saben—la máquina por lo menos maneja—ecuaciones. Me callo mi bochorno y sonrío.

—¿Y en cuánto tiempo resuelve un sistema de ecuaciones?

—En menos de un segundo.

Ya eran difíciles los problemas matemáticos y físicos con letras. Ahora, con rayas, con quemaduras, Sumas, restas, multiplicaciones y divisiones; potencias y cuadrados echando humo. ¿A dónde vamos?

EL HOMBRE, AMENAZADO POR LA MAQUINA

Queda uno impresionado y deprimido. Y pensativo. Aquella especie de buró metálico, agujereado, con su sistema nervioso al aire, frío, inexpressivo, sin más fenómenos que los que le imponen inexorablemente las leyes físicas y matemáticas... Esa máquina comienza a dominar al hombre. Hasta ahora lo habían suplantado en el orden puramente físico. Ya acercan sus clavijas—aquí la expresión tiene propiedad—al terreno del entendimiento.

—¿Ha tardado mucho en su construcción?

—Un año.

Y sonrío. Aclara la sonrisa: —Coincidió con restricciones eléctricas. Y tuvimos que ir al laboratorio de noche.

—Pero, ¿no la hizo aquí, en el edificio del Patronato?

—No; en los laboratorios del Instituto de Electricidad en la Ciudad Universitaria.

—¿Con mucho personal?

—El personal que ha colaborado bajo mi dirección en el pro-

yecto y construcción de la máquina está integrado por los señores González Ibeas, Civit Breu, Fernández Fernández, Bouguera Menéndez y Sant Magallanes. Hemos tenido la satisfacción de que nos hayan otorgado el primer premio «Juan de la Cierva» para equipos investigadores correspondiente a 1954.

El profesor Santesmases es uno de los hombres de ciencia en quien se da con gran provecho la enseñanza y la investigación. Salta su vocación a los gestos. Se le ve. Y él salta de la Universidad al Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Pero trabaja de un modo más continuo en los laboratorios de su cátedra, que son cuatro.

—¿Mucho coste?

Sacude el aire con la mano.

—Gracias a una subvención especial del Consejo Superior. Con el presupuesto normal del Instituto de Electricidad no hubiera podido.

—En fin, que esto—y le señala la máquina—es una obra de artesanía.

Ríe. Y creo que ríe porque no es tan fácil ni asequible la realización de un propósito de esta índole desde un punto de vista material. Hace falta tenacidad. Y esta cualidad es la que me ha parecido predominar en el señor Santesmases. En 1949 marchó a Inglaterra para estudiar la organización de investigaciones de electricidad y microscopía electrónica. A su regreso creó algo en su departamento. Desde primeros de 1951 a mediados de 1952 estuvo en Estados Unidos, en el Computation Laboratory de la Universidad de Harvard.

—Allí fui a trabajar. Lo que me interesaba era aprender, ponerme al corriente de los últimos adelantos en máquinas calculadoras electrónicas.

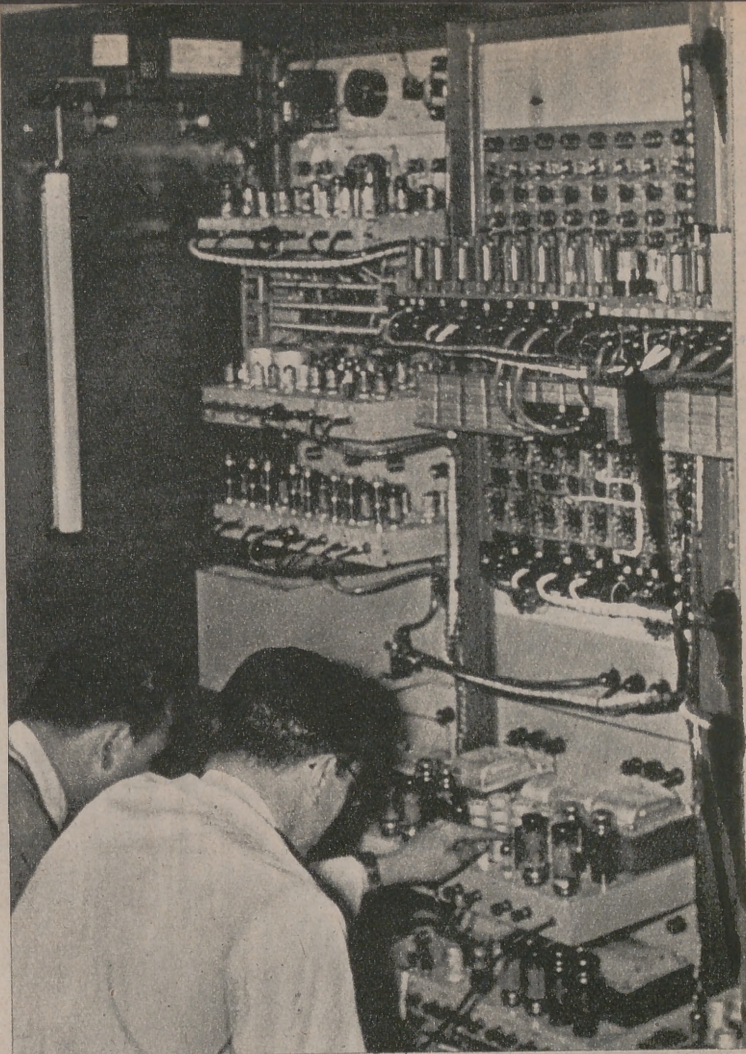
Al partir para Harvard envié a Inglaterra dos jóvenes de su departamento, que ya es, desde el pasado año, Instituto de Electricidad. Su propósito era que estuviesen preparados a su regreso, y de esta manera pudo crear los laboratorios en su cátedra con la ayuda del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

CINCO MIL SUMAS EN UN SEGUNDO

Llegó un grupo de jóvenes ingenieros visitantes al lugar de nuestro diálogo.

La explicación toma, por tanto, vuelos técnicos, que por ráfagas puedo alcanzar. Después de repetir las operaciones ya conocidas se dirige a dos pizarras llenas de fórmulas y triángulos, situadas a la derecha. A partir de entonces se habla en términos para mí inaprehensibles. Suenan parámetros, equis y cuadrados, y oralmente manejan elementos lineales, reóstatos, resistencias. Para mí, como si viese películas mudas. Observo gestos. De vez en cuando, haciendo descanso en su rápida locución, me mira el profesor Santesmases y sonríe, tal vez por el lenguaje de mis expresiones mímicas.

Mientras tanto pienso: «Ahí está el espíritu de la máquina. En esa pizarra» Un espíritu matemático que no tiene alojamiento en mi imaginación por ahora, y creo que definitivamente.



El fallo de una lámpara es una enfermedad que hay que curar inmediatamente

Me atengo, pues, a los ojos y al tacto: el objeto.

En resumidas cuentas, estábamos ante una máquina denominada «Analizador diferencial electrónico». Y es que las calculadoras automáticas pueden ser analógicas y digitales o aritméticas. En la primera, los números están representados por magnitudes físicas —potenciales o corrientes eléctricas, rotación de determinados ejes, etc.—. Las mismas relaciones que pudiera haber entre los números hay entre esas magnitudes físicas. Se crea por analogía —y de aquí el nombre— un modelo físico del problema matemático. Así: en la regla de cálculo, las magnitudes físicas son longitudes que representan, no números, sino sus logaritmos; por tanto, la suma de dos magnitudes representará el producto de dos números. Para cada tipo de problema puede obtenerse una analogía determinada, y, en consecuencia, una máquina correspondiente. Esta está especializada en ecuaciones diferenciales.

Las digitales o aritméticas utilizan números. El mismo procedimiento que el niño con los dedos. Los números —aquí hay diferencia, como es natural— se representan por impulsos eléctricos.

—¿Pero no emplea el sistema decimal?

—No. El binario. No hay más números que el 0 y el 1. Este sis-

tema binario permite representar los números en forma física, por ejemplo, una lucecita encendida es el 1; apagada, el 0. Con esos dos estados pueden obtenerse los números que se quiere.

—Una mentalidad infantil.

—Pero de una velocidad monstruosa. En un segundo puede realizar de 1.000 a 5.000 sumas de números de 10 a 15 cifras. Una velocidad 25.000 veces superior a la de una persona con buena máquina comercial.

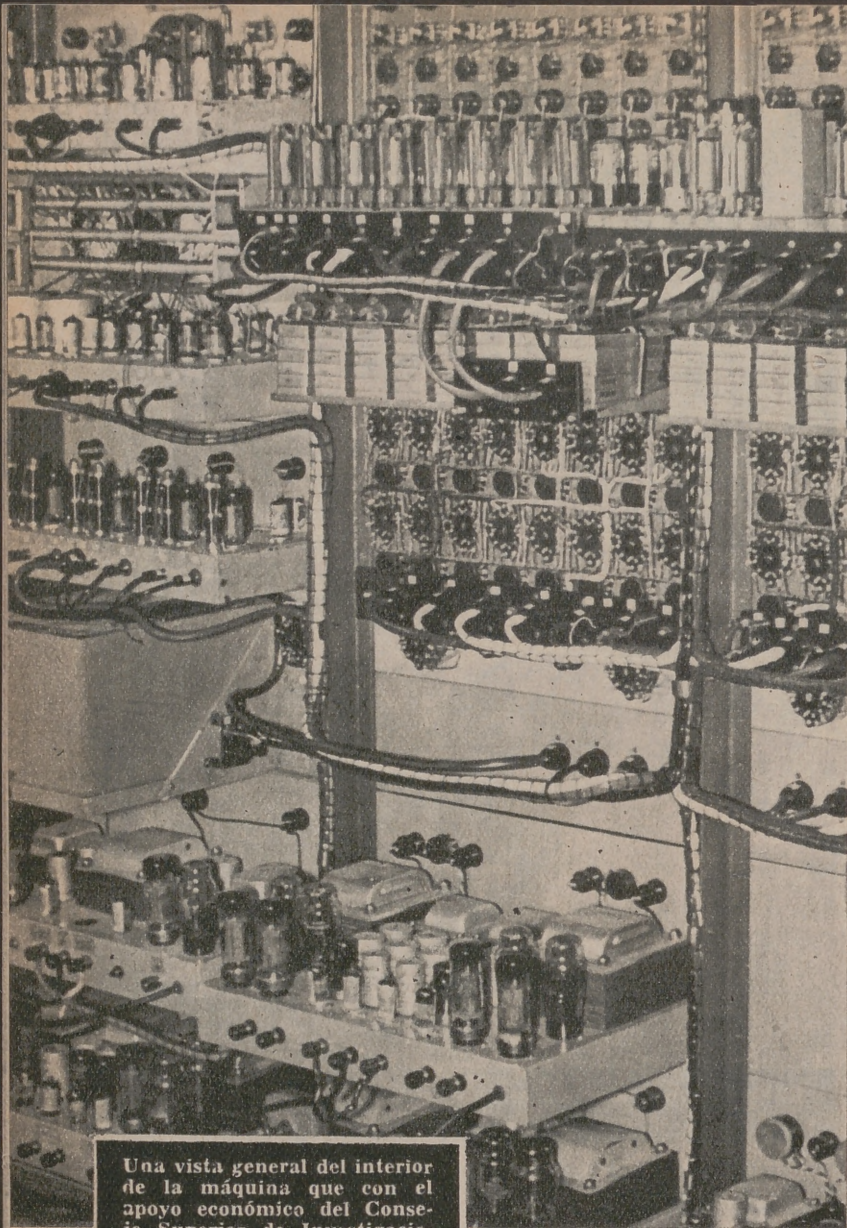
—¿Y errores?

—La máquina digital no se equivoca.

En esto se aparta de la condición humana. ¿Pena? Esa certidumbre es un tributo a su rigidez mecánica. A pesar de todo, siguen sometidas a los destornilladores, al ajuste, al «chequeo» (comprobación).

—¿Qué ventaja ofrece la automática digital sobre la calculadora de pupitre, ésa que se usa en oficinas y Bancos?

—Aparte de la velocidad, una diferencia esencial: en las de pupitre, para cada operación hay que poner la máquina a punto, introducir los datos y obtener el resultado. Así, sucesivamente. En la digital, se introducen al principio todas las instrucciones y los datos. Después no hay que intervenir para nada. La máquina obtiene sola todos los resultados intermedios hasta llegar al resul-



Una vista general del interior de la máquina que con el apoyo económico del Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha construido el doctor García Santesmases

tado final. Es decir, le basta con que le entreguen el «programa», y ella sola realiza las sumas, restas, multiplicaciones, etc.

UN IDIOMA EN NUMEROS

Nosotros, los hombres, tenemos facultades sensitivas e intelectivas. Y las de orden afectivo. ¿Y las máquinas automáticas, sean calculadoras o esos «robots» industriales? Sabemos su origen numérico, a fuerza de ecuaciones. Quizá también traten algunos de reducirlos a números. No falta filósofo de la antigüedad que ha manejado el número en la Cosmogonía, como también hubo otros que escribieron y hablaron de átomos, hoy refrendados por la Ciencia. ¿Cuáles son las que pudiéramos llamar facultades —en este caso, más bien órganos— de estas máquinas automáticas electrónicas?

Las digitales tienen estos órganos fundamentales: el «de entrada», cuya función es clara; la «unidad aritmética», que realiza cálculos, es decir, el único capaz de generar nuevos números; la

«memoria» o almacén de todo cuanto llega —datos e instrucciones— por el «órgano de entrada» y de los resultados intermedios nacidos en el proceso de cálculo; y el «órgano de salida».

Conviene aclarar: la memoria de las máquinas automáticas no debe interpretarse en el sentido humano, sino como simple almacén. Semeja un gran número de celdas, en cada una de las cuales puede albergarse un número.

La voluntad está representada por el «control» o «gobierno», que recibe el programa de instrucciones de la «memoria» y se encarga de que sean ejecutadas en el orden previsto, mediante señales adecuadas que envía a la «memoria».

¿Ideas o imágenes? El «programa», que contiene datos e instrucciones. ¿Idioma? Un «código», a base de números, que es lo único que la máquina puede «comprender».

En resumen: quien piensa es el «operador».

—El mundo actual —dice el profesor Santesmases, con gestos de desaprobación— está dispuesto a creer más de lo que los científicos y técnicos han logrado y es-

peran lograr. Estamos ante un espejismo colectivo.

—¿Pero no se intenta algo para que la máquina pueda «aprender»?

—Se han ensayado en calculadoras, mediante ciertos programas, crear un estado análogo al reflejo condicionado de los animales. Así lo ha hecho Oettinger con la EDSAC, de Cambridge.

Es curioso: todos estos seres o artefactos que gozan de la mecánica, no de la iniciativa, del pensamiento, tienen el privilegio, para más acercarse al hombre, de darse a conocer con nombres propios y mayúscula: la Mark I, la Mark II de Harvard—en la Mark IV trabajó el profesor Santesmases—, la Univac, la Eniac, la Edsac.

Así, que no me extraña ver al profesor Santesmases cómo se acerca, contempla y toca su calculadora diferencial. Creo encontrarle ante otro caso análogo: «Platero y yo».

3.500 TUBOS ELECTRONICOS EN UN «CEREBRO»

A todo esto llaman Cibernética: teoría del control y de las comunicaciones en los animales y las máquinas. Al matemático norteamericano Wiener se debe el nombre.

Torres Quevedo fué precursor de esta técnica, a la que llamó «Automática». A este invento, y a sus colaboradores y seguidores se debe: el Telekino (1902) para gobernar a distancia un navío o un automóvil; el Ajedrecista, la máquina cinemática de resolver ecuaciones, el Husillo sinfin, una calculadora electromagnética, una multiplicadora electromagnética, una máquina pedagógica, una máquina cinemática integradora, un calculador rápido, una máquina cinemática de resolver ecuaciones de segundo grado... Y el doctor Mendez León presentó en 1926 un sistema de traducciones automáticas, que representa más de veinte años de adelanto respecto de los trabajos de la I. B. N., que tiene la primacía en la técnica de las traducciones automáticas.

—¿Hay algo, profesor, en este orden de los cálculos, en que la máquina sea imprescindible por incapacidad física del hombre?

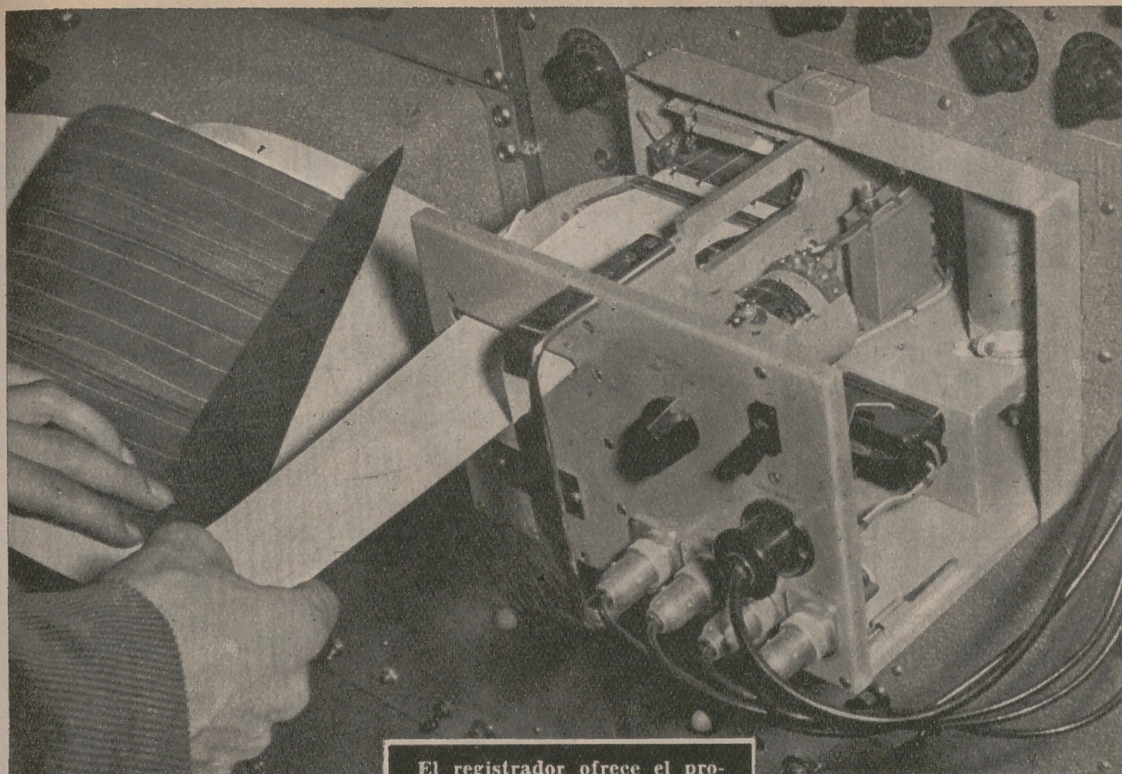
—Hay problemas en Física pura o aplicada, cuyo planteamiento matemático y el método de cálculo son conocidos, pero que se necesitarían muchos años para llegar a la solución utilizando los métodos ordinarios, incluso máquinas calculadoras de pupitre. Ahí está lo interesante: no sólo la mayor velocidad, sino el logro de soluciones a problemas interesantes que sólo con las máquinas pueden conseguirse.

El eminente físico teórico inglés Hartree ha trabajado durante quince años en cálculos sobre estructuras atómicas. «Con la máquina electrónica —ha dicho él mismo— hubiera tardado horas; a lo sumo, días.»

—¿A la guerra se debe el gran impulso?

—Sí. Por la gran cantidad de problemas de Física e Ingeniería que había que resolver rápidamente.

En efecto, la primera, construida por el profesor H. H. Aiken, de la Universidad de Harvard, en



El registrador ofrece el problema resuelto en las curvas de las tres rayas de la derecha

colaboración con la International Business Machines Corporation, se dedicó desde su inauguración, en 1944, a problemas de organismos militares, y a confeccionar tablas de funciones, trabajando veinticuatro horas diarias. Esta es la Mark I, de contadores mecánicos y relés. La primera electrónica es la ENIAC, construida el año 1946 en Filadelfia.

El «cerebro electrónico» se ha convertido en un problema social. En oficinas, en Bancos, en Compañías de Seguros... Una instalación electrónica puede llevar las cuentas corrientes, el cálculo de intereses y la amortización de valores de los Bancos. Se usa para la predicción del tiempo, para el vaticinio en elecciones, en Física nuclear, en Estadística, en Aviación... En Aviación, el piloto automático sustituye al hombre; busca objetivos en la pantalla del radar, y las armas localizan ellas solas sus blancos, y una vez a tiro, apuntan y disparan sin intervención de la tri-

pulación. Más de 2.500 tubos electrónicos lleva un «B-36» de bombardeo.

Pero...

UN CEREBRO HUMANO, MAS VELOZ QUE EL ELECTRONICO

Pero no pueden plantear problemas. Resuelven, no plantean.

En el quinto piso del edificio «Monsanto» centellean centenares de luces de colores de una especie de fichero inmenso y redondo. Es el «cerebro» gigante, modelo 702 de la International Business Machines Corporation. Una verdadera maraña de ruedas y engranajes. Cada uno de sus casilleros puede realizar por segundo 7.200 operaciones aritméticas. Y la instalación resuelve en tres segundos problemas que necesitarían el concurso de 25.000 matemáticos especializados. ¡La derrota del hombre!

No. Todo se reduce a velocidad. Suple la velocidad de cálculo y la continuidad de operaciones humanas, como hace tiempo empezó a sustituir la fuerza del músculo. Ni una iniciativa. Ni un problema por su parte, salvo los de su construcción, coste o reparaciones.

Hay una barrera entre la Cibernética y la Metafísica o la Ontología. Un algo insalvable separa a la Físicoquímica de la Biología, de la Psicología, de la Sociología...

—Volviendo a nuestro tema, ¿está usted satisfecho?

—Es el comienzo.

—¿Y qué espera?

Hace un gesto de incertidumbre. Contesta por otro lado.

—Esta es pequeña. Quiero hacer la grande. Hay un plantel de jóvenes ya iniciados.

Habla pensando en la industrialización española.

JOSE DE MAIRENA
(Fotografías de Mora)

OPINION

BOLETIN DEL INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

PUBLICACION MENSUAL

36 PAGINAS

Suscripción semestral: 30 pesetas
Pedidos: al INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

Monte Esquinza, 2

MADRID



LA MUERTE DEL ARTISTA

NOVELA

Por Eugenia SERRANO

I

CON sus madras claras y su tapicería verde almendra, de un color muy cinematográfico y fotogénico, el bar del hotel se iba metiendo en el cerebro con sensación de irrealidad. Al fondo había un friso negro con fantasmas morados, de siluetas bordeadas en oro. Animados por el alcohol, los fantasmas empezaron a cuchichear entre ellos.

En uno de los grupos del friso una mujer se arrodillaba con postura de bailarina, pero se arrodillaba, entre dos hombres, dirigiendo hacia uno de ellos un ademán implorante. ¡Qué vergüenza! Pensó con repugnancia en el decorador que había determinado esta postura.

Desde luego, pintora no era. Y acaso, en su intención expresiva, pintor tampoco. Las vacilantes líneas de los frescos provenían, como todas las sombras con reminiscencias pseudohelénicas, del Picasso de la primera época.

Allá, en el fondo, un señor que se firmaba Picasso había pintado otro fresco. Una visión de Madrid monumental, arquitecturada en varios planos, con muy medido equilibrio. Uno de los diablillos del recuerdo se desprendió del friso. Y empezó a bailar, entre el gris de la Puerta de Alcalá y el rojo del Museo de Reproducciones, los vales de las memorias.

Picazo, desde su panel del fondo, le recordaba a Arellanos. Luis Arellanos. Un pintor extraordinario. Con los pulmones devorados por la tisis. El corazón por el orgullo y todo su vivir por la falta de dinero, había hecho, sin gran ruido, una Exposición. Los escasos que entienden de verdad pintura habían comprado algo. Constanza escribió un emocionado artículo que no sirvió para nada. Era difícil hablar de la perfección y profundidad del dibujo, de los colores a un tiempo sombríos

y relucientes. De un oro dramático y trascendente que chorreaba, en presagio, de toda la obra.

En un atardecer frío, de diciembre, un bohemio mal trajeado y cazcarrioso le había presentado al pintor. Los bohemios estaban muy orgullosos de Luis. Había en el artista algo alado e impreciso, de un mundo bellamente inmateral, poco apto para el contacto con la dureza cotidiana y viviente. Algo que penetraba, como su pintura, en el nobilísimo mundo de la muerte y que se llamaba débil constitución física, pretuberculoso.

El pintor hablaba, animadísimo. Asombrado de ver a Constanza, entonces muy graciosa y envuelta en unas pieles bonitas, acompañada de aquel tipo raído y triston. La rogó que se dejara hacer un retrato. Constanza prometió posar, pero sabiendo que se le olvidaría cumplir la promesa. Posar es incómodo para personas inquietas.

II

Justo momento, al filo de una posguerra internacional, cuando los pintores jóvenes ostentaban los valores plásticos de lo desherrapado y la cochambre. Cuando, al arrimo de Gutiérrez Solana, la literatura descubría el tremendismo. Cuando la mugre ascendía a categoría, y el artista parecía hacer gala de ir mal vestido. Luis resistía contra la corriente de arrabal. Iba siempre flamante, con su abrigo claro, de corte elegantísimo su pelo rubio peinado en copete, como el de los más relumbrantes fascistas italianos, y la corbata de seda natural, bien entonada con la claridad de sus ojos.

Esto en lo exterior. En los cuadros cantaba un alma ordenada, ansiosa de una vida bella profunda y superior. Pereza aparte, por no considerarse aún con contenido para ser retratada y enfocada

por la paleta trascendente del artista. Constanza huyó de posar para él.

Dos semanas antes de su muerte, el pintor estuvo en casa de la chica a visitarla.

—¿Se que te gusta este cuadro mío... Te lo regalo...

Ella había hecho un gesto de negativa, un poco ofendida. Tenía la ética del buen bandido. Le parecía noble desvalijar a los ricos para socorrer a los pobres. Casi la ofendía el pensar que Luis Arellanos, que tenía ansia y necesidad de vender sus cuadros, se fuera a desprender de una obra, un cheque en blanco, en honor a ella. Pero el pintor insistía:

—Mientras yo viva, lo tienes en depósito. Como soy algo mayor, cuando me muera, pasa a ser tuyo.

Jadeaba sobre el diván verde, sentado pensativamente en un ángulo. Constanza pensaba, con terror, que acaso se muriera súbito, delante de ella misma. En su cuarto, cosiendo, como siempre, la madre de Constanza sentía, con el mismo pánico que la hija, el jadeo.

Sólo Luis no oía el solo de sus pulmones, con algo de fuelle de gaita antigua. La muerte ensayaba en él sus melodías de zanfonia. Aterrada, Constanza quería invitarle a comer. Sería algo litúrgico partir el pan y la sal con un moribundo.

El pintor se negó cortésmente. Pero tenía una cita más antigua. Debía regresar aquella misma tarde, en el tren que salía a las dos, hacia el pueblecillo serrano donde le esperaba Azrael, el ángel de la muerte, el fiel compañero de todas las citas. El puntual.

—¿Por qué dejaste el sanatorio, Luis?

—No me encontraba bien allí... Sabes, cuatro o cinco en una habitación... Horrible...

Los mecenas, los marchantes, los que compraban los cuadros de Arellanos por un trozo de pan criticaban a este hombre imposible.

—Se ha saído del sanatorio... ¿Sabes?...

Ironías del destino. Cuando el mecenas sentía dolor de muelas o al marchante se le inflamaba una hemorroides, corrían a un sanatorio particular, el más lujoso de España. Uno de los directores de aquel sanatorio, que era hombre de corazón y protegía a los artistas, compraba de vez en cuando dibujos de Luis Arellanos. Y las habitaciones y antecámaras de los lujosos cuartos del mecenas y del marchante se adornaban con la presencia serena de los dibujos de Luis. El médico quería comprar cuadros. Pero por aquella época el pintor apenas tenía cosas suyas que vender. El médico habló con el marchante, pero al cabo, como era socio industrial, uno de los socios industriales, no podía pagar mucho. El mecenas y el marchante hicieron sus cuentas y decidieron esperar a que la pintura de Luis Arellanos se cotizase aún más alto con el crédito que le daría su muerte y las sucesivas necrologías. ¿No había sucedido así con Modigliani y hasta con Rembrandt? ¿No sería Luis Arellanos el Modigliani español? Había que cuidarle, a la manera que se cuida a los artistas, a esos bohemios cazarriscos buenos sólo para hambrear de vivientes, y dar de comer a sus «managers», de muertos. Como a los ruiseñores, a los que se ciega, para que canten mejor... Así la voz seguía purísima.

No, todas las imágenes eran poéticas en exceso. Algo más vulgar y justo. Un pobre pato, cegado, bien alimentado, pero escaso en agua, encerrado en un jaulón. Resultado: exquisito foie-gras para la mesa opípara. Claro que hay sociedad protectora de animales, que no está de acuerdo con esos procedimientos drásticos que engordan con melancolía el hígado de los patos y de los artistas. Esto no obsta para que cuando algún miembro componente de ella saboree el buen paté de Strasburgo. Sí, la angustia universal, moteada de economía triste, hace más trascendente la obra del genio. Cervantes, Villón y el Tasso. Ejemplar trilogía...

A Luis esto le importaba poco. Tenía la gran alegría del tuberculoso. Administraba su dinero en belleza, seguía yendo bien vestido.

III

—Pero..., de comida, ¿qué tal?...

Constanza se ruborizaba al recordarle al artista que no sólo de número de oro y profundas perspectivas viven los pintores. Hay que sentarse tres veces a la mesa.

—Como muy bien... Estoy viviendo en casa de unos guardeses... Mira, por ejemplo... Ayer me trajeron un conejo... Me lo guisa muy bien la mujer,

que es buenísima, y parece un Dureró, y me dura para dos veces... Y el aire es tan puro como en el sanatorio... Pero no tengo que compartir mi habitación con otros cuatro... Aquello era insostenible.

Mecenazgo sobre los pintores. Una cama en un sanatorio. Y nada más.

—Me encuentro muchísimo mejor... Además... ¿Sabes que se está descubriendo una medicina nueva contra la tuberculosis? Yo la estoy probando. Y me siento mejor cada día...

«Dios mío, haz tú el milagro. Haz que ese charlatán que ha tomado a este joven genial como sujeto de experimento acierte aún a pesar suyo. Transforma la embustería en ciencia... Tú puedes.»

Dios no atendió a Constanza. Ocho días después de aquella visita, Luis Arellanos moría. Pero en la tarde en que se vieron aun tuvo tiempo a asomarse con Constanza al balcón del estudio. Desde él se veían los tejados rojos, el cielo añil, las nubes pesadas, el hielo azul del Guadarrama, y los verdes árboles de las azoteas de un marqués, que había hecho de ellas jardín. También los había visto, desde su estudio, Luis Arellanos. Y los había pintado, espléndida y justamente. El primer encuentro de aquel «bodegón con paisaje»—en la ventana que se abría, magnífica, al paisaje, una alcarraza de rojo barro, y un limón, vibrando bajo la piel del zumo—había sido para Constanza de reflexivo éxtasis.

—Pero... ¿De quién es esto? Parece un Mantegna...

No, no era de Mantegna, sino de aquel muchacho bien vestido, escapado de un figurín de modas, como un Dorian Grey, que ahora hablaba de ella y de sus escritos.

—Me gustó mucho tu novela... Además... Tienes descripciones de pintor... ¿Por qué no intentas pintar tú también?

El arte como droga, como tóxico... ¡Oh amigo, brinda conmigo!... Cocaína, alcohol, guerra, dibujo, versos, ¡qué más da! ¡Oh, amigo, amiga, bebe conmigo en esta gran copa de la vida!

IV

Se fué, «hasta la próxima semana», y la dejó el cuadro. Un cielo dramático, con nubes tormentosas y un mar de sangre. La tabla de una mesa, sobre ella un frutero de barro con tres limones, y blanqueándole, a un lado y otro, un gorriocito grueso y con más mirar de viejo que pájaro alguno del mundo, y un paño blanco, esos paños, con algo de sudario y de mármol, a los que tan aficionado era Luis Arellanos.

Constanza había deseado aquel cuadro, desde el primer día que lo vió en la Exposición, como se puede desear el agua en el desierto o el amor de la persona amada. Había, en el Gabinete de Estampas del Museo de Arte Moderno, los días de aquel año que expuso Arellanos, más cuadros y dibujos del mismo. Pero ninguno tenía para Constanza aquel vibrar de sangre misteriosa.



Entre los dibujos, que cantaban melodías misteriosas y eran ventanas abriéndose al infinito, se paseaba, preocupado, un aficionado auténtico. Se saludaron cordialmente. Constanza le tenía simpatía. Había sido alumna de él. Le hacía gracia el ingenio acre del coleccionista, y él la estimaba como escritora. Hablaron de Luis, de su enfermedad y de su genio. El profesor comentó preocupado:

—Debo comprarle dos cosas... Esta España es terrible, dura y cruel con el verdadero artista...

Mucho más terrible de lo que usted cree aun en sus peores augurios, señor coleccionista. Aquella tarde de la Exposición Constanza entró en el café de las Letras haciendo un canto de los cuadros de Luis Arellanos. Salió al paso la lengua venenosa, la dentadura mellada de la envidia. Constanza afirmó:

—Hay algo extraordinario... Una palpitación especial. Ante los cuadros de Luis se siente un mundo distinto. Es como si levantásemos una punta de la misteriosa cortina del infinito...

—¡Bah!... Sensaciones enfermizas ante pintura enfermiza, de tuberculoso... Está muy mal en ti que sientas eso... Una chica sana...

Quien hablaba así era un pintor discreto. Sonreía con aire de caballo bueno, mostrando unos grandes dentarrones amarillos, de forma alargada, escindidos en cadena por el centro.

Y el pintor era mal compañero, a pesar suyo, por prejuicios saludables. Sin pensar que él mismo, al hacer los astrosos y poéticos héroes de sus ilustraciones, pintaba la herencia de genio y locura, que algún abuelo poco saludable le había legado al par que la fea dentadura.

Vinieron después comentarios peores.

Sobre los cuadros de Arellano había caído el polvo y el excremento de la envidia, y ahora, en el preciso momento en que Constanza le recordaba en el hall del Plaza, todo se había convertido en cremas y polvos de pulir, y se pensaba en hacer una monografía—«tan necesaria», decían los compañeros que en vida le tiraron al degüello—sobre la obra del pintor. Acaso la escribiera Constanza misma. Pasó el tiempo.

V

Como es lógico, la muerte del pintor había sido muy criticada. Como todos los desafortunados, había sido por su culpa. ¿A quién se le ocurrió dejar el horrible sanatorio oloroso a creosota y a escupitajo denso?

Era difícil explicar a la gente que para morir también hay que tener elegancia, y para vomitar los pulmones, también se necesita estilo. En la casa del guardabosque, amplia y llena de garbo campesino, la gente y sus ropas eran elegantes, como en cuadro de primitivo castellano. Luis había muerto, asesinado de belleza, ante un atardecer verdaderamente fabuloso en carmesíes, malvas y oros encendidos. El atardecer que para su tránsito le preparaba desde el cielo Pedro Berruguete, pintor castellano, desde hace cinco siglos, muy en favor con los santos, especialmente por intercesión de Santo Domingo, a quien supo vestir, como ninguno, con puros blancos y luminosos negros.

Luis agonizando. En la semana de su agonía, Constanza, por los estudios amigos, con el cuadro a cuestas, como una pequeña cruz de amistad, buscando compradores, direcciones de ellos, para el cuadro del pintor. Puesto que se lo había regalado, ella podía vendérselo y darle luego aquellos miles de pesetas.

Nadie compraba ni sabía señas. Sólo el viejo bohemio de rostro lavado por todas las decepciones e impetencias de la vida recordó un nombre:

—Fulano... Es generoso... Tiene dinero... Y al cabo, Arellanos fué amigo suyo... Fulano está en la obligación...

Fulano era un sabio de talento, generoso y distraído hasta términos, en él casi habituales, de darse la loción para el pelo y contra la calvicie en la barba, y el tónico para después de afeitarse, en la calvicie. También llegaba a los otros—extremos algo originales—de lavarse con gaseosa cuando había restricciones de agua y de resolver el arduo problema de casarse con una de las dos mujeres de las que estaba enamorado, eligiendo a una tercera que le importaba un camino. Equilibrio de pasiones llamaba a esto él...

Como era generoso, a su manera, invitó a Constanza y a su amigo a un buen resaurant. El bohemio comía despacio, masticando cuidadosa y concienzudamente, como persona que ha padecido años de hambre crónica y sabe el valor de cada átomo de alimento. Constanza, con el estómago encogido por el temor. Le parecía que cada bocado de champifión era algo que se distraía del posible dinero de Arellanos. A la hora de los licores, Fulano accedió a ver el cuadro. Y dictaminó:

—No me gusta... No, no puedo comprarlo... No me gusta... Pese a lo que recuerda el bohemio, es imposible que este pintor haya sido amigo...

Constanza, con los ojos enrojecidos de llanto rabioso, que no llegaban a brotar, envolvió su tesoro. La decepción tenía su lado bueno. Lo aprovechó.

—Estaba yo segura que éste mentía—éste era el viejo que comía aun con desgana, con úlceras en el estómago y el alma—. No es amigo vuestro. Con vuestra estética rastacuera y nauseabunda...

Fulano preparaba una argumentación monolítica, de buen papanatas. Constanza cortó, corriendo con la mano un imaginario telón. Respiraba contenta al darse cuenta que Arellanos, ni en la expresión y contenido de artista, pertenecía al clan de los vulgares.

Al día siguiente tuvo un momento de arrepentimiento. Se dió cuenta de que había estado grosera con Fulano, que al cabo era hombre generoso, y con el pobre bohemio, tan viejo e inútil que ya tenía la espina dorsal partida por sus años de miseria, y carecía de alimento para escapar del engranaje del fracaso. Si ella hubiera insistido no la habrían comprado el cuadro, pero al menos la habría dado unos miles Fulano para que Arellanos se cuidara un poco mejor. Con algo de náusea se dirigió al teléfono. Sí, suplicaría a Fulano, por el pintor, lo que era necesario.

No lo fué. Iba a levantar el receptor cuando surgió el timbrazo. Era un mecenas marchante avisando la muerte de Luis. De paso murmuraba contra la incompetencia económica del artista, sus exigencias, etc. De paso se frotaba las manos. Pensaba cuánto haría subir en la bolsa de los compradores el fallecimiento del pintor, todos los cuadros que aun se podrían vender. Sin contar las necrologías, género periodístico verdaderamente extraordinario en España.

Constanza casi se sonrió, de júbilo mal disimulado, cuando el marchante confesó, pasadas unas semanas que la Prensa había estado algo dicharachera, al ser tan parca en necrologías con el malogrado artista.

VI

Y ahora todo había pasado: marchante, bohemio, mecenas, Fulano. Todos iban ya para viejos. Sombras borrosas y dimitidas, frustradas en sus ambiciones a medio camino. Muertos, o peor que muertos. Medio vivos.

El único que seguía en pie era Luis Arellanos. Ya llegaba la hora en que se ocuparían seriamente de su obra. No estaba solo palpitante en el cuadro que regalara a Constanza. En el frutero escapado del aparador de Esculapio. En los limones hechos con senos de gitanas. En los pájaros trágicos y el cielo derramado de sangre. Sí, estaba en todo eso. Pero también Constanza lo sentía, cuando se asomaba al balcón a ver el paisaje, de aquel «bodegón con paisaje», que hiciera Luis. Ahora, en el cielo, había descubierto toda la razón del número de oro. La pintura no es más que un fragmento de la gran armonía universal. La pone colores, y la para. El cuadro que tenía Constanza se había resquebrajado en ocres y negros. Como todos los pintores—a la cima Leonard—que habían buscado un método propio y duradero, el tiempo se había reído de estas investigaciones. Sólo quedaban libres de la retícula trazada por las variaciones atmosféricas el frutero, el pájaro, los limones y el paño. Parecía simbólico. Como si el tiempo no se atreviera a las cosas en las que vibra una vida particular y propia, ya sea palpitante, como en unos limones y un ave, ya sea conseguida por la mano y el arte del hombre, como en un paño y en un recipiente de barro.

Un crítico de arte había visto el cuadro y creído, admiradamente, que la retícula de resquebrajadas había sido obra puntillista de Luis Arellanos. Constanza había reído, asombrada, de la equivocación del crítico. El lo había tomado muy mal.

aunque era hombre negado para la belleza en general y particular, como demostraba el color de sus corbatas, el corte de sus trajes y la forma vagamente humana de su mujer. Pero tenía tanta fama que había conseguido vivir de eso.

¡Bah!... Pinceladas mal dadas... Colores torpemente manipulados, que luego estropea y borra el tiempo. El crítico y los hostiles a la obra de Arellanos. Por un momento Constanza sintió la angustia de no haber posado para el retrato, de no haberse eternizado para su momento.

Aunque entonces no valía la pena ella, la retratada. Ahora, que había vivido y el receptor del alma se le había ido colmando, tenía dentro la música suficiente para que la retratase Luis Arellanos. ¿Por qué no viviría él?

VII

Ya no había ninguna duda sobre Arellanos y la valía de su arte. La muerte le había ungido su gracia. Los amados de los dioses mueren jóvenes. Hará siglos, y aun milenios, cuando la humanidad adoraba hermosuras divinizadas en mármol blanco, dos jóvenes hermanos fueron extremadamente piadosos con una diosa. Agradecida, ella se presentó a la madre y la preguntó: «¿Qué quieres para tus hijos?» Pensativa y honesta repuso la matrona: «Lo que tú puedes concederles de mejor, diosa.» La diosa reflexionó un instante y ordenó a la madre: «Di que vengan esta noche a dormir a mi templo.» Así hicieron los dos piadosos hermanos, y la luz del alba los miró muertos, en el mejor momento de su belleza, junto al altar de la diosa. ¿Qué harías tú, Luis Arellanos? Acaso competencia a San Lucas, y pintarás en el cielo retratos de la Virgen y aun de Santa Ana. Mimoso, como todos los enfermos, te acercaras al Hijo de Dios y le dirás, sonriente presumido:

—Verás, Jesús, ya sé que es tu Madre... Pero a mí me quiere tanto como si fuera su hijo. Y dado que yo soy simplemente un pintor que se afana por la gloria, es...

Jesús reconocerá la ingenua presunción de ser ellos siempre los más queridos, que tienen todos los ataques por el optimista bacilo de Koch. Se dará cuenta de cómo Luis quiere hacerle sentir un poco de envidia. Y sonreirá. Porque si hacemos caso a San Agustín, que entendía mucho de estas cosas, los mártires resucitarán a la gloria de Dios con sus heridas, pero transformadas en deslumbrante hermosura. Y la enfermedad de Arellanos, y su martirio de vocación por el arte, y su designio de vestir de decoro la pobreza, son herida sublime recibida en el servicio del arte. Que es el artista, creando mundos nuevos el que canta más la semejanza divina del hombre.

Y el Señor sonreirá:

—Anda, Luis, vete... Puedes pintar a mi Madre... Pero sácamela hermosa con su rostro de adolescente pura, tal como hizo Miguel Ángel...

—Claro, claro—dirá Luis.

Y se irá, muy contento, a preparar sus colores brillantes, y los pinceles que ya le han lavado, con agua de ángeles, los serafines. Se irá contento, bien peinado y mejor vestido.

La Virgen María vendrá presurosa, recogiendo con su gracia de pudor las faldas celestes. Está un poco sofocada.

—Hijo, Jesús... Tengo prisa... Arellanos está loco por hacer un retrato... Pobrecillo... Es tan bueno... Y tan necesitado de cariño...

Por la frente del Señor pasara, en pensamiento, un pedacito de tiempo pasado. Se dará cuenta de que su Madre tiene la misma sonrisa de la hermanita de la Caridad, de los pocos seres que supo ser bondadosa y maternal con un pintor enfermo. Sonreirá, perdonando la miseria de la caridad humana.

—Vete, Madre... Está muy orgulloso por hacerte tu retrato...

* * *

Bueno, Constanza no está muy segura de que pase justamente esto. Porque ella es mortal, y sus ojos y sentidos saben poco del mundo de detrás de la vida. Pero está segura que es algo parecido lo que ocurre en el cielo. En la tierra... Poco de pensar. El libro que va a salir. La obra genial del artista ya reconocida, ungida del prestigio de la muerte.



DE FERIA EN FERIA



Más de doscientos pueblos catalanes celebran su fiesta mayor el día 15 de agosto

LA VIRGEN PIDE MÁS DE DOS MIL MUSICOS

Las "collas" de habaneras son, otra vez, pieza irremplazable

LOS "CASPOLINOS" Y "DIDO" LLENAN TODAS LAS PLAZAS

EL folclorista catalán Amades —un hombre que además de sabio es ameno y sencillo— sostiene que un eievadísimo tanto por ciento de las fiestas mayores de esta región son de origen pagano. Parece como si la propia fiesta de San Juan fuese una reminiscencia de las fiestas antiguamente celebradas durante el solsticio de verano. El sol, grandísimo maestro del viejo paganismo campesino, recibía en las fechas veraniegas el homenaje de las tierras labradas.

Es cosa archisabida que la Iglesia luchó contra los resabios paganos, transformando las viejas tradiciones. De ahí que casi todas las «festes majors» coincidan en el mismo trimestre, el trimestre solar por excelencia. De pronto se hace difícilísimo explicarse, porque los santos cuyas festividades caen en otras épocas del año no gozan casi nunca de veneración municipal en parte alguna. Los santos de diciembre, de enero, de febrero, tendrán sus devotos particulares como el que más. Pero a la hora de preguntar qué pueblo, qué parroquia los venera un día, o dos, o tres al año—con oficio y sardanas y todo lo demás—, no se obtienen respuestas consoladoras.

Todo lo más, hay pueblos con dos santos patronales, es decir, con rector y vicario en la embajada celestial. El rector suele ser el santo de verano, el que aclara la voz de las chicharras, el que nutre los campos de melones, el que llena de un suave bordonero insectil las horas vesperales del regato. A éste se le tributa una fiesta mayor como Dios manda; el segundo recibe un obsequio modesto: una misa cantada o una simple audición de música folklórica...

Esas fiestas mayores de segun-

do orden—fiestas menores, fiestas relativas—son de una modestia franciscana. El subpatrón local recibe algunas flores inverniazas. Mientras dura el oficio suena la tos asmática de los payeses viejos. La campana redobla sobre paisajes fríos, resbala sobre un témpano casi lunar, escarchado, lamido de carámbanos, festoneado de árboles dramáticos, desnudos. El día suele ser festivo. Con suerte, luego de celebrada la audición de sardanas, habrá un poco de baile en un local cerrado.

FIESTAS Y FIESTECITAS...

En Barcelona se edita, año tras año, la «Guía del feriante», publicación muy arraigada, bastante exacta, en la que vienen anotadas todas las fiestas mayores, las fijas y las móviles. Al pasar esta última palabra por el carro de la máquina de escribir me acuerdo de las fiestas cuya celebración no tiene nada que ver con el santo local. Esas fiestas suelen ir vinculadas con las fiestas litúrgicas de primavera, con las «Virgenes» de agosto o septiembre, o también con las semanas de un mes determinado. El pueblo de Llansá, por ejemplo, decidió últimamente prescindir de razones tradicionales, considerando las estrictamente monetarias, y, en vista de ello, señaló el tercer sábado de agosto para la iniciación de sus festejos. De tal modo se evita que la fiesta mayor caiga en un día laborable.

DOS CIENTAS FIESTAS EN UN SOLO DIA

Usted puede leer en la «Guía del feriante» la extraordinaria lista de las fiestas mayores cu-

ya celebración empieza el día 15 de agosto, festividad de María. Creo que un día las conté y pasaban de doscientas. Doscientas fiestas piden, por lo menos, doscientas «coblas». Ya les dije en mi carta número uno de esta serie que sólo hay ciento diez o ciento quince agrupaciones musicales de esa índole. Por lo tanto, es asunto incuestionable que el día 15 de agosto, en Cataluña, faitan músicos. He preguntado a varios conocidos cómo se resuelve el problemita. Parece que en tal día trabajan los artistas jubilados, y los que aprenden, y los que nunca aprenderán... El Sindicato adopta una cimbreante flexibilidad, hace la vista gorda... Lo celebren. La Virgen pide más de dos mil músicos en su fiesta. Y Cataluña se afana para que no falte uno. Claro que los pueblos pequeños tienen que arramblar algunas veces con formaciones mteóricas, sin nombre, compuestas por ancianos venerables, por jóvenes imberbes. La música que emiten estas agrupaciones totalmente, íntegramente improvisadas, es, sin embargo, digna. Contribuye a esa dignificación el amor propio de los jóvenes, el oficio de los ancianos, el calor, el deseo de bailar, el colorido de las ropas que llevan las muchachas campesinas.

No hay nada tan frondoso, tan bonito, tan pintiparado, tan deslumbrante como un conjunto de seis o siete payesuelas bailando una serdana en la plaza de Salitja, por ejemplo, a las cinco de la tarde y a unos cuarenta grados a la sombra. Las mujeres del agro catalán suelen ser rubias, de tobillo tenso, y al vestir necesitan colores absolutos: rojo, verde, amarillo... Luego—una vez casadas—les entra el misticismo de los colores grises. Ya en su



Baile en un entoldado, según el pintor catalán José Ramus, con residencia en San Francisco de California

madurez adoptan casi todas los colores oscuros, como si presintieran la viudez.

Los jóvenes paveses han ido mucho al cine, y se les nota. Moda que salta, moda que ellos cazan. Las ropas color «Ike» producen ahora un furor absoluto. Cataluña es un sitio de influencia turística, como usted sabe, y el turismo nos ha traído esas modas vibrantes, casi eléctricas, de la corbata Truman y la camisa loca, a lo Dalí. Ver a un joven payés vestido como un caramelo —rojizo él, de manos grandes, zopas— constituye un asunto refrescante, embriagador, en especial si ese joven payés se ha perfumado con colonia de esa que venden los tenderos de pueblo...

LOS FERIANTES

Sin orden ni concierto—como siempre—paso a hablarle a usted ahora del feriante. El feriante es un nómada tranquilo, de fiambra, que se sabe los trenes de memoria. Posee un barracón—o dos—y unas «barcas voladoras», o un «carrousel», o alguna churrería. Empieza su trabajo a principios de junio y termina a primeros de noviembre. Labora como las hormigas, en verano. En invierno es co-

rriente que se retire a un pueblito interior, donde tiene una casa y un huertecillo. Cría entonces gallinas y se pasa las tardes repintando las dianas y machacando piezas. Si le sobra dinero acomete la empresa de construir un nuevo barracón, que ha de ser para el hijo.

FERIANTES RICOS...

Existen algunas familias que se han hinchado de ganar dinero, como los «Caspolinos», por ejemplo, unos aragoneses incubados en Caspe que hoy poseen millo-

nes invertidos en norias gigantes y en grandes parques traslumantes de coches eléctricos. Los «Caspolinos» son la aristocracia de los feriantes catalanes. Viajan en grandes carromatos lujosísimos, como los holandeses de las máquinas «Bumper», y suelen controlar varias fiestas mayores a la vez. Un «Caspolino» jefe inspecciona el negocio en automóvil, moviéndose de pueblo en pueblo. La organización que llevan es vasta y complicada, gigantesca. Ganan miles de duros en billetes pequeños, lo cual es una forma pintoresca de hacerse millonario.

Otro feriante «grande» es «Didó», el artista de las polichinelas. «Didó» recorre año tras año los pueblos y ciudades más importantes de la región en compañía del «Diablo» y del héroe «Guignol», que aquí, entre nosotros, usa barretina. Más de cien personajes acompañan al viejo «Didó» en su ruta anual por Cataluña. Su barraca—pintada de blanco y verde—es buscada por niños y mayores. Los personajes de «Didó» no comen, pero piden ensayo, mucho ensayo. El artista, con su mujer, invierte los largos inviernos en ensayar las piezas de su «teatrino»—todas de gran moralidad—, en las que siempre, pase lo que pase termina asomando el viejo «Diablo» en lucha con «Guignol», el campesino bueno. «Guignol» termina con su enemigo y, después, dialoga con los niños sobre la suerte que éste va a correr:

—¿Queréis que le perdone?...

—¡Noooooo!

—¿Queréis que le eche a las calderas de Pedro Botero?...

—¡Sííííí!—gritan con frenesí los niños.

El diablo cae con grande estrépito y asoma entonces una llama de azufre entre el pavor de los mocosos...

LOS PEQUEÑOS «FI-RAIRES»...

Además del feriante acomodado—el cual recorre las fiestas importantes, claro—, existe la morralla, la sufrida morralla de una picaresca, fina, charlatana, formidable; el vendedor de crecepele, el marchante de fajas para obreros y payeses, el ruletista, el

Fiesta mayor. Las calles se adornan de guirnaldas y luces



hombre de las rifas, el moro solitario de la débil sonrisa, el tunante del truco, el pintor de molinos y barcos, el caricaturista, el viejo «minuterero» con el tripode anclado sobre un fondo teatral, lleno de aviones... Algunos de estos hombres acometen también las grandes fiestas. Pero la mayoría de ellos acuden a las de segundo orden, en donde logran sus ganancias ante un público fácil, bien nutrido, pronto a caer, embabiecado sobre la propaganda.

El tipo de las barajitas es también una institución. Con veinte o treinta pitos, cuarenta relojos de peseta, un centenar de globos, cincuenta o cien «paypa's», una silla, una mesa y un quilométrico de tercera clase puede vivaquear durante los seis meses de estío. Renueva el género gracias al recadero, come en las fondas tristes y duerme con frecuencia en los pajarés.

No, no se azare usted. Dormir en un pajar es, en verano, un acto delicioso. El campo, por la noche, huele maravillosamente. El cielo suele ser de un azul levemente blanquecino, tocado de color cereza en sus extremos. Se nota que la tierra bulle, que la tierra asimila el calor de las horas diurnas. Cerca—en alguna masada color pan candeal—ladra a menudo un perro. La sangre se suaviza, el cerebro se en calma. Una brizna de paja se nos mete entre pecho y camisa amistosamente, como si fuera parte de uno mismo. Uno empieza a dormirse y nunca acaba. Se duerme por momentos, por minutos. En una alberca próxima croan las ranas, pequeñas como estrellas.

LA SERENATA AL RICO...

Pásese usted por dondequiera—por el pueblo que quiera—y siempre hallará a un rico extraordinario, a uno de esos hombres de los que en Cataluña se dice «que no saben lo que tienen». Cuando en mi tierra un hombre así llega a eso, a «no saber lo que tiene», es decir, a ser, inmensamente rico, a ser un Creso agrícola y rural, el pueblo empieza a susurrarle unos cantos de sirena extraordinarios, fuera de serie, pidiendo el alcantarillado de una calle, o un buen campo de fútbol, o el remozamiento de un camino carrero... Al viejo Ulises no le pedían eso las sirenas, por lo cual su «odisea» terminó bien. Pero al ricacho catalán le gustan todavía esas cantatas, esas serenatas que los «sirenos» músicos de «cobla» cantan—«debajo de tu balcón»—en una noche de la fiesta mayor. Los músicos de «cobla» esperan la propina; los miembros de «la Comisión» anhelan el favor del Creso agrícola; el Creso agrícola—rodeado, aureolado por la admiración del pueblo—mira a su esposa con ternura y la abraza, en mangas de camisa, mientras suenan debajo unos violines, mientras cantan tres músicos una apacible barcarola y la criada, en el comedor, prepara un pisco-labis.

Los músicos entonan con frecuencia aquello de:

«Mira, mira, mira
cuántos buques
se concentran en el mar,
en el mar,
y verás
que mi barquilla
ya no puede naufragar...»

Y uno, de pronto, mira, mira, mira y no ve un solo buque, sino campos y campos y montañas... Pero uno no entiende en serenatas rurales ni en nada decididamente poético. El Creso, en cambio, aspira el aroma del campo y se pierde en miradas al infinito. El mar, sin duda, debe estar a su alcance. Y al alcance del pueblo está el campo de fútbol o el alcantarillado...

MAR Y TIERRA

Perdone usted esta mi tendencia a hablarle de la zona escuetamente campesina, es decir, de la zona interior de Cataluña. Los pueblitos del mar, con ser tan bellos, tan de mi gusto personal, no han influido tanto en el gran desarrollo de la región. El meollo de nuestra laboriosa burguesía, el origen de nuestra serenísima aristocracia, proceden del terruño. El hombre del terruño es menos ingenioso, menos amable, menos latino, en fin, que el pescador. Pero, con todos sus grandísimos defectos, es de una enorme calidad humana. Cuando el payés emigra cien kilómetros y se va a una ciudad pequeña o grande, ya puede usted afirmar que dentro de cien años se habrá formado un clan familiar valiosísimo. Los grandes médicos, los grandes arquitectos, los grandes industriales catalanes proceden casi siempre de estas tierras desde las cuales, por muchas barca-rolas que se canten, es imposible divisar el mar.

Es preciso afirmar ahora, en contrapeso, que el pueblo catalán es de una intensa tradición marinera. Los reyes catalanes fueron grandes gracias a sus barquillas desplegadas en el Mediterráneo. Ahora, salvo en tres o cuatro pueblos de la costa norte, la vida marinera es más bien fácil. El turismo, en verano, enriquece los pueblos de la costa. Lugares como Sitges, como Salou y Tossa y Cadaqués se transforman en puntos de gran hotelería multitudinaria. En Tossa, por ejemplo, todo lo que antes eran salazones son ahora restaurantes. En todos los pueblitos marineros es frecuente oír hablar en dos o tres idiomas por las calles.

Entre el mar y la guerra de Cuba y otras cosas difíciles de desbullar, los pueblos de la costa han mantenido siempre unos conjuntos originalísimos, unos grupos corales formados por los pescadores: los grupos de «cantaires» de habaneras.

LAS «COLLAS» DE HABANERAS

Los grupos de Masnou, de San Pol, de San Feliú y de Calella de Palafrugell son extraordinariamente buenos. Esos grupos cantaban, años ha, por puro pasatiempo. Ahora su arte es cotizado por los turistas y por los veraneantes, de modo que han llegado a convertirse en pequeños rivales de las «coblas». De noche

los conciertos de habaneras son típicos y usuales en la costa, desde junio a septiembre. He oído a muchas «collas» de «cantaires» y me permito opinar que a mi manera las mejores de entre ellas son la de «El Blau», en Calella, y la de Víctor, el «el Canari», en San Feliu de Guixols. Esta última «colla» ha heredado la tradición establecida por mi abuelo materno, «en Met de cal Rosset», tradición que consiste en no cantar si no hay galletas y vinillo dulce por delante. Suelen cantar en una tabernita del paseo del Mar llamada «de can Seis», en donde acuden los veraneantes que desean contratarles. La «colla» del «Canari» ha empezado a cantar a las diez de una noche y ha terminado a las cinco o las seis de la siguiente madrugada, sin repetir una sola habanera.

El grupo de Calella es muy bueno también. Su comandante, el viejo «Blau», tiene ya muchos años. Parece que le relevará José Puig «l'Hermós», quien en la actualidad es el baritono del grupo. Le acompañan el bajo «Pere» Ferrer y el tenor Francisco Rovira, «de can Batlle». Además de estos «fijos» figuran en la «colla» todos los pescadores que desean acoplarse a las «cantades».

Las «cantades» no se hacen casi nunca de día. Hacia la media noche, al aire libre, se organiza un «cremat»—una quema de ron—a cargo de la parte contratante, y se apagan las luces. Las llamas del alcohol dan a la escena una apariencia fantasmagórica cuando entonan con suma perfección sus finas cosas:

«Ven, Paquita, a mi caña
en medio de un platanal,
que allí te aguarda una fruta
una fruta sin igual...»

O aquello de:
«Si ellas son así,
¿qué voy a hacer yo?..
Todas para mí, todas para mí,
será lo mejor...»

El grupo de cantores de Masnou es muy bueno también. Cantan con buen sentido y poseen un vasto repertorio castellano, bilingüe y catalán. Recuerdo aquello de:

«Quan a Masnou va ésser la
[festa]
per Sant Pere que es el seu
[patró]
el meu promés, tivat com un
[raba],
va Ana a cantar-me sota el
[balcó]
Els seus companys amb ses gui-
[tarres]

feien rotllo el seu voltant
i ell em va dir: «—Si solis esti-
[guéssim]

t'agradaría més el meu cant...»
Antes de saltar a otra cosa
transcribo una habanera bilingüe de circunstancias pagada muchos años atrás por un tal Marcó, de Palamós, que amaba a una esquiwa «Mersenita» (Mercedes en cubanocatalán):

«Ay, Mersenita,
en Marcó t'escucha
y dise
ca ta quiere mucho
pró ingrata
tú le has ulvidadu
da curisón, da curisón, da cu-
[risón...»

Los grupos de «cantaires» de



Una eucaña, diversión típica en casi todas las ferias catalanas

habaneras son otra pieza de la fiesta mayor, una pieza irremplazable. En la costa, la fiesta mayor es continuada. Comienza con los primeros calores y termina muy tarde, cuando se van los «misters» y los «monsieurs»...

«CONCIERTO POR LA MISMA ORQUESTA»...

La música de gran efecto—las piezas de concierto sobre motivos zarzueleros, sobre arias de ópera—agrada a payeses y pescadores. La «cobla-orquesta», en la fiesta mayor, viene obligada a ofrecer un concierto por la noche terminada la cena y antes de principiar el baile.

Lo indican los programas: «Por la noche, en la terraza del «café Tal», concierto por la misma orquesta».

Y por la noche, en la terraza del «café Tal», no cabe un alfiler. Si el pueblo es pequeñito, el dueño del café, que se ha pasado un año entero matando moscas con una pala, en espera de clientes, no está preparado para sacarle todo el jugo a la invasión. El ha pagado una discreta cantidad para lograr que soplaran los músicos precisamente en su terraza, con lo cual se asegura un buen negocio. Dispuesto a cuidar ese buen negocio, ha contratado a su cuñada, y a la prima, y a la chica de Teresa, y a la misma Teresa para andar como locas detrás del mostrador. Después ha obtenido el auxilio de un camarero nómada, de uno de esos camareros —llamados «camareros fiestas»—que se pasan los meses veraniegos haciendo temporadas de tres días en pueblos siempre diferentes. El camarero nómada suele ser hombre dado a la práctica de muchos oficios. Es camarero porque sí, porque tiene chaqueta blanca y corbatín. En cuan-

to sale este hombre de incursión con la bandeja, el dueño del café empieza a temblar. Llega a una mesa, empieza a destapargasecas sujetando los cascos entre las piernas, suelta un taco, se pone a derramar sudor, se equivoca al servir; le piden otra cosa y—antes de olvidarla—reclama con presteza:

—Páguenme ahora. No vaya a ser que luego me haga un lío...

Terminada la cena, las familias del pueblo acuden en tropel a la terraza del café. Los hombres del terruño—o los pescadores, si el pueblo es marinero—se distinguen de los veraneantes por la pechuga. Los veraneantes aprovechan sus vacaciones para librarse del asfixiante uso de la corbata. Los del terruño—o los pescadores—suelen encorbatarse excepcionalmente, angustiosamente, por una sola vez al año.

En el café—en el «café Tal», en el café favorecido con el concierto—suena un largo, monótono preludio compuesto de ruidos multitudinarios, comerciales: ruidos de vasos, cucharillas, palmas, pasos, cajonazos, sifones, calderilla, palabras... Un feriante sortea las dos ricas botellas de champán de mesa en mesa. El camarero pasa a bandejazo limpio. El dueño empieza a buscar sillas: las de su comedor, las de su propia alcoba, las de la alcoba de un vecino. La dueña, en el mostrador, anda desesperada porque a un veraneante se le ha ocurrido pedir dos raciones de almendras, lo cual no estaba previsto en absoluto. Los pollos tomateros no abandonan la barra, porque la hija de Teresa—y la misma Teresa—son flores de buen ver. Hay un batiburrillo de sudor bajo la luna pálida.

Viviendo su gran noche en el café, las madres de familia titubean ante el camarero:



El vendedor ambulante atrae hábilmente al comprador

—¿Qué va a ser?—pide éste con la vista clavada en otra mesa.
—Café para nosotros, con gaseosa...—dicen los hombres.

¡Café con gaseosa, es decir, «un soldat»!... El camarero piensa: «Tres «soldats»...

El niño que estudia en Figueras pide:

—¿Tienen «Cointreau»?

—No.

—¿Y mantecado?

—¡No!...

—¿Y vino de «La monja»?

—¡No!...

—Pues deme otro «soldat».



Cuando llega la hora de bailar, la «colla» empieza a saltar

Llaman al camarero en la mesa contigua, y éste grita:

—¡Ya voy, ya voy!...

Ahora les toca el turno a las mujeres. No se deciden:

—Yo no quiero café porque me quita el sueño.

—¡A ver, a ver, que tengo prisa!—señala el camarero—. ¿Qué desean tomar? ¡Decidanse!

Las mujeres se miran. Van al café una vez al año o dos. Es cosa de gozarlo concienzudamente.

—¿Tienen bebida frescas?

—Sí.

—¿De qué clase?

El camarero, con el alma en la otra mesa, recita de memoria, en la seguridad de que aquello ha de terminar en simples gaseosas:

—Limónada, horchata, sidra, orange, jarabe y gaseosa...

—Horchata, ¿de qué?

—De cañía.

—Píntame la de almendras.

—Se acabó. Ya no queda. ¡Ya voy, ya voy! ¡Paciencia, paciencia!!

—¿Tienen jarabe de manzana?

—Sí.

—Buena, pues deme... tráigame una gaseosa.

—Y a mí otra.

—Y a mí...

—¡Voy!...

Pronto serán las doce. Han llegado los músicos en grupos. Pasan niños entre las mesas recogiendo los tapones metálicos de las inevitables gaseosas. Una ráfaga de aire fresco aromático, recorre la terraza. Y una vieja con medias negras y abanico cuajado de dibujos murmura:

—Nos vamos a constipar todos.

El aire huele a café con gaseosa, a «permanente», a churros, a humo de tabaco. Las muchachas,

en blusa, exhiben la blancura de sus brazos, que nunca han visto el sol ni desean verlo. (El sol es su gran enemigo, el enemigo de su belleza tipo medallón, antigua, clara.) Los hombres hablan de obligados de fisco; el camarero cuenta los «soldats» de un encargo; el dueño piensa que ya puede llover.

Sobre la medianoche, los músicos empiezan a templar. Suenan unos metálicos gañidos que se deshinchán. Los violines rechinan. Hace calor, mucho calor, un calor pegajoso. Lejos, a filo de montañas, descarga una tormenta aparatosa, zigzagueante, que terminará en nada o en poca cosa. Descarga cerca un trueno grueso, feo, emitiendo un ruido de madera, como de troncos descargados de un cario.

Al fin asoma—en el tabladi— el músico maestro, el director, con la batuta a punto. Le saluda un murmullo respetuoso. Se cae una cucharilla, entre síseos. El director es delgadillo, calvo, de nariz afilada. Los músicos le miran. El de la batería cuida esta vez del piano. El trompeta—que ha de ser la «vedette» del vals rodado—se desabroca el botón del cuello de su camisa. Hay un momento de silencio impresionante—de silencio sin tos— durante el cual—como en un reto—el director y el hombre del contrabajo se miran de hito en hito. El hombre del contrabajo parece que está al cuidado de un instrumento tonto, de un instrumento que no sabe tenerse solo.

El camarero deja de servir «soldats» y afila el lápiz de las cuentas solemnes. El dueño deja de pensar en la prosa de los números y se acerca a gozar del gran concierto.

De pronto el director—con cara de pequeño enfado—levanta la batuta. Antes (hay que especificarlo todo) se ha vuelto para anunciar:

—«Fantasia de la Verbena de la Paloma»...

Y empieza, pues, la «Fantasia». Las «coblas» son, en general, muy buenas, extraordinariamente buenas—compuestas casi todas ellas de músicos profesionales—, y, por tanto, sus piezas de concierto resultan de una gran calidad.

Lo único que difiere en el conjunto—la única nota de escaso valor técnico—es casi siempre el vals final de los conciertos. Los pueblos necesitan ese vals, que es una especie de exhibición de labio y pecho a cargo del trompeta. El trompeta ha de hincharse como un globo, ha de rizar el rizo, ha de batir los récords del año pasado sea como sea. Muchos payeses cuentan los segundos que tarda un buen trompeta en quedar sin resuello. Puede decirse que en los momentos más sublimes, más duros del agudo de este hombre no respira ni un cliente. Si el trompeta es un hombre de sangre pronta y enrojecida en seguida y sabe incarse sobre su instrumento, como es una agonía de verdad, el entusiasmo general será estridente, sincerísimo, deportivo. No creo que hayan conocido los toreros ese entusiasmo pulmonar, cardíaco, labial, contagioso y trepidante de que los «grandes» del trompetismo catalán son objeto en los pueblos a la hora del concierto.

Quisiera referirle a usted otros detallitos, pero he llegado al tepe de estas crónicas.

Jaime POL GIRBAL



RAFAEL AZCONA

habla sobre su "repelente niño Vicente"

ANTES DE "METERSE" A HUMORISTA PASO DIEZ AÑOS HACIENDO VERSOS TRISTES

SU GRAN AFICION FUE SER TORERO

¿SABES que en mi oficina hay un «repelente niño Vicente»? ¿No habes que en mi colegio hay un «repelente niño Vicente»? ¿Ves ese niño? Parece el «repelente niño Vicente». ¡Estás hecho un «repelente niño Vicente»!

Y así es cómo Rafael Azcona ha introducido en los tranvías, en el seno de las familias, en las oficinas, en los colegios y en las jardines, en los cafés y en las piscinas la imagen de ese niño cabezón y estirado, sabihondo y aguafiestas, que tanto horror nos inspira.

El «repelente niño Vicente» no es ni bueno ni malo, ni alegre ni triste; es principalmente el prototipo del niño cargante e inaguantable. El haber hecho la estampa de este niño que todos nos hemos tropezado alguna vez en una visita o a la salida de misa de doce, muy cogidito de la mano de su tío, es lo que le ha dado tanta popularidad al libro de Rafael Azcona. Este libro no necesita ser bueno ni malo, ameno o aburrido. Ahí está, en su portada, el niño Vicente, con su cara de huevo frito y con su globo terráqueo; ahí está el título, pegadizo, acertado, codornicesco. No se necesita más para el éxito. En todas las mentes está ya

Rafael Azcona, un humorista de la generación de «La Codorniz»

Retrato que el repelente niño Vicente dedicó a su tía, y que nos lo muestra haciendo un a donosa exhibición de sus conocimientos



el «repelente niño Vicente», aun en la de aquellos que no han leído el libro.

El mérito está en el acierto y el hallazgo de este personajillo, que, a fuerza de memez y eutrapelia, educa y divierte.

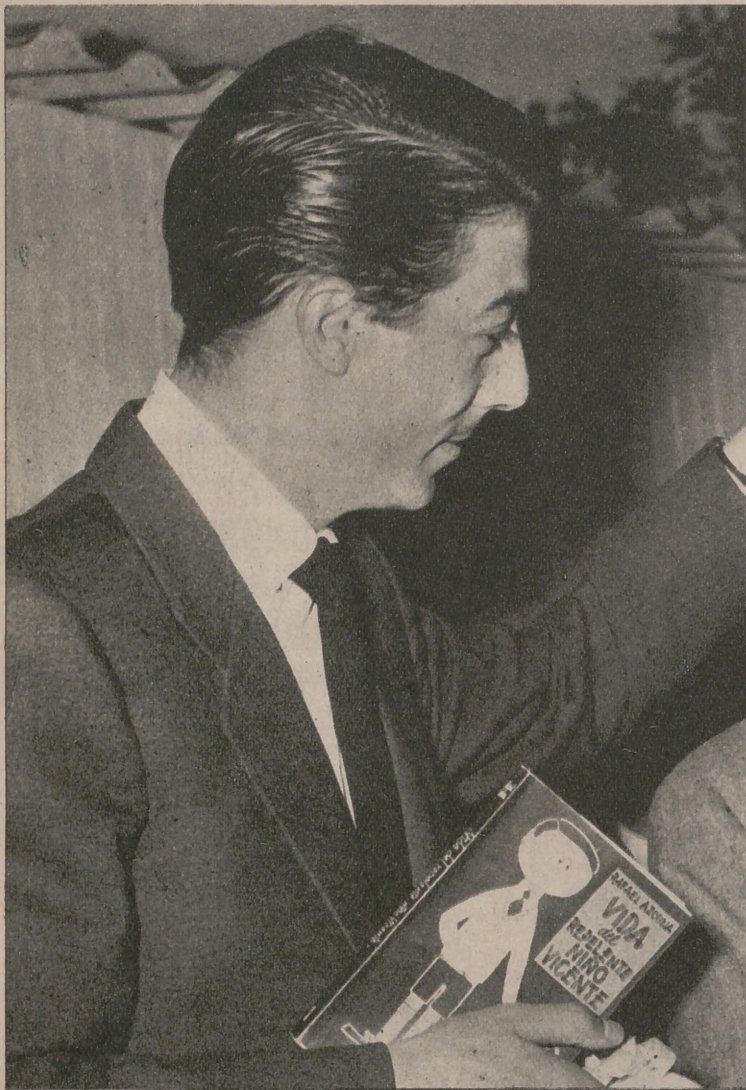
RAFAEL AZCONA CON EL HUMORISMO SE VA DEFENDIENDO

Rafael Azcona es un joven que no pasó del primer año de bachillerato—allá en Logroño, de donde procede—; que estuvo en la Escuela de Comercio, y dijo «fin»; después se colocó en las oficinas de una empresa de construcción y se salió porque se aburría mucho; entonces empezó a leer y descubrió a Baroja. Qui-

zà fué Baroja quien despertó su espíritu de vagabundo y se vino a Madrid en el año 1951. Tenía entonces veinticinco años.

Al llegar a Madrid se colocó en las oficinas de una carbonería, de donde salió negro. Pasó a conservador de una residencia, donde tenía que desembozar lavabos y tuberías y clavar alguna que otra punta; como todo esto parece que lo hacía bastante mal, y además siempre se prospera, lo pasó el dueño a la recepción del hotel. Parece ser que eso de besar la mano a las señoras lo hacía muy bien.

De allí salió para colaborar en «La Codorniz», donde comenzó la gestación de su repelente niño.



«Todos somos alguna vez, aunque nos duela, un poco niños Vicentes», dice Azcona a nuestro compañero Castillo Puche

—¿Tiene fama de divertido y chistoso?

—Pues, no, en absoluto.

No podía ser Rafael Azcona una excepción. Los humoristas son siempre unos tipos tristes y algo fúnebres.

—¿Has escrito algo que no sea de humor?

—Me pasé diez años haciendo versos tristes porque estaba muy enamorado.

—¿Es que no eras correspondido?

—Durante mucho tiempo no me atreví a decirle nada. Cuando, al fin, me declaré, era tarde. No quise seguir rimando «corazón» con «pasión» porque, aunque sea bonito, es inútil.

—¿Entonces empezó a escribir cosas de humor?

—Me hice humorista para deshacer los rипios de la Naturaleza.

—¿Escribe de las cosas que le dan risa?

—Creo que sí.

—¿Qué es lo que le da más risa?

—La importancia que nos damos los hombres.

—¿Qué piensa del humor?

—El humorismo está desprestigiado; pero yo creo que tiene su importancia.

—¿Cómo definiría el humorismo, aunque sea sólo su humorismo?

—Yo creo que el humorismo consiste en enseñar a la gente a reírse de sí misma sin que se enfade.

—¿Qué humoristas españoles actuales cree más sanos?

—Para mí, los mejores son Fernández Flórez y Mihura. Pero el más grande de todos me parece Cervantes.

—¿Le ha traído algún disgusto el humorismo?

—En España la gente no reconoce el derecho a la bagatela. Y más de una vez he tenido que enfadarme.

—De los humoristas extranjeros, ¿a quiénes conoce y la resultan más simpáticos?

—De los italianos, a Giovanni Mosca.

EL MUNDO ESTA LLENO DE «REPELENTES NIÑOS VICENTES»

—¿Se ha inspirado en algo o en alguien para su niño repelente?

—Existía el precedente de las cartas del niño Juanito, de Alvaro de Laiglesia, y los dibujos de Mingote. Reconozco que los dos me han influido.

—¿Cree que hay muchos niños que se ajustan a la caricatura del niño Vicente?

—Todos somos alguna vez, aunque nos duela, un poco niños Vicentes.

—¿Ha pretendido hacer una sátira?

—En cierto modo, he pretendido castigar públicamente la excesiva cordura y seriedad de algunos niños. Pero, sobre todo, he querido acabar con el tópico de los refranes.

—¿Por qué cree que existen estos niños? Porque lo natural es que el niño sea revoltoso y espontáneo.

—Existen estos niños porque los padres ya los preparan para ser «repeleentes», como sucede en mi personaje.

—¿Cómo construyó el libro, pensándolo antes o como le iba saliendo?

—Yo empecé dibujando al niño, y le puse al pie comentarios largos. Sigo con este método. Primero lo dibujé con los detalles que me salen, y luego comencé la ilustración con todo lo que se me ocurre en el momento.

—¿Tardó mucho en escribirlo?

—Escasamente un mes. Me salió con gran facilidad.

ECHANDO HILO A LA MILOCHA

—¿Está escribiendo alguna otra cosa?

—Tengo entre manos una novela que se titulará «Los muertos no se tocan, nene».

—¿Podría decirme algo del asunto?

—Ocurre todo durante un velatorio. Quiero hacer resaltar con este libro el hecho de que todos nos hacemos más importantes al morir. Por eso le leeré la dedicatoria, que dice así: «A las Pompas Fúnebres, animadoras de esa epopeya pequeñita que todo hombre se gana al morir.»

—¿No ha tentado otros géneros?

—Todavía no, aparte la poesía.

—Y el teatro, ¿no le gusta?

—Sí; también he escrito tres comedias, pero las he roto. Me aburre escribir los diálogos. Sin embargo, tengo otra empezada que se titula «Al fin, casi solos». Probablemente la romperé también.

HUBIERA QUERIDO SER TORERO

Por lo que se ve, Rafael Azcona tiene hilo. Es joven y ya se ha decidido a dejar la burocracia y el hall del hotel para darle a la pluma. Es posible que con el humorismo se consuele de no haber sido torero, que era su gran afición. Pero su padre no le dejó. En cuanto pudo se ha lanzado al ruedo como un loco. Pero quizá era tarde. Sin embargo, Rafael Azcona dice que las mayores emociones de su vida las ha tenido viendo pasar los pitones rozándole. Ciertamente, su aspecto y apostura podían ser la de un torero flamante. Rafael Azcona es un muchacho simpático y, con toda seguridad, la antitesis de un «repeleente niño Vicente».

José Luis CASTILLO

EL LIBRO QUE ES MENESTER LEER

¿SE PUEDE COMUNICAR CON LOS MUERTOS?

Por el R. P. Reginald-Omez, O. P.

UN NUEVO Y VIEJO PROBLEMA.

EL problema es tan viejo como la humanidad: data de la primera muerte humana. Observemos, sin embargo, que no se ha planteado nunca en Francia con tanta actualidad como en el presente. Es cierto que el espiritismo conoció probablemente una época mayor en la segunda mitad del siglo XIX, pero no penetró en los medios filosóficos o católicos como en el «neoespiritismo» francés de hoy: ¿No ha sido introducido éste por los escritos de madame Jouvenel, de madame Montmier, de madame Simone Sinclair y de Gabriel Marcel?

El problema de nuestras posibilidades de comunicación con los muertos ha revestido desde hace una docena de años un aspecto muy diferente de los que ha conocido durante el curso de la Historia. De siempre los hombres han deseado guardar o reanudar con los difuntos el contacto brusca y cruelmente interrumpido por la muerte. Vestigios de este deseo se encuentran en todos los pueblos y en todas las religiones. Durante el siglo pasado se agregó a los diversos móviles de tentativas de comunicación con los desaparecidos una atracción morbosa por lo maravilloso. En los círculos espiritistas se trataba de suscitar, con la ayuda de médiums, fenómenos físicos extraños y turbadores, apariciones de muertos, fotografías de ectoplasmas, contactos de manos heladas, huellas de manos en la parafina, movimientos de los más barrocos sobre los objetos, muebles o incluso personas. Indudablemente a estos espectáculos inquietantes se agregaban supuestas revelaciones, frecuentemente contradictorias y decepcionantes, sobre la suerte de los difuntos, o conversaciones con ellos. Pero el atractivo dominante de estas sesiones era inevitablemente su aspecto asustadizo: la atmósfera de espanto o burlesca tenía, naturalmente, que atraer preferentemente a personas desequilibradas o ávidas de emociones más o menos macabras o hilarantes. Los espíritus críticos o simplemente ponderados se apartaban instintivamente de estas experiencias en las que el papel que se atribuía a los desencarnados aparecía como grotesco o pueril, si no repugnante. Los propios pontífices del espiritismo reconocían lo que había de engañoso y de peligroso en las manifestaciones de los supuestos espíritus.

Actualmente el deseo de entrar en comunicación

EL incremento adquirido en los últimos años por una especie de neoespiritismo que se calificaba de católico ha obligado a las autoridades eclesiásticas francesas a tomar serias medidas con el fin de impedir que numerosos fieles cayeran ingenuamente en esta nueva aberración, tentadora siempre para los espíritus modernos, tan ávidos de novedades y misterio. Naturalmente, el neoespiritismo acaba de recibir una nueva y tajante condena del Santo Oficio, que viene a agregarse a las varias que ya tenía sobre sí el espiritismo tradicional. En el libro que hoy resumimos en estas páginas, el reverendo padre Reginald-Omez, O. P., recientemente publicado, se enfrenta con todas estas cuestiones y con un arte verdaderamente magistral, donde se unen armoniosamente la amenidad y la seriedad, estudia el problema en su conjunto y deja expuesto de manera que no admite la más mínima duda cuál es la opinión de la Iglesia a este respecto, excluyendo como antidogmáticas toda una serie de concesiones que algunos católicos se habían permitido hacer muy a la ligera.

REGINALD-OMEZ (O. P.)—(Peut-On Communiquer Avec les Morts). Librairie Arthème Fayard, Paris, 1955.



con los muertos es infinitamente más respetable y reviste un carácter mucho más serio y atractivo. En nuestros medios católicos franceses, el problema se plantea ahora bajo una forma muy distinta. La supervivencia de nuestros muertos se nos aparece como algo indiscutible. En primer lugar, porque nuestra fe católica, basada en la revelación bíblica, y sobre todo evangélica, afirma que hemos sido creados para más allá de la tierra, para el reino de los cielos, del cual no están excluidos más que los condenados, entregados a la expiación; y también, por innumerables manifestaciones de la protección y de la intervención milagrosa de nuestros santos nos hacen familiar el pensamiento de su presencia invisible pero eficaz. Por todo esto nada más normal y más respetable que la posibilidad de entrar en contacto con nuestros muertos, cuando la sienten de veras aquellos que acaban de perder un amigo. Nada más atractivo que la perspectiva de penetrar en el misterio del más allá, evocando a los desaparecidos, por procedimientos que podrían creerse muy dignos y muy respetuosos de todo lo que la Iglesia católica enseña respecto de los difuntos.

Sobre estos falsos supuestos nadie puede sorprenderse del éxito de las recientes publicaciones redactadas por católicos, que ofrecen a todo creyente la posibilidad de comunicar con los muertos y de recibir de ellos mensajes profundamente consoladores. Católicos, y algunas veces incluso miembros del clero, se han dejado emocionar por estas publicaciones, y sobre todo por la impresión de cartas, conversaciones, intercambios espirituales, reconfortantes y edificantes, «de comunicaciones orientadas en el sentido de un catolicismo perfectamente ortodoxo». Una lectura demasiado rápida e insuficientemente atenta y crítica no les permite descubrir ciertas proposiciones en contradicción manifiesta con sus convicciones religiosas. Y, por ello, vuelven a plantearse otra vez interrogantes ya muy repetidas: ¿es posible y le está permitido a los católicos entrar en comunicación con los difuntos por los procedimientos de las mesas giratorias, del vidrio parlante, de la escritura automática, etc.? ¿Cuál es el pensamiento de la Iglesia católica a este respecto? ¿Cuál debe ser nuestro comportamiento ante la publicación de mensajes atribuidos a los muertos? ¿Podemos aceptar las invitaciones que se nos hacen, algunas ve-

ces de manera turbadora, indicándonos que vayamos a una sesión en donde uno de nuestros muertos nos invita, o entregarnos nosotros mismos a uno de esos procedimientos citados más arriba para relacionarnos con los desaparecidos?

LA RESPUESTA DEL ESPIRITISMO

El origen del espiritismo moderno puede resumirse en algunas líneas. La necromancia y la simple evocación de los muertos con vistas a interrogarles ha existido desde los orígenes de la humanidad. Encontramos huella de la misma, tanto en todas las naciones antiguas como en la Edad Media. La Biblia habla varias veces de ella para condenarla. El espiritismo ha renovado estas prácticas prohibidas, añadiendo una concepción nueva del más allá y de nuestras posibilidades de entrar en comunicación con él. Importa conocer los motivos que han provocado la reacción de la Iglesia católica contra este sistema y su condena formal y absoluta.

El espiritismo data de un siglo. Surgió como consecuencia de un suceso ocurrido en 1843 en los Estados Unidos, que desencadenó un vasto movimiento de investigaciones, experiencias y propagandas y que sugirió múltiples hipótesis científicas, filosóficas y religiosas, que poco a poco dieron cuerpo y constituyeron una enseñanza relativamente unificada.

La cosa ocurrió en la casa del pueblecito de Hydesville, habitada por el doctor John Fox, su mujer y dos hijas: Margaret y Katie, en la que se produjeron los fenómenos clásicos de las casas embrujadas: golpes violentos en los muros, transporte de muebles, brutales caídas de objetos, vajillas rotas, etc. Hasta aquí nada inédito. Pero Margarita, de quince años (otra versión dice que Katie, que tenía doce; nos encontramos en un terreno donde las contradicciones son frecuentes), intrigada por estos ruidos, concibió la idea de entrar en comunicación con el que los producía, para lo cual empezó a dar palmadas. El ruido de la muralla respondía a su invitación. Entonces la madre de la niña pidió al ser misterioso que contase hasta veinte, cosa que hizo. Entonces agregó: «Si eres un ser humano, da un golpe.» Silencio. «Si eres un espíritu, golpea dos veces.» Entonces resonaron dos golpes.

A partir de este momento se inició una conversación a base de golpes. Luego hubo una revelación sensacional. El espíritu se presentó como un viudo, padre de cinco hijos, que había sido asesinado por un antiguo inquilino de aquella casa y enterrado en la cueva. Investigaciones realizadas creyeron descubrir entre la cal el carbón y otros restos diversos un pequeño manojito de cabellos y fragmentos óseos, que se atribuían a un cráneo humano. La Policía, desde luego, no intervino en este asunto... La resonancia de este acontecimiento macabro e inquietante se propagó con la rapidez que puede imaginarse. Toda Norteamérica conoció bien pronto este descubrimiento cautivante y maravilloso que daba la posibilidad de comunicar con los muertos. Los Fox, sobre todo las muchachas, se hicieron los apóstoles de estos procedimientos y de las revelaciones del famoso desencarnado, que continuaba instruyéndoles. Su éxito fué irresistible. La Iglesia metodista a la que pertenecían les expulsó solemnemente de su seno. Pero esto no frenó sus entusiasmos y sus propagandas. En 1852 se celebraba en Cleveland un primer Congreso espiritista que tuvo enorme afluencia. En 1854, seis años solamente después del comienzo del movimiento los adictos del espiritismo en los Estados Unidos se calculaban en tres millones auxiliados por cerca de diez mil médiums. En 1852 el contagio alcanzaba a Inglaterra y en 1853 un grupo de médiums americanos penetraba en Alemania y de allí se infiltraba en Francia el espiritismo. Al año siguiente la Academia de Ciencias intentó oportuno mostrar su oposición a todo esto, pero sin conseguir nada positivo.

LA IGLESIA CATOLICA CONDENNA EL ESPIRITISMO, SECUELA DE LA MASONERIA

Teniendo en cuenta lo que es el espiritismo se comprende que la Iglesia católica no lo viese con buenos ojos. La nueva revelación de los espíritus

ha tropezado vanamente con las convicciones de la Iglesia respecto a las evocaciones de los muertos. El Antiguo Testamento las había proscrito ya. La Ley Mosaica condena las necromancias y a los que invocan a los muertos. Cuando Saúl pide a la pitonisa de Endor que evoque a Samuel, a pesar de que él mismo había prohibido estas prácticas, comprende que será terriblemente castigado por su desobediencia, y así Samuel le dice: «¿Por qué has turbado mi paz evocándome...? El Señor te entregará a ti a tu pueblo en manos de los filisteos. Mañana, tú y tus hijos estaréis conmigo en el sepulcro...»

El cristianismo condenó desde sus orígenes la evocación de los muertos. En los primeros siglos del cristianismo, varios Pontífices promulgaron leyes de represión contra los que se entregaban a prácticas supersticiosas para evocar a los muertos. El 5 de enero de 1585 el Papa Sixto V condenaba formalmente a los que por la necromancia tratan de entrar en relación con los difuntos. La modernización de los procedimientos de evocación no podía modificar el pensamiento de la Iglesia católica. Por eso ésta se puso en guardia contra esta revelación nueva, que mantenía estrechos lazos con el magnetismo y con la francmasonería. Memmer era el oráculo de la Logia de la Armonía y Willernoz, que representó un importante papel como precursor del espiritismo, fué venerable francmason de la Logia de la Perfecta Amistad. En repetidas ocasiones la Iglesia ha condenado el espiritismo, haciéndolo así el Santo Oficio el 28 de julio de 1847, el 4 de agosto de 1856 y el 24 de abril de 1917. Ningún católico convencido y practicante puede, por lo tanto, entregarse a estos procedimientos prohibidos.

EL NEOESPIRITISMO

En realidad, no habría por qué estudiar separadamente lo que designamos con el nombre de neoespiritismo, ya que emplea los mismos procedimientos: vidrio parlante, péndulo, escritura automática, etc. Procedimientos utilizados por los fundadores del espiritismo y sus adeptos. Sin embargo, estimamos que es indispensable hacer un estudio particular en estos momentos, ya que percibimos insuficientemente instruidas se dejan engañar por estos nuevos apóstoles de las comunicaciones provocadas con los difuntos. Tanto más cuanto que entre ellos hay muchos que se consideran como católicos practicantes y ortodoxos, no vacilando en recibir los Sacramentos e incluso en invocar a Dios, la Santa Virgen, Santa Teresa de Lisieux, etc., antes de interpelar a sus muertos para recibir mensajes esperanzadores e iluminadores.

Lo que es más inquietante y exige un estudio atento es que personalidades católicas no hayan leído con atención y penetración estos mensajes atribuidos a los muertos o no hayan estado al corriente de los descubrimientos recientes de la parapsicología, publicando apreciaciones imprudentes más o menos favorables a estos mensajes. Así, el propio Gabriel Marcel, en la introducción de uno de estos libros, hace una serie de declaraciones que podrían tentar a sus lectores católicos e invitarles a entregarse a estas evocaciones de muertos, prohibidas tan formalmente por la Iglesia.

Existen actualmente siete volúmenes de mensajes recogidos a través de la llamada escritura automática. La primera tesis subyacente en todas estas publicaciones de supuestos mensajes católicos es que es lícito entrar en comunicación con los muertos, independientemente de las oraciones dirigidas a Dios. Ahora bien; esto, como ya hemos repetido varias veces, está formalmente prohibido por la Sagrada Escritura y por la Iglesia. Teológicamente es inconcebible que baste coger el lápiz o colocar la mano sobre una tablilla o el dedo sobre un vidrio parlante para que uno se ponga en conversación con un espíritu separado.

Pero no sólo es esto, sino que también en estos mensajes supuestamente católicos encontramos de manera más o menos explícita la creencia en la reencarnación y en vidas sucesivas sobre la tierra u otras esferas u otros planos. Junto a bellas ideas descubrimos rasgos de un elemental desconocimiento de la doctrina cristiana. Basta leer estos mensajes para comprender que la Iglesia no se permite la más mínima tolerancia sobre ellos. Así, respecto a una de estas obras, la revista «Vie Spirituelle» afirmaba: «Todo el libro tiende, efectivamente, a sustituir la vida de la fe en Cristo por

el culto de la escritura automática, los fenómenos anormales y las alucinaciones. ¿Cómo un ser que ha comparecido ante el Señor, y que vive en sus reinos del Purgatorio o del Paraíso, puede venir a enseñar una espiritualidad absolutamente contraria a la enseñanza unánime y tradicional de la Iglesia, que es el cuerpo místico del Salvador? ¡Una espiritualidad esencialmente imaginaria! Es atroz tener que decir esto ante una madre que piensa hablar en nombre de su hijo, pero es necesario decirlo, pues hay demasiadas personas que buscan su consuelo en estas engañosas experiencias».

Es necesario observar, finalmente, el contraste que existe entre los mensajes provocados de los necpsiritistas y las comunicaciones que pueden haber sido hechas espontáneamente por los difuntos, almas del Purgatorio, santos o condenados, que por una misión especial de Dios lo han hecho así a través de un verdadero milagro. El texto es completamente distinto.

LA OPINION DE LOS PSICOLOGOS

La Iglesia católica no es la única que rechaza la hipótesis que atribuye a los difuntos comunicaciones y mensajes provocados. Muchos psicólogos y parapsicólogos han negado o puesto en duda este origen. Las conclusiones de R. Amadón, relativas, sobre todo, a los fenómenos de orden físico, hacen pensar que todos estos hechos son de orden casi exclusivamente psicológico. En muchos casos, incluso se puede excluir el fraude o la superchería consciente. La buena fe de muchos de los médiums no puede ser puesta en duda. Están absolutamente convencidos de permanecer por completo pasivos bajo la acción de una entidad extraña, que mueve su mano para escribir los mensajes que reciben. ¿Puede la parapsicología ayudarnos a encontrar en los hechos una explicación satisfactoria? Tanto por lo que se refiere al vidrio parlante como a la escritura automática o a otros procedimientos semejantes, la parapsicología descubre fenómenos análogos, que los ha explicado por el automatismo psíquico y el desdoblamiento de la personalidad, que contribuyen a darnos la impresión ilusoria de la intervención de una persona extraña en nosotros. Está ya más que admitido que los movimientos del péndulo o de la varita de los radioestetas son efecto de movimientos inconscientes del operador que exterioriza las intuiciones o las asociaciones de imágenes reveladoras que se realizan en su subconsciente. Este automatismo psicológico que Pierre Janet ha explorado extensamente y descrito representa un considerable y continuo papel en nuestra vida. Mientras que nuestra atención permanece dirigida sobre un objeto, una idea o una acción, nuestro subconsciente nos hace llevar a cabo una multitud de movimientos que se nos escapan más o menos totalmente. Sin hablar de las disociaciones operadas en los estados de sueño, sonambulismo, embriaguez o narcosis, en los que basta evocar los tics, las palabras trazadas inconscientemente sobre el muro de una cabina telefónica, siguiendo atentamente una conversación, los múltiples reflejos realizados al circular en medio de una multitud mientras que proseguimos una conversación apasionante, etc.

El caso del vidrio parlante es de los más demostrativos, ya que exige la acción automática, no sólo de una persona, sino de tres o cuatro al mismo tiempo. Durante más de diez años me he entregado a gran número de esas experiencias, como simple observador, analizando desde fuera los fenómenos y modificando indefinidamente las condiciones de realización y las experimentaciones. Escogíamos generalmente a hombres de treinta a cuarenta y cinco años, muy dueños de sí mismos: médicos, abogados, ingenieros, sacerdotes. Nunca fracasó la experiencia. Antes era indispensable crear una especie de sugestión por el vidrio gracias a una tensión psíquica intensa, exigiendo un

silencio absoluto en la sala y pidiendo a los operadores que sujeten constantemente el vidrio para coger los menores movimientos del mismo, no soltándolo para no creer que el vidrio se comporta como un ser viviente. Cuando la tensión ha alcanzado un grado suficiente, el más mínimo movimiento del vidrio, debido a la fatiga del brazo que lo toca ligeramente, da la impresión de que se ha movido por sí mismo. En cuanto esta ilusión roza la imaginación, el desdoblamiento psíquico se produce y los operadores, o por lo menos uno de ellos, se ponen inconscientemente a seguir los movimientos, es decir, a realizarlos, mientras que los otros operadores entran más o menos pasivamente en el juego.

Estas evocaciones son algunas veces tan cautelosas y las respuestas del vidrio tan sorprendentes, que no es raro que personas insuficientemente enteradas de la conversación y de la previsión del subconsciente, encontrándose sumamente emocionadas, crean en la intervención de entidades superiores o de difuntos que mueven el vidrio.

LA INTERVECION SATANICA

No se puede agotar un estudio del problema de las comunicaciones con los muertos sin hablar de las intervenciones posibles de Satán en las tentativas de evocaciones de difuntos. Desde siempre, la necromancia estuvo considerada como vecina de la apelación de los espíritus demoníacos, ya que es muy difícil precisar las fronteras entre estos dos dominios.

Los propios espiritistas lo reconocen así y confiesan, con Hilar Kardec, que frecuentemente espíritus inferiores sustituyen a los que se evocan. Son numerosos, en efecto, los testimonios de espiritistas, ocultistas y metapsiquistas que afirman la posible o cierta intervención en sesiones espiritistas de espíritus satánicos.

Si espiritistas y no católicos reconocen la posibilidad o la certidumbre de la intervención diabólica en estos hechos, nada tiene de sorprendente que los católicos la admitan también. Esta opinión, por otra parte, se basa en la más antigua tradición patristica y teológica. Santo Tomás expresa su pensamiento a este respecto en los siguientes términos: «Como afirman San Agustín y San Juan Crisóstomo, los demonios se hacen frecuentemente pasar por almas de muertos, con el fin de confirmar el error de los paganos que creen en estas cosas».

Respecto a la proporción de los fenómenos espiritistas que deben ser atribuidos a Satán, la opinión de los teólogos y de los autores espirituales varía mucho, según estén más o menos cercanos a la hipótesis parapsicológica. Los progresos de estas investigaciones durante el curso de los últimos años, gracias al estudio progresivo del subconsciente y del inconsciente, tienden a reducir un poco las apelaciones a las aplicaciones preternaturales. Ahora bien; lo que es cierto es que existen dos categorías de fenómenos atribuidos a los médiums para los cuales no es concebible ninguna explicación parapsicológica: la levitación propiamente dicha y la predicción auténtica y realizada de un porvenir naturalmente imprevisible.

La levitación o telekinesia consiste en el movimiento y elevación de objetos pesados: cuerpo del médium o de otras personas, muebles pesados o en el traslado de objetos sin la intervención de ningún agente material ni de ninguna fuerza física visible. Si todo fraude o superchería puede ser rigurosamente excluido—se han podido algunas veces descubrir algunos inimaginables, tales como el hilo transparente unido a los dedos y hasta los brazaletes imantados—, las ciencias actuales no conciben ninguna hipótesis sería que pueda explicar esta elevación, y, por lo tanto, es indispen-

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina
QUEROMON EDITORES, S. R. L. :- Oro, 2.455 :- BUENOS AIRES

Distribución exclusiva en Méjico:
QUEROMON EDITORES, S. A. :- Revillagigedo, 25 :- MEJICO, D. F.

sable apelar a una entidad superior a las fuerzas naturales terrestres.

Un hecho futuro, que no es previsible a través de sus causas, no puede ser conocido por adelantado y predicho más que por una entidad superior al hombre que le trascienda en el tiempo, ya sea por su ciencia más elevada o por una revelación de Dios. Cuando los médiums o los videntes predicen semejantes acontecimientos, que luego se cumplen a la letra, esto no puede ser más que por la acción del demonio o por un milagro de Dios, que quiere castigar a los que le han consultado temerariamente, anunciándoles desgracias que luego serán el castigo de su grave desobediencia. ¡Recordemos el caso de Saúl evocando a Saúl!

Estos hechos no son quiméricos, y nosotros conocemos muchos. En una de las sesiones a la cual asistíamos como observador con el fin de iluminar a personas que se habían dejado arrastrar por la esperanza de conversar con sus muertos, pudimos comprobar durante el curso de una interesante predicción una detención brusca del mensaje, con la desaparición inmediata del supuesto difunto, cuando, sin revelar nada exteriormente, invocamos a la Santísima Virgen colocando la mano sobre la medalla milagrosa disimulada sobre nuestro pecho, pidiéndole, además, que desenmascarara al espíritu del mal. Al salir del trance, el médium declaró en seguida: «No comprendo lo que ha pasado; he visto todo lleno de medallas y luego ha desaparecido».

Habiendo empleado el mismo procedimiento en una circunstancia análoga, el vidente declaró: «Siento una fuerte reticencia muy clara del que ordena. Es una resistencia fortísima y poniéndose completamente rojo de congestión». Prosiguió algo al salir del trance: «Era como si alguien le estrechara la garganta para ahogarle y veía una gran medalla entre mis manos». Los parapsicólogos creen, naturalmente, en la hipótesis de la transmisión del pensamiento, pero ésta no es nuestra opinión, teniendo en cuenta todas las circunstancias.

La Iglesia católica cree en las intervenciones satánicas, y ya el segundo Concilio de Baltimore condenó, en 1866, las sesiones espiritistas por este motivo. En efecto; la Iglesia católica considera como una verdad de fe la existencia de los demonios. El Antiguo y el Nuevo Testamento hablan continuamente de ellos. Nuestro Señor se los ha encontrado al paso repetidas veces y ha luchado contra ellos desde la tentación del desierto hasta su agonía.

Según la Iglesia, los demonios son seres superiores dotados de poderes que sobrepasan ampliamente los nuestros y que, habiéndose negado a someterse a Dios por una falta que ignoramos ciertamente su naturaleza, han sido sometidos por El a un castigo que consiste esencialmente en la privación de la visión beatífica. La Iglesia cree en la acción presente de los demonios y continúa exorcisando a personas y cosas. El demonio no tiene poder sobre lo material o sobre los hombres más que en la medida que Dios lo permite; pero si lo provocamos, sea consciente y directamente o indirectamente, desobedeciendo, como, por ejemplo, para consultar el porvenir independientemente de la revelación divina, nos exponemos a que Dios nos entregue a su acción. ¿No es éste el caso de la evocación espiritista, prohibida por Dios?

CONCLUSIÓN

Nuestra doctrina católica, que afirma la presencia espiritual y la acción de nuestros muertos, actuando por su intervención en el corazón de Dios y ayudándonos constantemente con su permiso y en su nombre. Es infinitamente más consoladora y más apaciguadora que las ilusiones de comunicarse con los espíritus o necespíritus, o que la imposibilidad definitiva de todo encuentro según la teosofía.

La religión católica nos enseña que nuestros difuntos muertos en la fe y en amistad con Dios están en El, guardando su personalidad, su espíritu, su corazón, su voluntad y el recuerdo de su existencia cerca de nosotros. En Dios y por Dios están íntimamente presentes con nosotros, continúan conociéndonos, amándonos y ayudándonos a caminar hacia la realización del gran fin de nuestro Creador: la reunión en El de todos los que han cumplido su ley de amor y que están llamados por su misericordia a cumplir conjuntamente de su eterna amistad, sin ninguna prueba nueva y sin posibilidad de fracaso.



UN PLAN DE NUEVAS CONSTRUCCIONES Y UNA FERIA CELEBRE EN ANDALUCÍA



DE Algeciras a La Línea, la carretera se ajusta al semicírculo de la bahía. A la izquierda, tierra adentro, el paisaje tiene poco que ver; lomas pardas de la sierra Carbonera, oasis frescos de algunos huertos salpicados entre las ondulaciones doradas de las rastrojeras, notas blancas de casitas enjalbegadas, manchas verdes de las orillas de los ríos sobre los que cruza la carretera, y aquí y allá las pinceladas, también verdes, de algunas chumberas. Poco que ver, en suma. Pe-

LA LÍNEA MIRA HACIA ESPAÑA



ro aunque fuera más, sería lo mismo. Nadie mira hacia esa parte. Los ojos se enfocan hacia la derecha: al azul quieto de las aguas de la bahía, a la mole verdigrís del Peñón. Los que no conocen el paisaje, porque la célebre roca acapara sin remedio su atención. Una atención obsesiva para todo español que no puede olvidar lo que el Peñón representa, lo que significa una bandera extraña sobre una tierra que es y que será nuestra.

Todo ello a izquierda y a derecha, a ras de suelo y por lo alto, disuelto en una peculiar luminosidad blanquecina, lechosa, que vela los colores. Aquí, al menos para los ojos acostumbrados al aire seco de la meseta central, parece que entre el espectador y el paisaje hay tendido un telón de tul. Ningún color hiere la retina con una nota aguda. Todos aparecen en tono menor. Todos se dirían suavizados por una neblina gris. El Peñón suele estar tan envuelto en ella que toma con frecuencia un aspecto irreal, fantasmagórico. Parece a ratos una ilusión óptica, un elemento realmente ajeno al paisaje y alejado de él que aparece metido en su marco gracias a la aproximación visual de unos gemelos de campaña.

Al verlo por primera vez erguido, orgulloso, sobre la lisa superficie del Mediterráneo, manso mar dormido al sol, he pensado que quizá si este mar tuviese el genio del Cantábrico la historia de Gibraltar sería distinta. Que si estas aguas necesitasen, como sus hermanas del Norte, encres-



Cuatro aspectos gráficos de La Línea de la Concepción

pársese de vez en cuando en furiosas galernas y locos oleajes para entrar en calor, posiblemente las ideas de la «llave» y el lugar de colgarla no hubiesen llegado a alcanzar tal fuerza sugestiva. Pero este excesivamente civilizado mar latino no ha querido luchar, no ha querido pegarle cada año tres o cuatro buenas dentelladas al puerto, a los diques, a la roca.

A la entrada de un puente, bajo el símbolo del yugo y las flechas, un letrero anuncia: «La Línea de la Concepción». Y empiezan a descubrirse, a la izquierda, sus primeras casas. Son hotelitos, «villas» con jardín. Avanzados unos cuatrocientos o quinientos

metros, la carretera se estrecha de pronto, queda estrangulada en una peligrosa dirección única que bordea el mar. Ocurre que la están ensanchando, y las obras han dejado casi en la mitad del camino dos o tres postes de teléfono. El conductor del autobús se queja sin ira, con acento de resignación, con aire de cumplir un trámite diario:

—¡Vaya con los postecitos! ¡Señor, como si costase tanto correr tres palitroques!

Pero sí debe costar mucho apartarlos, porque luego he sabido que el Ayuntamiento ha agotado todas las vías de la súplica, y ahí siguen, tan ternes, los «palitroques», como dice el conductor. Y siguen paralizadas las obras de ensanche.

Entramos en la ciudad. Sí, digo bien, porque La Línea, rondando los ochenta mil habitantes, no es un pueblo. Sin contar que allá por el año 1913, ante su importancia y desarrollo, el Rey le concedió tal título.

**BLANCA, BAJA, LUMI,
NOSA Y LLANA. — LA
ROCA DEL BIEN Y DEL
MAL**

La Línea extiende sus casitas blancas y bajas, como pañuelos puestos a secar al sol, sobre una llanura arenosa que avanza en forma de cuña hasta unirse a Gibraltar. Por el comienzo del cuello de esta cuña se alza la barrera de las alambradas. Hay una frase de Unamuno referida a España—en «País, paisaje y paisanaje»—que se me viene a la me-

moria: «Lengua de tierra en el extremo occidente de Eurasia, en vecindad del Africa».

La Línea es toda ella blanca, baja, luminosa y llana. Blanca, con esa descarada blancura de los pueblos andaluces, como la Flórida que cantó el poeta: «Más blanca que la leche...» Baja, porque todas sus casas lo son, y sólo algún edificio, de los más modernos, el Hotel Universal, por ejemplo, se atreve a levantarse por encima de las dos plantas. Y luminosa, con esa especial luminosidad de aquí abajo, porque, además de ser blanca y baja, como digo, es llana y sus calles andan todas tiradas a cordel, sin que apenas pueda divisarse por ellas más curva rotunda que la fachada circular de la plaza de toros.

El Peñón contempla a La Línea. Pesa su sombra sobre toda la ciudad. Asoma su agudo picacho sobre los tejados. Planta su descarnada cara vertical al fin de no importa qué calle. Remata la invisible corona de las plazas. Y cuando no se le ve, se le siente como una mirada clavada en la espalda.

El Peñón ha sido para La Línea una especie de árbol de la ciencia del bien y del mal. Ocupado Gibraltar por los ingleses, su Ayuntamiento y su población se trasladaron a unas colinas próximas y fundaron San Roque. En la cufía arenosa quedó establecida, entre los castillos de San Felipe y Santa Bárbara, una línea fortificada. Y precisamente aquí, junto a esta línea, nació el pueblo que iba más adelante a tomar de ella su nombre. Sus primeros habitantes civiles fueron los grupos de cantineros y vendedores ocasionales que seguían en aquella época a los ejércitos. Y sus primeras casas, las chabolas que ellos construyeron burlando con astucia de meridionales la prohibición militar de edificar. Montaban, a lo que parece, un tenderete provisional hecho de chapas y maderas. Por las noches, dentro del reducido espacio del chamizo, iban levantando su chabola de barro. Cuando la obra estaba terminada, quitaban el tenderete y amanecía enjalbegada la casita.

De su nacimiento que legitima años después un Real Decreto de 17 de enero de 1870, concediéndole la segregación del Municipio de San Roque, y los pastos, frutos, aprovechamientos y usos públicos del término municipal que se le atribuye, y de estas sus primeras etapas de vida turbulenta arranca una cierta mala fama de La Línea, que hoy carece ya de fundamento.

UNA FERIA RUMBOSA DONDE SOLO FALTA EL CABALLO

Por un conjunto de circunstancias, entre las que cuentan en lugar destacado la situación fronteriza, y el carácter naturalmente alegre y abierto de los andaluces. La Línea ha sido siempre una ciudad de gentes rumbosas, gastadoras, aficionadas, en la medida de sus posibilidades, a vivir bien. Y claro está, llegadas las fechas de la feria el Ayuntamiento organiza siempre un programa de fiestas que para sí lo querrian mu-

chas capitales de provincia. Este año, nada más ni nada menos que nueve días de feria.

Naturalmente, la feria de La Línea está cortada por el patrón clásico de las ferias andaluzas; juegan en ella como elementos principales las corridas de toros, los bailes en las casetas y las atracciones múltiples de la verbena. Hay, desde luego, otros muchos renglones en el programa: dianas y rondallas, tiradas de pichón, carreras ciclistas, competiciones de pesca... Pero suceden, generalmente, por la mañana. Y las mañanas de las ferias, excluida la población infantil, el resto de los habitantes suele dedicarlas a recuperar fuerzas. Así que, sin desdoro para nadie, supongo y deduzco por lo visto que en las distintas competiciones habrán estado presentes los aficionados y pocos más, y que de las alegres dianas y pasacalles mañaneros habrán disfrutado pocos oídos. Desde luego, que todo hay que decirlo, los míos no. Salvo que los linenses sean de acero o que su entrenamiento, conseguido año tras año, les permita derrotar por un amplio margen, durante estos días, al sueño y al cansancio.

Paseando por La Línea en las mañanas de estos días de fiesta se nota pronto la falta de un elemento típico de las ferias andaluzas: el caballo. Charlan tranquilas las tertulias en los bares elegantes—en el Modelo, en el Gran Britz—de la calle Real, adornada toda con banderitas que flotan mecidas por una brisa marina. Se apresuran hombres y mujeres camino de la misa última. Se animan los bares populares de la avenida de Calvo Sotelo, la segunda arteria de la ciudad, que han buscado sus nombres en el reino de las aves: El Gallo, El Pato, El Loro... Para ante la puerta del Hotel Universal un coche americano, matriculado de Venezuela, de color escandaloso y forma y dimensiones que antes hacen pensar en el amplio espacio de los mares que en la cinta estrecha de las carreteras. Dos limpiabotas lo contemplan con aire de estar muy por encima de tales ostentosas vanidades, y uno pregunta, guasón:

—Oye, «compare», ¿habrán «venio» sin apearse «derde» allí?

Avanzan, lentos, silenciosos, pintados de colores grises y oscuros, los coches ingleses «GBZ», cuyo tamaño, más reducido, resulta más apto para circular por estas calles. Parejas de extranjeros se detienen ante los escaparates del rico comercio linense. Tendrán que comprar mucho aún hasta que consigan imponer el buen gusto y la discreción de colores en su guardarropa. Y como para marcar más aún el contraste, como para demostrar que lo sencillo y lo cómodo no son incompatibles con la estética, pasan rumbo a la playa, ataviadas con unas sencillas blusas y faldas de percal de corte limpio y color delicioso, dos muchachas morenas que parecen escapadas de un cuadro de José Cruz Herrera, y no digo más.

Sí, por toda La Línea se respira un aire ferial. Pero falta la estampa del caballista, falta el caballo. Y esto nos pone en la

pista de una de las pesadumbres de La Línea. La Línea no es agrícola, no es campera, no tiene caballos, porque, pese a la enfática redacción del Real Decreto de 1870, los linenses no tienen término municipal.

CORRIDAS CON DESCANSO PARA MERENDAR.—SE RUEGA EL TRAJE SEVILLANO Y EL SOMBRERO DE ALA ANCHA

El que no falta en la feria linense es el toro. Dejaría de ser una feria andaluza si faltase. Dejaría de ser una feria española si no contaran en primer lugar entre sus festejos las corridas de toros. Y La Línea, a despecho de la proximidad de los ingleses, es muy española. Cobra en libras, pero vive y siente en pesetas. Diagnosticarle una angiofilia por signos exteriores tales como el consumo de tabaco de Virginia o la costumbre de tomar té podrá resultar muy brillante como recurso literario, pero es insostenible como afirmación política. So pena de negar el sentimiento patriótico de todos los que preferimos fumar tabaco rubio o habano antes que «ideales» de hebra de los que se apasionan por el fútbol y no pisan un frontón, y de aquellos que desayunan café con leche, pan y mantequilla, olvidando el chocolate con churros, el cazalla y el aceite de oliva.

Aunque este año no ha sido de los más brillantes en la historia taurina de La Línea, la plaza ha abierto sus puertas tres tardes y una noche: una corrida de toros, dos novilladas y espectáculo cómicotaurino nocturno.

El día de la última novillada se agita y se conmueve toda La Línea con esa particularísima emoción, con esa animación especial e inimitable que llena las horas presididas por el signo del toro. Parlotean incansables en los cafés los aficionados. ¡Y qué distintas estas charlas, llenas de ingenio, de anécdotas, de enseñanzas sobre la psicología de los hombres y las reacciones de las multitudes, a las monótonas discusiones sobre los puntos positivos y negativos, los fichajes y los fuera de juego!

—Un año—recuerda Juanito Martínez, aficionado linense, aparte otras cualidades de simpatía y competencia profesional que no son del caso—teníamos contratado y anunciado a Manolete. La víspera de la corrida le dió un toro una voltereta en la feria de Valencia y le lesionó una muñeca. Se corrió la noticia de que no vendría, y a la una de la tarde no se habían vendido dos docenas de entradas. Y ni él había venido ni había comunicado nada, ni nosotros conseguimos ponernos al habla con él. A las dos de la tarde llegó. El empresario le explicó la situación y le pidió que en lugar de acostarse a descansar hasta el comienzo de la corrida se pasara un par de horas por La Línea para que viera la gente que había venido y se vendiera la taquilla. Manolete comentó sonriendo: «¡Vaya, que me tengo que anunciar como El



Baile en la feria e iluminación en el Real

Empastre!» Y paseó, y se sentó en un bar de la calle Real, y se vendió casi toda la plaza. Y al final de la corrida preguntó al empresario: «¿Cómo ha ido la cosa?» Este le respondió: «Bien, para lo que podía haber ocurrido. Sólo pierdo un piquillo de mil duros. Pero ya se ganarán otro día.» Se ganaron entonces mismo. Los rebajó Manolete de su sueldo.

Vienen a la novillada muchos coches de Gibraltar. Y bastantes de Jerez, porque torea un novillero jerezano, Juan Antonio Romero.

Camino de la plaza me encuentro a un linense al que no veía hace muchos años: a Paco Lara, que fué matador de toros y ahora asiste a las corridas en calidad de asesor. Hablamos, naturalmente, de la novillada. Le noto nervioso y le pregunto:

—¿Qué te pasa, hombre? ¡Ni que torearas tú esta tarde!

—Pues casi lo mismo. Mi mujer está para dar a luz de un momento a otro, y a lo mejor durante la corrida vuelvo a ser padre.

(Lo fué luego, durante la noche. De una niña.)

La novillada transcurre entretenida. El público no puede ser más benévolo, y los novilleros, a su modo, se arriesgan, se arriman. Llueven las vueltas al ruedo y las crejas. A la mitad de la novillada se hace un alto. Un descanso de casi media hora. En Valencia, donde tienen la misma costumbre, me dijo en la feria de 1942 Marcial Lalanda: «Esto para nosotros es fatal. Es como vestirse y pasar el mal rato del paseíllo dos veces en la misma corrida.»

En el descanso, mientras los toreros, sentados en el estribo, meditan qué nuevo lance o pase estrambótico van a ensayar en su segundo novillo, el público merienda. Un gibraltareño amante con el que he ido haciendo amistad por el intercambio de

opiniones taurinas a lo largo de los tres primeros novillos, me ofrece jamón, queso y vino. Y me habla de la feria que organizan ellos en Gibraltar. Como la nacionalidad no es una cuestión de pasaporte, sino de otras cosas más hondas y entrañables, lo hace con un tono particular que acentúa muy bien la diferencia entre «ellos», es decir, los ingleses «made in England», y «nosotros». «Nosotros» es más amplio. Somos él—que, a fin de cuentas, su madre es de Málaga—y en algún modo yo y usted que se toma la molestia de leer este reportaje.

Me enseña un programa de su feria. Mejor dicho, de «nuestra» feria. De la que celebramos «nosotros» a la española en Gibraltar, que al cabo es nuestro. El programa, en castellano, anuncia entre otras cosas: «Gran fiesta en el Sacromonte. Cuadro andaluz (A. Attard, miss M. Harrison, acompañados a dos guitarras: I. Wahnnon, F. Muñoz). Estampa en la Alhambra (miss P. Nevill, P. Recagno, M. Arrabal, acompañados a la guitarra por Diego Vargas). Fandangos, alegrías, etc.» Y una nota reza: «Se vuelve a rogar a las señoras y señoritas, a ser posible, se atengan al traje sevillano o al típico mantón español.» Y debajo otra: «Los caballeros, de traje corto y sombrero de ala ancha.»

El asunto, visto así, ofrece perfiles insospechados. Algo—que de todo es capaz la increíble ductilidad de las agudas gentes mediterráneas—como si, en el fondo, los gibraltareños estuvie-

ran gastándole a Inglaterra la broma inmensa de tenerle ya «reconquistado» el Peñón.

La segunda parte de la corrida resulta animadísima. La música no deja de tocar. Y los toreros se hinchan de hacer toda clase de alardes, majezas y cosas nuevas. De torear de todos los modos posibles, menos como mandan los cánones. A mi lado una mocita muy guapa y muy seria ha roto su fino pañuelo suizo a fuerza de morderlo para no chillar.

LA NOCHE EN LA FERIA.—EL HOMBRE DE LA LINEA

A las ocho de la tarde empieza a llenarse de gente el real de la feria. Los altavoces entablan una ruidosa batalla de llamadas:

—¡Teatro Chino! ¡Señor, adquiera su localidad para la gran función del teatro Chino! ¡Está a punto de empezar! ¡Usted viene a la feria a divertirse, pues diviértase, hombre, diviértase, que a eso viene!

—¡Gran Circo Americano! ¡Kongo! ¡Todas las fieras del África salvaje en la pista!

—¡Pase usted a la taquilla del teatro Soria! ¡Un espectáculo deslumbrante de gracia y comicidad! ¡Apto para mayores, menores y regulares!

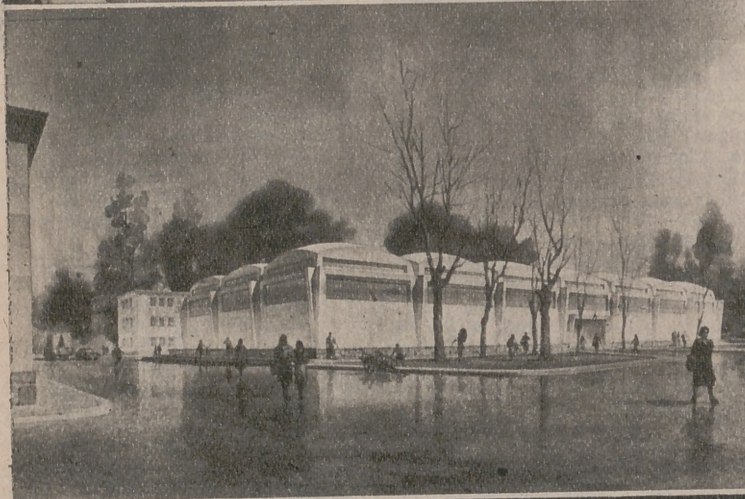
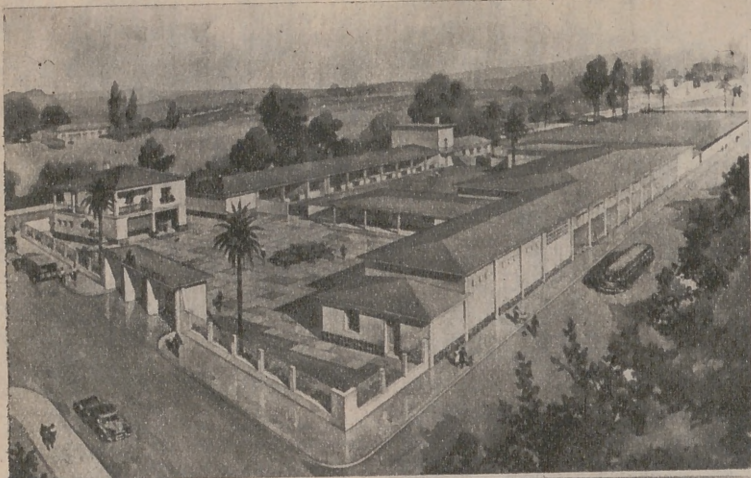
Y un pasodoble que brota de una barraca donde rífan brillantes acerolas de aluminio, se mezcla a los gritos de los altavoces. Y pronto empieza a machaca, el aire otra consigna:

—¡Pruebe aquí su suerte! ¡Siempre toca!

Huele a humo de churros y a patatas fritas. Los moros aderezan y doran trocitos de carne espetados en largos pinchos. Sobre unas parrillas se retuercen, como vueltas a la vida, las blancas patas de pulpo. Suena la música suave y castiza del «tióvivó». Unos niños contemplan hipnotizados cómo se enrolla en un

Una escuela prefabricada y una calle de La Línea





Proyectos del nuevo mercado y del nuevo matadero de La Línea

palito, movido por la mano diestra de una mujer gorda, la fina hebra tornasolada del caramelo. Tres ingleses desgarrados se apuntan a los «chatos» de manzanilla. Llegan los chillidos alegres de los que montan en el «látigo». Y por entre las aspas giratorias de un artefacto verbenero de última moda, «los platillos volantes», se divisa al fondo la punta gris del Peñón, en la que se ha enredado una nube gris traída por un aire de levante caliente y húmedo.

Al filo de la anochecida, un grito unánime: acaban de encenderse los miles de bombillas blancas, rojas, amarillas y verdes que inundan de luz la noche bulliciosa y multicolor del ferrial. Son 20.500 bombillas las que enciende para su adorno la feria de La Línea. El dato me lo proporciona don José Fernández, que representa a la Compañía Sevillana de Electricidad, encargada de la instalación.

En la caseta del Ayuntamiento me presentan al Alcalde de la ciudad, a don Alfonso Cruz Herrera. La conversación se centra pronto en el tema de los problemas de La Línea, que él, linense, conoce y siente como cosa propia.

A las épocas pasadas de desinterés del Gobierno por La Línea han sucedido, desde la instauración del Nuevo Estado, los días de preocupación, de interés, de ayuda y apoyo del Gobierno.

Ha sido un Ministro, actual, don Blas Pérez, el primer Ministro que ha pisado La Línea. La visita hace años, cuando el Jefe del Estado adoptó la ciudad. De aquella visita y de la más reciente de don Joaquín Ruiz-Giménez puede decirse que ha salido el plan de obras que está cambiando a la ciudad.

—Debe usted ir a ver todas esas obras—me dice—. Debe, ya que no lo conoce, ver todo lo bueno y lo malo.

Me ha presentado a Antonio Bonachera, que colabora con él en las tareas duras y difíciles del Ayuntamiento:

—Antonio puede acompañarme mañana a ver las obras. Conoce bien todos los detalles. Usted sabrá disculparme. Me habría gustado mucho poder hacerlo yo personalmente.

Alfonso Cruz Herrera no tiene la suerte de disfrutar de una capacidad física tan plena como su talento. Pero el espíritu es mucho más fuerte que la materia, y el suyo triunfa todos los días para ventura de La Línea. Porque ahora que conozco su modo de obrar y su ritmo de trabajo y puedo calcular, por lo que he visto, lo que será dentro de muy pocos años esta ciudad, sé algo que desconocía en esta primera entrevista: que Alfonso Cruz Herrera es el hombre de La Línea.

Después de cenar vuelve a llenarse, a rebosar de gente el ferrial. Se baila en las casetas del

Ayuntamiento, del Círculo Mercantil, de la Unión Deportiva... Y como en Madrid, y a lo que parece en toda España, las orquestas, a petición del público, cada dos o tres piezas tienen que repetir la melodía esa de la muerte «suave» y la «espinita» clavada en el corazón. ¿Habrá que decir que las linenses, gaditanas en suma, bailan muy bien?

CASAS, ESCUELAS, IGLESIAS

Empecemos por este último. Era hasta hace poco—y todavía le queda algún trozo de este estilo—un barrio de chamizos asentados directamente sobre una arena de playa oscura y sucia, como mezclada con carbonilla. Es la Atunara, barrio de los pescadores de La Línea. Renuncio a dar más detalles, porque no aspiro a ganarme un puesto de vanguardia en las filas de los escritores «tremendistas». Bien, pues este aduar africano está ya casi eliminado. El plan de obras proyectado por el Gobierno y ejecutado sin dilaciones por la Corporación municipal linense ha traído a esta zona casas, escuelas, iglesias, un nuevo mercado, un nuevo matadero...

Los viejos chamizos—barro, latas, maderas; eso sí, pulcramente encalados—han caído a punta de pico. Y ahora se alzan en su lugar grupos de viviendas humanas, higiénicas, alegres, de dos o tres plantas. Sobre todo, que hay que dar a cada uno lo suyo, los grupos construidos por Regiones Devastadas, que se encarga además de urbanizar la zona.

—El 18 de Julio—me explica Antonio Bonachera—se entregaron 82 viviendas de éstas. Se terminan ahora 200 más, y con ellas cuatro locales comerciales.

Frente a ellas existen terminadas y entregadas 249 viviendas sindicales de una sola planta. En el nuevo plan sindical de viviendas, etapa 55-56, creo que le corresponden 3.000 al Campo de Gibraltar. Y parece que la mitad se construirán en La Línea.

Todos recuerdan en la ciudad, y especialmente en la Atunara, la visita del Ministro de Educación Nacional. Afirman, y lo creo, que fué emocionante verle recorrer este pobre barrio, metido en arena hasta los tobillos, rodeado de la chiquillería y llevando en brazos, a ratos, algún niño. Emocionante para ellos y emocionante para él.

Toda la obra de escuelas en La Línea, que Ruiz-Giménez atiende con particular interés, cae bajo la competencia de un Patronato de Protección Escolar, establecido al principio para la Línea de la Concepción y extendido luego, por acuerdo del Consejo de Ministros, a todo el Campo de Gibraltar: Algeciras, San Roque, Tarifa, Los Barrios, y La Línea.

Actualmente están terminados y funcionando dos grupos escolares prefabricados: uno en la Atunara, otro en la avenida de María Guerrero. Andá en período de construcción, y ya muy avanzado, otro más en la barriada del Castillo. Hasta aquí se trata de la llamada fase de «cur-



El Peñón irredento asoma al fondo de las calles de La Línea. — Derecha: La plaza de toros, la calle Real y la plaza de Fariñas

gencia» del Plan de Ordenación Escolar.

—Ahora—me explica Rodolfo García Pablos, arquitecto a cuya competencia y buen gusto se han encomendado todas estas obras del Campo de Gibraltar—estamos levantando siete grupos más: uno en Algeciras, uno en San Roque, uno en Los Barrios, uno en Tarifa y tres en La Línea. Estos siete grupos no son «prefabricados».

Los grupos «prefabricados», que son preciosos, los construye una Empresa española, Rivas y Pradell, de Barcelona, concesionaria de una patente o procedimiento suizo llamado «Durisol». Enrique Escudero Rivas, representante de la Casa, me alaba la calidad y la novedad del sistema. Pero «no hay nada nuevo bajo el sol». Si damos crédito a Marco Polo, cuyo libro de viajes he ido leyendo en el mío, Cublai-Khan, uno de los Gran Khan, tenía ya en pleno siglo XIII un palacio construido a base de «cañas y tablonnes barnizados» dispuestos de tal forma que «puede hacerlo desarmar cuando quiere».

A toda esta obra hay que sumar todavía: un edificio de Escuelas Salesianas, un nuevo mercado, un nuevo matadero y una gran iglesia. Todo ello a apuntar en el capítulo de construcciones de Regiones Devastadas.

AUN MAS.—UN PROYECTO QUE MERECE APOYO

Pero hay más. Y si no fuera porque no es posible alargar tanto el reportaje, y aún queda algo que decir, merecería la pena referirse con más detalle a dos nuevas obras. Una, el Instituto Labcal, hoy instalado en el viejo edificio de la Escuela Elemental del Trabajo. Tendrá 18 aulas para ambos sexos, cantina y comedores escolares, salón de actos, cine y teatro y 18 viviendas para profesores. Su emplazamiento lo sitúa en la parte de la ciudad que mira a la bahía, en la

orilla de la carretera de Algeciras.

Y precisamente al tramo de carretera que corresponde al término municipal de La Línea se refiere la otra obra. Es hasta ahora un simple proyecto que anda madurando el Ayuntamiento. Pero es un proyecto que merece apoyo. No sé si será posible encajarlo en los planes de Ordenación Urbana del Campo de Gibraltar. Creo que sería magnífico y muy favorable a la política de turismo llevarlo a cabo. Se trata de hacer de este trozo de carretera un malecón, un paseo marítimo amplio y bien iluminado. Y me imagino el efecto del collar de luces brillando en las aguas quietas de la bahía en esas noches de gloria en las que refresca el aire una leve brisa de poniente.

Como me imagino también cuánto ganará la urbanización de La Línea cuando se derribe, que se va a derribar, a consecuencia de la edificación del nuevo mercado, uno de los últimos restos de la vieja vida de la ciudad: esa calle de Gibraltar que huele a coplas roncadas de madrugada y a perfumes baratos y está llena de llamadas mudas, de tristeza, de musiquillas monótonas, de recuerdos del oro extranjero y nostalgias de los gestos jaques del contrabando.

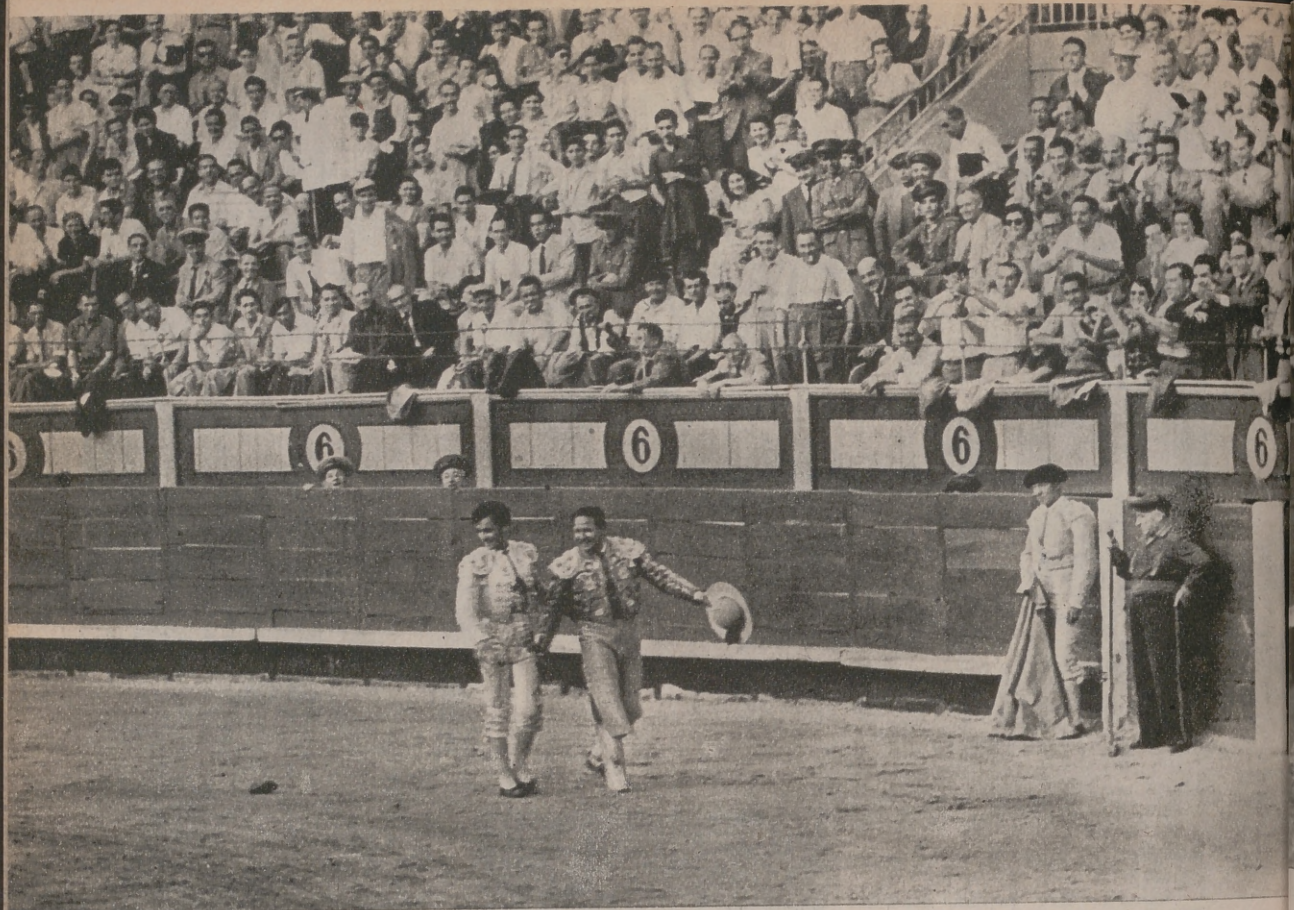
Hoy han sonado nuevas horas para esta ciudad española. ¡Y cómo agradece La Línea este cambio! Siempre ha vivido con la mirada clavada en España. Porque se ha sabido y sentido siempre española y porque, como España, ha sentido siempre herido su patriotismo por la ilegítima presencia inglesa en el Peñón.

Diego JALON

(Enviado especial.)

(Fotografías de Pérez Ponce.)





TAMBIEN LOS PICADORES DAN LA VUELTA AL RUEDO

SIXTO VÁZQUEZ, VARILARGUERO DE MARAVILLA



Sixto Vázquez, a la derecha, con Miguel Ángel, su matador de toros, delante del Palacio de Comunicaciones

“A LOS TOROS BRAVOS NO HAY POR QUE HACERLOS LA CARIOCA”, dice Sixto

AL finalizar la lidia del cuarto novillo de la corrida celebrada en Madrid el domingo 31 de julio, el matador—que era el mejicano Jaime Bravo—dió la vuelta al ruedo. Pero en esta vuelta al ruedo no iba ni solo, ni acompañado por los peones de la cuadrilla: iba con un hombre moreno, fuerte, de anchas espaldas, que era su picador. Sixto Vázquez Rocha había puesto tres puyazos en el cuarto novillo con arreglo a la mejor escuela y a la mejor línea de la suerte de varas.

El que un picador dé la vuelta al ruedo es, evidentemente, un acontecimiento. Pero para Sixto Vázquez la cosa ya no es nueva.

—La primera vez que toré con Miguel Ángel, en Acapulco, después de picar a sus toros, di mi primera vuelta al ruedo. Al domingo siguiente, Miguel Ángel mató, como único espada, cuatro toros. Yo fui su picador, y di cuatro vueltas al ruedo, una en



El picador mejicano fotografiado en compañía de Miguel Ángel, delante de la maravillosísima estatua de la Cibele



Uno de los magníficos puyazos que Sixto Vázquez puso el domingo 31 de julio en la Monumental madrileña.

cada toro. Y ahora, la de Madrid.

Allá, en el pequeño pueblo de Uruapán, en el mejicano Estado de Michoacán, nace, hace cerca de cuarenta años, Sixto Vázquez. Crece Sixto Vázquez, al lado de su padre, en el rancho paterno, cara al campo, junto al ganado. Y empieza desde pequeño a montar a caballo.

Montar a caballo: he aquí la técnica que debe saber todo picador. Sixto Vázquez, acento en la palabra, seguridad en el vocablo, lo define:

—El picador de toros, para ser una figura en su profesión, tiene que ser un señor que conozca mucho de caballos. Entonces será un picador bueno. La mayoría de los picadores buenos han montado magníficamente a caballo. Por ejemplo, «el Pimpín», que para mi gusto es uno de los mejores, se ha criado toda su vida en una «cuadra».

El caballo es el vehículo esencial para la suerte de varas; el caballo forma parte de la vida del picador; picador y caballo han de ser una unidad.

—Lo primordial, antes que nada, es acostumbrarse y familiarizarse con el caballo, pues lo que más pica es la mano izquierda. Luego, en la práctica, frente al toro, hay que tener en cuenta los terrenos del caballo, los terrenos del toro, las querencias...

SABIENDO MANEJAR EL CABALLO, EL TORO SE PICA SOLO

Toda la vida montando a caballo hacen de Sixto Vázquez un jinete excepcional. Pero a Sixto Vázquez le gusta también la mecánica, y allá, de pequeño, hacia los catorce años, el muchacho entra en un taller. El maestro es aficionado al boxeo, y Sixto Vázquez entonces frecuenta los gimnasios. Un año le basta para



Delante del cartel de su actuación, Sixto Vázquez fue ese día picador con Jaime Bravo.



Los dos toreros mejicanos, picador y matador, son excelentes amigos.

hacerse campeón del peso ligero en Michoacán.

He aquí el tema de la fuerza del picador:

—Es más importante la técnica que la fuerza. Sabiendo picar, sabiendo manejar el caballo, se pica el toro solo. Picar bien es también el resultado de tres empujes: empuje del toro, empuje del picador y empuje del caballo.

Hacia tiempo que en la plaza de Madrid no se había visto picar un toro con tanta justeza, con tanta precisión, con tanta belleza y con tanta elegancia. La suerte de varas, pues, tiene su técnica precisa. Sixto Vázquez da la lección:

—El toro, para picarse bien, no debe estar atravesado. Debe venir en línea recta con la pierna derecha del picador. El toro se pica mejor fuera de las tablas, porque los caballos tienen más defensa. Los picadores que tienen miedo y no se salen de las tablas, creen encontrar defensa en

ellas, lo cual es mentira, porque cuando el caballo está junto a la barrera tropieza con el estribo y se lastima en la parte interior de las patas, con lo cual el caballo pierde estabilidad y no puede hacer la misma cantidad de fuerza para sostenerse. Estando fuera, el caballo afirma los cascos en la arena, e incluso se inclina para hacer contrapeso.

Sixto Vázquez, el domingo, en la madrileña plaza de toros, dejó bien sentada en la práctica su teoría. Tres varas impecables, lejos de las tablas, fueron la mejor confirmación.

Luego está, la llegada del toro, la reunión:

—Una vez que hace uno la reunión, hay que abrir el caballo sobre la izquierda, procurando que el toro quede en el centro del caballo. De esta forma, aunque el toro empuje mucho y llegue a levantar al caballo, éste vuelve a caer sobre sus cuatro patas, cosa que no ocurre si el toro está atravesado. En el último caso, si el toro entra de frente al caballo, cuando éste cae, como no lo hace sobre sus cuatro patas, pierde la estabilidad y viene al suelo.

Sixto Vázquez, pausado, elegante, va explicando poco a poco su lección.

La suerte de varas tiene también su estilo y su honradez. Picadores hay que cogen el palo corto o el palo largo.

—Hay escuelas distintas en la manera de picar. Para tomar al toro abierto, lo más lógico es coger el palo a la mitad. Luego, hay que tener el valor suficiente para dejarse llegar y picarle uno casi vertical, porque si se le coge largo al toro, se tropieza con el tope de la puya, y se producen los marronazos y los rasgados de la piel. Agarrado ya el toro, y en línea, se va dejando caer uno poco a poco con el cuerpo.

EL PESO DEL PETO NO TIENE NADA QUE VER CON LA FORMA DE PICAR

Toda una serie de discusiones y de proyectos ha habido en los medios taurinos acerca de la calidad de la puya actual. Se ha tratado de evitar lo que Sixto Vázquez critica: los marronazos, el rasgado de la piel y el barrenamiento.

—La puya de hoy es tan buena o tan mala como sea el picador: lo que vale en la fiesta de picar es la calidad del picador.

Nadie mejor que un picador para dar su opinión sobre el peto.

—El peto ha sido un bien para la fiesta, porque ya no hay en los ruedos aquella cantidad de caballos muertos que había antes. De esta manera no se necesitan para las plazas de toros tantos caballos, y el precio de los mismos no sube tanto. Por otra parte, hoy acuden a los toros más mujeres y más turistas, cosa que si el espectáculo fuera como se veía antes, con la muer-

te de caballos, no iría toda esta gente a la fiesta de toros.

Junto con la forma de la puya, la cuestión del peso del peto ha sido objetivo de conversaciones, de artículos, de opiniones, de pareces y de sentires.

—Yo, en mi criterio, creo que no tienen razón. El peto no tiene nada que ver con el peso. Si el peto fuera muy pesado, iría en perjuicio del caballo, porque el animal no tendría ligereza y el picador no podría manejarlo bien; pero nunca en perjuicio del toro. La fuerza del toro es incalculable; igual levanta cien kilos que doscientos; lo que hay que hacer es picar bien.

Toda una autoridad taurina es base de las opiniones de Sixto Vázquez. Después que su brazo derecho se alzó muchas veces como vencedor en los cuadriláteros del lejano Estado mejicano, Sixto Vázquez—dieciséis años escasos—se va a los toros. En la gran temporada de Chucho Solórzano, Uruapán le da una corrida. El hoy picador mejicano se entusiasma entonces con las hazañas del matador, y se hace novillero. Diez años toreando como matador de novillos le dan toda una total experiencia de conocer de reses bravas.

UN EXAMEN PARA SER PICADOR DE TOROS

La «cuadra» de don Antonio Casillas. («El Berrendo»), es famosa en todo Méjico como escuela y vivero de picadores. Sixto Vázquez tiene treinta y dos años y se ha retirado de novillero. A poco de morir don Antonio Casillas, le sucede Abraham Juárez Limberg, aquel picador que trajo Silverio Pérez cuando vino la primera vez. En el año 1946, Sixto Vázquez se hace picador de toros. La profesión de picador de toros en Méjico exige un aprendizaje largo y duro.

—Primero hay que torear cincuenta corridas, en las que se sale como reserva, y luego, en la plaza de Méjico, se examina uno, picando los seis toros. Ante nueve jueces: tres del Gobierno, tres picadores y tres aficionados, me examiné el 28 de junio de 1948. Toreaban Jesús Córdoba, El Ranchero y Tacho Campos una corrida de Piedras Negras. Los nueve me dieron su aprobación.

Pero el examen no es todavía el reconocimiento oficial.

—Después del examen hay que torear dos años por los Estados, sin poder hacerlo en Méjico, cosa que se lo exigen a todos para perfeccionar la profesión. Estos dos años anduve con Miguel Angel, cuando él también empezaba. Después del plazo de los dos años, Miguel Angel me presentó en Méjico. Luego toree en la temporada formal con Silverio Pérez. Al final de la temporada se vino Miguel Angel a España y me quedé a torear en un buen sitio de picador de toros. El año antepasado estuve con Chicuelo II cuando éste fue a Méjico. Desde que Miguel Angel llegó de

matador de toros hasta la fecha estoy de picador con él.

Sixto Vázquez, pues, puede exhibir todo un certificado de garantía en la profesión de picador de toros.

A LOS TOROS BUENOS NO HAY POR QUE HACERLES LA CARIOCA

Todos estos años de profesión han de cristalizar, por fuerza, no sólo en una sabiduría, sino también en una justa valoración de la suerte de varas.

Sixto Vázquez, a lo largo de toda su historia taurina ha podido ver tardes buenas y tardes malas de sus compañeros.

—Las broncas a los picadores vienen porque al toro bueno no es necesario hacerle la carioca. El toro bueno que se topa con un piquero que sabe reunirse bien con él, se pica solo; no hay que taparle la salida. Únicamente se ha de tapar la salida a los mansos para que no se vayan del caballo; esto es lo que se llama la carioca.

Es evidente que la carioca ha tomado hoy carta de naturaleza entre la mayoría de los picadores de toros.

—A los toros buenos, los picadores no debían de hacerles la carioca y el público sabría apreciar y contemplar en toda su belleza la suerte de varas. De esta manera el público, acostumbrado a ver picar bien, distinguiría en seguida el toro manso del toro bravo.

El público ha de ser, pues, factor integrante y principal en la apreciación de la limpieza de la suerte de varas.

—Me voy muy feliz de España, y, sobre todo, de Madrid, que ha sido donde he toreado hasta ahora mis dos únicas corridas. Es un público muy conocedor de toros, y esto lo digo no por halagarle, sino porque lo vi desde el momento en que empecé a menear el caballo. Antes de poner el primer puyazo, ya oía el murmullo de la gente, que observaba cómo me colocaba yo en la línea del toro.

Sixto Vázquez, brazo seguro, puyazo cierto, se siente satisfecho. Satisfecho y agradecido, porque aunque él sabe que su éxito ha sido grande, que su éxito ha sido de verdad, Sixto Vázquez, junto con la promesa de hacer lo mismo en todas las corridas, guarda el respeto y el agradecimiento a los aficionados que le aplauden.

El matador de Sixto Vázquez es el torero mejicano Miguel Angel. Pero Sixto Vázquez el domingo, en la plaza de las Ventas, no toreó con su propio matador.

—Yo vengo a las órdenes de Miguel Angel. Como él ahora no torea mucho, porque hay pocos toros y pocas corridas, Miguel Angel me autorizó para que pidiera permiso en el Sindicato del Espectáculo para poder torear yo con algún otro matador. Al principio el Sindicato me ne-

LEA "POESIA ESPAÑOLA"

gó el permiso, con justa razón; pero como todos los toreros de la cuadrilla de mi matador estaban toreando, expuse mi caso. Un día me llamaron por teléfono a casa y me dieron un pliego para que lo firmaran varios picadores de toros como señal de que yo no lesionaba intereses de nadie. En una hora tuve más de cincuenta firmas. El Sindicato me dió el permiso y Jaime Bravo me pidió que picara con él.

Sixto Vázquez salió, picó y triunfó. La clase y la calidad, para mostrarse, con una sola ocasión tienen de sobra.

EL UNICO QUE PUEDE SABER CUANDO HAY QUE CAMBIAR EL TERCIO ES EL PICADOR

De los últimos tiempos es la costumbre de que el matador se dirija al presidente para cambiar el tercio.

—La petición de cambiar el tercio depende del picador, aunque lo diga el matador. A éste le interesa que el toro no se vaya sin picar. Yo no le digo al matador: «Toree usted con la izquierda.» Por eso, a un toro bueno, aunque lo diga el matador, no debe hacerse la carrioca.

Así surge la cuestión de quién es el que conoce mejor si al toro le conviene un puyazo más o un puyazo menos.

—Yo he dicho a Miguel, cuando ha sido necesario: «Miguel, cambia el tercio.» Yo siento al toro, sé, poco más o menos, cuál ha de ser el temple del toro para el lucimiento. Pocas veces me he equivocado. El matador, para cambiar el tercio debería consultar con el picador.

No todos los toros tienen igual fuerza y no todos los toros necesitan el mismo número de puyazos ni la misma cantidad de castigo.

—Depende del toro. Lo que le digo es que el que mejor conoce la fuerza del toro es el picador. El picador mide en cada puyazo la fuerza que desarrolla el toro y la que después va perdiendo en cada vara. El brazo del picador es el que sabe la suavidad que su matador necesita en el toro para lucirse.

El brazo de Sixto Vázquez, medida justa, ha calibrado y ha tanteado muchos toros. Por limpio y por derecho. Como su buena historia de picador de toros.

Sixto Vázquez, estampa clásica, barómetro certero para la bravura o mansedumbre de su toro, se va de España. Miguel Angel, su matador y su amigo íntimo, se marcha también, dentro de unos días, a torear más de quince corridas de toros contratadas en los Estados mejicanos. Pero en la plaza de toros madrileña, la actuación honrada y segura de Sixto Vázquez, magnífico picador de toros, quedará en el recuerdo de los espectadores para cuando haya alguien que pueda mejorarle.

José María DELEYTO

(Fotografías de Mora.)

FIRMEZA ESPAÑOLA EN EL CORRO DE WALL STREET



Momento de la firma del crédito de 30 millones de dólares para el Instituto Español de Moneda Extranjera, concedido por un grupo de Bancos privados norteamericanos. Sentados, el embajador, señor Areilza, y los señores Montes Pérez y Muñoz Rojas, del I. E. M. E., y de pie, los representantes de las Empresas bancarias norteamericanas

TREINTA MILLONES DE DOLARES PARA EL INSTITUTO ESPAÑOL DE MONEDA EXTRANJERA

EN la tarde del 27 de julio de este año las oficinas del Chase Manhattan Bank, en Nueva York, tenían lo que en las crónicas se llama «una actividad inusitada».

Cuatro grandes firmas financieras de los Estados Unidos, en virtud de su libre iniciativa y de su propia cuenta, han concedido a España, sin garantía de ninguna clase, más que la firme confianza en la situación económica y política de nuestra Patria, un crédito de treinta millones de dólares.

El lujoso despacho donde se realizó la operación estaba ocupado por un buen número de personas. Por parte de España firmó el acuerdo el director adjunto del Instituto Español de Moneda Extranjera, asistido por don José Antonio Montes-Pérez, y el asesor jurídico de dicho Instituto, don Ignacio Muñoz Rojas, y con la presencia de nuestro embajador en los Estados Unidos, don José María Areilza. Nuestro embajador llegaba a la puerta del Chase-Manhattan Bank acompañado de Alfred W. Barth, vicepresidente



Un operario de la Casa de la Moneda fabricando duros

sidente de la institución. Dentro esperaban los representantes del First National Bank, de Nueva York; de la Manufacturers Trust Company y de la World Commerce Corporation. Un ambiente de sincera cordialidad, de amistad contraída meses antes en Madrid, de mutuo entendimiento y confianza sin límites preside las conversaciones y la firma del nuevo convenio.

Las cámaras fotográficas de los periodistas van recogiendo la presencia de los representantes americanos y españoles. Sin excesivas esperas y ceremonias protocolarias comienza la lectura de cada una de las cláusulas del empréstito. Después, la firma de los financieros americanos y de la representación diplomática y económica española va quedando estampada al pie del «mayor empréstito privado que se hace a España por Bancos norteamericanos sin garantía alguna».

Un corresponsal de la United Press espera, a la salida del Chase-Manhattan Bank, las primeras declaraciones sobre el empréstito. Es don José Montes-Pérez quien le responde:

—En los dos últimos años se han hecho por los Bancos norteamericanos dos empréstitos, cada uno de ellos por un total de treinta millones de dólares, pero en esos casos los créditos se respaldaron con oro u otra garantía. En virtud de las cláusulas del acuerdo firmado ahora, el Instituto puede obtener una prórroga, a su conveniencia, una vez transcurrido el período de un año.

A otra pregunta del periodista, el señor Montes-Pérez contestó: «El crédito se utilizará para estabilizar nuestros recursos monetarios, para la adquisición de materias primas y para asegurar la estabilidad de la peseta. Aún es pronto para decidir si la totalidad de estas materias primas se comprarán en Estados Unidos. Eso depende de los acontecimientos.»

El vicepresidente del First National Bank, Charles V. Sheehan, se expresaba con estas sencillas palabras:

—Todos nos sentimos felices de haber concluido este empréstito y creemos que sirve de indicación

de la creciente confianza con que los Bancos norteamericanos miran a España.

Y no hubo más. La ceremonia fué bien sencilla. La amistad y la confianza, la sana inteligencia lo suplió todo. A Charles V. Sheehan respondía la voz autorizada de nuestro embajador.

—Me siento muy complacido y orgulloso de este empréstito y del prestigio que se otorga a España al conceder el crédito sin garantía.

UN CREDITO SIN PRECEDENTES EN LA HISTORIA FINANCIERA DE WALL STREET

El crédito en cuestión no es, como se le ha querido llamar, un empréstito. Se trata de la apertura de una cuenta de crédito. El Instituto de Moneda Extranjera podrá así girar en descubierto contra el fondo del grupo bancario hasta un total de treinta millones de dólares, de acuerdo con las bases del convenio.

Este sistema no tiene apenas precedentes en la historia de las entidades bancarias de Wall Street, ya que hasta los mismos créditos concedidos a España anteriormente se habían concedido tras el depósito hecho por España en aquellos Bancos de una cantidad de oro equivalente como garantía.

Como, a pesar de la aparente independencia de Wall Street, estas operaciones no las verifican los Bancos sin previa consulta con el Gobierno, la operación tiene la máxima importancia.

En este orden es también significativa la presencia en el grupo prestamista de la entidad denominada World Commerce Corporation, creada en el año 1945 con la finalidad de superar las restricciones de cambio que la mayoría de los países del mundo se vieron obligados a imponer para salvaguardar la cotización de sus respectivas monedas. El propósito de esta entidad fué ayudar también a la rehabilitación de industrias extranjeras mediante el suministro de materias primas a cambio de productos terminados, fomentando así un intercambio comercial de otra forma bloqueado por las restricciones de moneda.

El empréstito de treinta millones de dólares prorrogable por un año, de interés de tres y medio por ciento, es, sin duda, uno de los acontecimientos económicos más trascendentales ocurridos en España en estos últimos tiempos. Y como el signo es favorable, la deducción sobre las consecuencias también lo es. Eso tiene para todos nosotros tremenda importancia.

LA SEGURIDAD DE ESPAÑA REEMPLAZA AL RESPALDO ORO

Hace unos meses se establecían en Madrid los primeros contactos con los representantes de los grandes Bancos norteamericanos con los que nuestro Instituto Español de Moneda Extranjera venía trabajando de hacía ya muchos años. Las buenas relaciones que siempre hemos mantenido han facilitado esta labor. Esto de que por vez primera se haya obtenido un crédito de tan relevante importancia sin garantía preterida, sin tener que depositar oro o valores para responder del buen fin de la operación significa simplemente esta verdad: que la simple firma de España o de sus representantes autorizados vale ya tanto para los banqueros americanos como la mejor prenda física que pudiera ofrecérselos. Quiere decir que la confianza en la dignidad y en la seguridad de un pueblo puede suplir a un respaldo financiero, a un respaldo oro. Traducido en términos bancarios, viene a significar que «nuestro crédito público se ha consolidado de tal manera que puede ya emparejarse con el de las naciones más acreditadas».

Don Alejandro Bermúdez, director del Instituto Español de Moneda Extranjera, refiriéndose al reciente empréstito, ha dicho:

—Para que una Banca privada, siquiera sea tan liberal como lo es la norteamericana, realice una operación de esta índole es necesario que quien recibe el préstamo inspire una absoluta y plena confianza. Nuestra mayor satisfacción ha sido comprobar este extremo, por lo que representa de confianza en el porvenir de nuestro país y en la seriedad y solvencia de sus organismos administrativos.

La inmediata y lógica consecuencia de la política económica, comercial y monetaria llevada a cabo y con tenacidad por el Gobierno español han motivado esta favorable evolución de nuestro crédito público ante el extranjero.

—El incremento de la producción —ha seguido diciendo el director del Instituto—, la normalización del comercio exterior y la defensa del cambio de la peseta son tres premisas fundamentales indispensables para acrecentar y consolidar el crédito dentro y fuera de España. Que estas condiciones se han logrado nos lo acaba de confirmar la operación que se ha realizado en estos días en Nueva York.

De esta forma, una importante masa de maniobra se incorpora a nuestro patrimonio de disponibilidades en divisas para acelerar la adquisición de nuevos medios pro-

El Banco de España en Madrid, donde está enclavado el Instituto Español de Moneda Extranjera





La peseta española sigue firme y segura. He aquí dos momentos de su fabricación

ductivos y para reforzar y respaldar nuestro cambio exterior. En este último aspecto, muy importante sin duda, hemos de destacar ante todo que la estabilidad monetaria se ha conseguido con medios propios, la incorporación de esta nueva masa de maniobra fortalece definitivamente aquella estabilidad en la que se funda el progreso de nuestra economía y nuestro prestigio en el exterior.

La peseta, por obra de nuestro resurgir económico, ha ganado la batalla definitiva.

LA PESETA, FIRME Y SEGURA, HA GANADO

De un tiempo a esta parte, la moneda española ha subido considerablemente en los mercados internacionales. De una manera firme, estable, el signo monetario español ha ido ganando terreno aun en contra de muchas voluntades, que veían en esto un peligro.

Porque cuando la economía de un país es sólida, su moneda lo es del mismo modo. De aquí que sea algo muy importante en la economía mundial el hecho relevante de que nuestra moneda se haya mantenido firme durante una serie de años para elevarse después en los mercados del mundo.

Ya en octubre de 1953 la trayectoria de la peseta era de una clara línea ascendente, que asustaba a los ingleses que con fiema y todo se paseaban por la Bolsa y sabían los más y los menos, los peros y los pros de la economía internacional. En este momento la demanda de pesetas es tan grande que por cada 100 de cotización da un salto de veinte céntimos de franco suizo. Si se tiene en cuenta que las oscilaciones de la libra suelen ser de un ochavo de céntimo suizo, se tendrá una idea aproximada del sobresalto de los políticos y de la buena acogida de los financieros, al tanto cuando la noticia de la firma de un tratado entre España y Estados Unidos llega hasta ellos.

Tanto es así que la peseta, en los tres días anteriores a la firma del pacto, empieza a subir de nuevo. Cuando el tratado es una realidad, la diferencia total a nuestro favor es de 43 francos suizos.

Desde entonces, más que nunca, nuestro signo monetario ha sido bien respetado y tenido en cuenta en los mercados del mundo por su estabilidad y firmeza. Pero nuestra moneda, ni ninguna moneda, puede estar libre de peligros de desmontaje, en los que pueda naufragar la obra de muchos años. Desde luego que las condiciones exteriores no son en este momento propicias a estos peligros y que nuestra economía se encuentra firmemente asentada. Pero, en cualquier momento, la dificultad podría surgir. La defensa de la moneda nacional se impone, pero, ¿de qué manera, si ha desaparecido el patrón oro?

Aquí está la razón y conveniencia del sistema de crédito. Desaparecido el patrón oro, la capacidad económica y la riqueza de un país se mide por la disponibilidad de sus monedas aceptadas en todo el mundo. Y el sistema de créditos permite tener una reserva de estas monedas, que son actualmente uno de los métodos de defensa de la moneda propia.

La peseta, en su historia, está hoy en firme terreno. La mejor confianza, para el futuro, la dan los banqueros que nos proporcionan los créditos.

LA PALABRA DEL INSTITUTO ESPAÑOL DE MONEDA EXTRANJERA ES LO QUE VALE

Nadie ofrece su dinero a crédito y sin garantía prendaria, como lo han hecho últimamente con España las entidades bancarias nor-

teamericanas, si no posee una plena confianza en las posibilidades económicas que han de ser estimuladas. De ahí el valor que esta confianza tiene para la certidumbre en un próximo futuro económico de nuestro país, que no solamente vemos llegar los españoles, sino que también ha sido intuido por organizaciones tan realistas y ajenas al sentimentalismo como son las entidades de Banca.

Ni oro ni valores han sido necesarios como garantía para realizar esos últimos préstamos en los cuales la firma de España ha sido suficiente garantía.

Pero esta victoria tiene también sus artifices materiales: los hombres que con su honradez y su trabajo la han conseguido. En el crédito concedido por la Banca privada al Instituto de Moneda ha estado presente la comunidad directiva de los hombres del Instituto y la labor sólida de los embajadores de España.

Un prestigio que vale un crédito. El acontecimiento que acaba de firmarse supone que la palabra del Instituto Español de Moneda Extranjera vale en Wall Street, como mínimo, 30 millones de dólares. Pero esta cifra no puede ser interpretada como una medición exacta de la confianza de la Banca privada norteamericana en el futuro económico de España, sino como un símbolo y exponente de ella, puesto que si no se ha concedido una cantidad más alta es porque no se pidió más que la que ha sido concedida.

Estas ventajas vienen a ser como nuevos eslabones en la cadena de la recuperación española en el aspecto económico, sobre la cual no cabe ninguna duda, ya que, entre otros muchos factores, contribuyen a su logro la paz política y la paz social que disfrutamos, que hacen rentable, reditativa y segura toda inversión de capitales en España.

El futuro económico es limpio y claro.

EL ESPAÑOL

EMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES
Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

PRIMEZA ESPAÑOLA EN EL CORRO DE WALL STREET



TREINTA
MILLONES DE
DOLARES PARA EL
INSTITUTO ESPAÑOL
DE MONEDA
EXTRANJERA

UN CREDITO FINANCIERO
RO SIN PRECEDENTES
EN LA HISTORIA
BANCARIA DE LOS
ESTADOS UNIDOS

...tro Bancos privados nor-
...americanos han concedido
...crédito de 50 millones
...dólares al Instituto Espa-
...de Moneda Extranjera
...la sola garantía del
...título y la honradez de
...stro Instituto. Vea esta
...resante información que
...e dicho crédito y sobre
...rmeza y seguridad de la
...ta publicamos en la pá-
...gina 61

